

**Los hombres solos de Marilópez.
Colonización, economía y cuidado entre varones negros en la
cordillera Occidental, norte del Cauca (Colombia)**

William López Fernández
Código: 100813010323

Universidad del Cauca
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Departamento de antropología
Popayán
2022

**Los hombres solos de Marilópez.
Colonización, economía y cuidado entre varones negros en la
cordillera Occidental, norte del Cauca (Colombia)**

William López Fernández
Código: 100813010323

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogo

Asesor: Axel Rojas Martínez

Universidad del Cauca
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Departamento de antropología
Popayán
2022

*A quienes han desestabilizado todas mis seguridades,
gracias por permitirme habitar lugares que de otra forma no
habría conocido.*

Agradecimientos	7
1. Introducción	8
Puntos de partida.....	10
¿Cómo llegar?	14
Feminismos negros: una perspectiva entrecruzada.....	19
Masculinidades: ¿una categoría útil para reflexionar sobre el poder?	26
Estructura del texto.....	29
2. Colonización de tierras en la cuenca del río Marilópez	31
Primeras coordenadas	32
Bien arriba, montaña adentro. Poblamiento a inicios del siglo XX.....	35
Los de arriba y los de abajo.....	42
De Marilópez a Las Brisas	48
“Nos sacaron de acá y llegamos al colegio”	55
A modo de cierre.....	60
3. Racialización de la economía: negro cafetero y finquero cocalero	61
“Sea verraco, papá”. La finca piedra angular de la masculinidad	64
El trabajo agrícola, la prueba de fuego.....	69
El café como sostén de la presencia masculina	76
Trabajando como macho.....	78
La expansión cocalera: “algunos le trabajan a esa gente raspando”	81
Racialización de la economía, una propuesta	90
4. La feminización del cuidado.....	94
“Esa ha sido la tradición de los viejos”: el cuidado doméstico.....	95
“Desde pequeñito le gustaba ayudar en la cocina”	99

“Cuando uno sale es para descansar”	100
“La mujer en la casa es la primera que se levanta y es la última que se acuesta”	101
“Nosotras vamos a la finca a trabajar igual igual”	105
A modo de cierre.....	107
5. Disputas políticas por el poder local	109
“El consejo comunitario no ha existido siempre”	111
“El consejo se creó para la comunidad”	114
Propuestas para la construcción de paz	120
El Encuentro Interétnico e Intercultural	122
La guardia cimarrona.....	125
A modo de cierre.....	128
6. Consideraciones finales	133
7. Bibliografía	137
Entrevistas	144

Tabla de imágenes

Imagen 1. “Ubicación geográfica. Consejo comunitario Las Brisas”	9
Imagen 2. “El trabajo comunitario es inter- generacional”	11
Imagen 3. “La finca”	13
Imagen 4. “Las Brisas”	18
Imagen 5. “La mano de cambio”	40
Imagen 6. “Las casas de los viejos”	44
Imagen 7. “La escuela”	54
Imagen 8. “Aprender a trabajar”	66
Imagen 9. “Jornalear”	70
Imagen 10. “Arriba hicieron casas de material”	75
Imagen 11. “Tostar el café pa’ irlo a vender al pueblo”	77
Imagen 12. “Doña Luz Esmila”	79
Imagen 13. “La coca”	85
Imagen 14. “Cogiendo café pepiadito”	91
Imagen 15. “Las cocinas”	97
Imagen 16. “Prender el fogón”	99
Imagen 17. “Limpiar el lote”	101
Imagen 18. “La triple jornada”	103
Imagen 19. “A veces se reparte el trabajo”	105
Imagen 20. “Los grupos de trabajo”	117
Imagen 21. “Las fugas”	121
Imagen 22. “Los gallos no pueden faltar”	125
Imagen 23. “Kekelo Ri Tielo Prieto”	127
Imagen 24. “La tecnificación”	129

Agradecimientos

Agradezco a mis amigos y amigas del Consejo Comunitario Las Brisas por su apoyo incondicional y por la apertura para el trabajo colectivo. A cada una de las personas que compartieron conmigo sus experiencias vitales, siempre diversas y complejas, aprecio inmensamente los encuentros en Popayán, Cali o Santander de Quilichao, las instrucciones pacientes sobre el trabajo cafetero y los diálogos políticos y afectivos que le dieron vida a esta investigación.

A mi familia por ser el pilar fundamental de todo lo que hago, gracias por apoyarme a pesar de la incertidumbre. A mi hermana, por la reciprocidad en los cuidados. A mi mamá, porque a pesar de las dificultades, la universidad siempre fue una posibilidad para nosotrxs. A mi tía Tina, quien siempre me ha inspirado en el amor. Ellas son mi fuerza para la permanencia.

A Axel Rojas, por sus comentarios minuciosos y, por insistir coherentemente, en la importancia del compromiso político para el ejercicio académico. Valoro profundamente su capacidad para escuchar y sus valiosos aportes desde que este proyecto apenas era una idea.

A mis amigas en el Semillero de Investigación Taller de Etnografía, grupo de investigación GELPS, por acompañarme en los aciertos y las complejidades de este proceso. Al caminar por el norte del Cauca hemos coincidido en que la academia también es un potente lugar para la transformación. A mis compañeras de la Corporación Ensayos para la Promoción de la Cultura Política por sus lecturas agudas sobre el mundo, por sus valiosos esfuerzos para hacer investigación en colaboración y por ampliar mis posibilidades de concebir lo político. A la Colectiva transfeminista Viraje, por construir desde la empatía, la coherencia y la sensibilidad.

Cada uno de estos espacios ha sugerido y extendido los modos de situarnos desde el feminismo y cuestionar, no sin tropiezos, todos los privilegios que nos habitan.

Al Programa fomento a la investigación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), por estimular mis inquietudes en distintos escenarios de discusión y por brindar las condiciones necesarias para permanecer en trabajo de campo durante 9 meses.

1. Introducción

“Y este es el feminismo del que me siento más cercana, aquel que piensa en múltiples luchas y está atento a las causas que no necesariamente conocemos pero que tenemos que tratar de comprender y escuchar (Gina Dent en Viveros 2019: 49).

Esta investigación inscribe una pregunta por los sentidos que los varones negros asocian a las masculinidades en un contexto rural ubicado sobre la cordillera Occidental, en la parte alta del municipio de Suárez, norte del Cauca.¹ Partiendo de la construcción histórica sobre el proceso de poblamiento, evidencio que la colonización de tierras en zonas de frontera agrícola ha sido una actividad primordialmente masculina, de modo que las fronteras masculino/femenino, público/privado, no pueden entenderse como relaciones correspondientes y cerradas, sino que se refieren a un modo particular en que se organiza y piensa el mundo social.

Parto del análisis etnográfico para mostrar los lugares diferenciados que ocupan los varones según su acceso al capital económico, la tenencia de tierras, su participación político-organizativa en el consejo comunitario, la identificación étnico-racial, el trabajo asalariado mediado por la migración y las jerarquías generacionales que son primordiales para la comprensión de la feminización del cuidado.

Para analizar las redes en que se coproducen distintas formas de opresión y reconocimiento, incorporo una lectura situada sobre el poder, es decir, la imbricación simultánea entre las diferencias étnico-raciales, generacionales, de clase y de género a partir de las propuestas del *black feminism* y los feminismos negros latinoamericanos. Si bien reconozco las múltiples aristas que conforman el Pensamiento Feminista Negro, parto de las posibilidades teóricas y políticas de la interseccionalidad, en tanto me permite entender las complejas redes

1 El consejo comunitario Las Brisas se encuentra ubicado en el corregimiento La Betulia, en la cuenca del río Marilópez. Cuenta con una extensión de 646 has. Cabe mencionar que el consejo comunitario es una figura territorial y político-administrativa para comunidades negras que fue reconocida bajo la Ley 70 de 1993 en un contexto de rápidas transformaciones dadas en el marco del giro multicultural que sacudió las dinámicas políticas de América Latina en los años 90.

que sostienen las desigualdades, al tiempo que brinda posibilidades significativas para transformar lo que se ha cristalizado como fijo y estable. Me inscribo en una perspectiva teórico-política en particular, sin desconocer los aportes significativos de los feminismos descoloniales, comunitarios y de color que han realizado variadas lecturas sobre los modos en que se anudan las múltiples dimensiones del poder.

En ese sentido, los *Hombresolos de Marilópez* es el resultado de un proceso de investigación que se ha transformado a la par con mi reconocimiento en un proyecto político feminista y antirracista, que me ha llevado a cuestionar todos los privilegios que habito. La reflexión alrededor de esto me ha permitido reconocer la diversidad de relaciones en las que se incorpora “la masculinidad” y lo potente de construir conocimiento académico relevante que cuestione las lecturas esencialistas sobre lo que significa “ser hombre”, especialmente cuando la masculinidad está atravesada por la racialización y no por el privilegio.

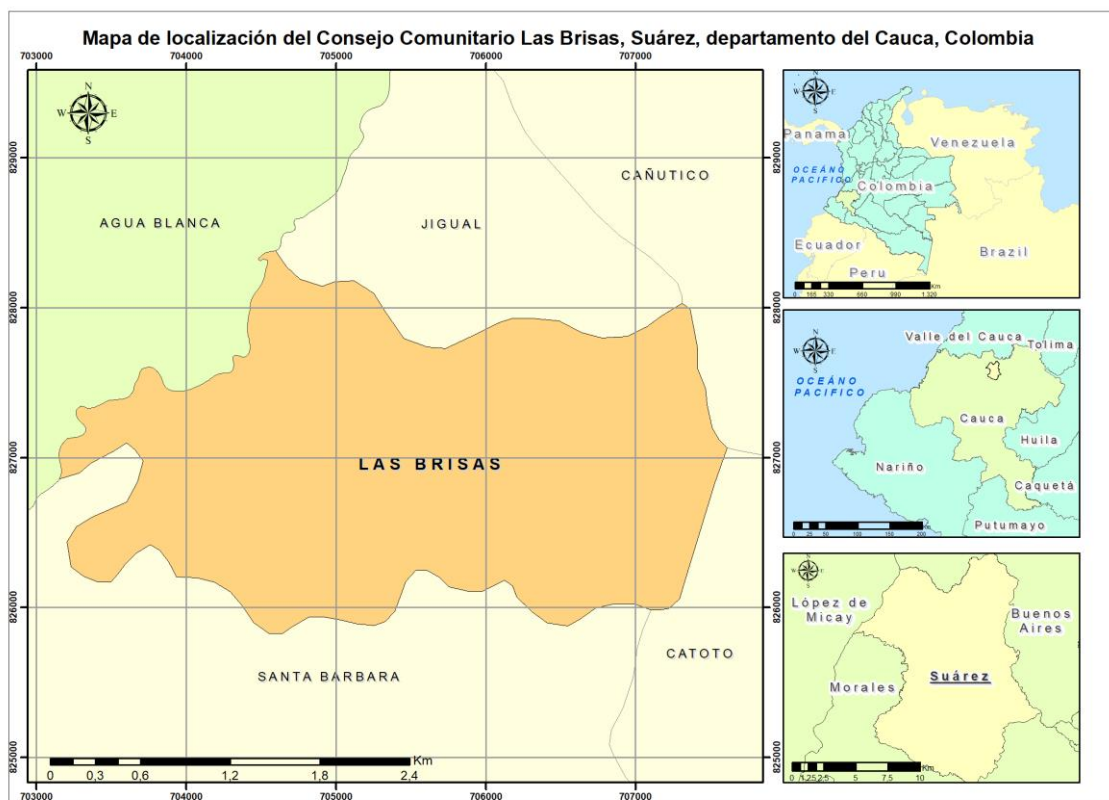


Imagen 1. “Ubicación geográfica. Consejo comunitario Las Brisas”

1.1.Puntos de partida

Tras finalizar la reunión convocada por el consejo comunitario, prosiguió mi presentación. El representante legal puntualizó algunos elementos previos a mi intervención: quién era y por qué estaba ahí. A él y a otros compañeros los conocí en febrero de 2017 en Mindalá, durante el proceso adelantado por los consejos comunitarios de Suárez para la protocolización del Plan de Manejo Ambiental. En este espacio participaban estudiantes de antropología, quienes habían sido invitadas por el profesor Axel Rojas para conocer los procesos políticos y culturales de la región y contribuir en la sistematización del proceso. Mi participación en este equipo fue considerada como una posibilidad para “abrir el campo”, de modo que en mayo del mismo año visité por primera vez Las Brisas.

Realicé una breve presentación y retomé algunas de sus propuestas para continuar con la elaboración de la historia local, pues les interesaba conocer en detalle cómo habían llegado sus abuelos a esas tierras. La colonización de baldíos, el trabajo comunitario y la economía local hacían parte de sus inquietudes. En consenso, expresaron la necesidad de trabajar en este documento, al considerarlo una herramienta para avanzar con el proceso de titulación colectiva y defender sus derechos territoriales frente a los intereses económicos externos.

Por invitación del consejo comunitario acordamos que participaría en este proceso, a la par que realizaba mi trabajo de campo. Así, socialicé en extenso la propuesta de investigación, la cual estaba orientada por una pregunta sobre los significados asociados a “ser hombre” en Las Brisas, teniendo en cuenta la “ausencia” de las mujeres, el trabajo doméstico, el trabajo en la finca, la participación político-organizativa local, la relación con actores externos y las interacciones con los foráneos blanco-mestizos o “finqueros” como son denominados localmente. Ante las inquietudes sobre la pertinencia de esta investigación, precisé que, a diferencia de otros lugares del Cauca y el suroccidente, las zonas de colonización agrícola tenían una dinámica propia que no había sido explorada desde una perspectiva étnico-racial ni de género, descuidando las trayectorias de poblamiento de la gente negra en los valles interandinos y regiones geográficas distantes del Pacífico colombiano. Las dinámicas de género, políticas, económicas y culturales requerían una historización que apoyara los procesos políticos que estaban emprendiendo en ese momento. Con estas precisiones, sus intervenciones giraron en

torno a la reglamentación de la Ley 70 y las restricciones que encerraba la misma, dados los imaginarios que circulaban en los escenarios políticos y académicos sobre el poblamiento de la gente negra, que, a menudo, desconocían las trayectorias de colonización en las cordilleras, tal como lo habían experimentado en distintos escenarios de interlocución institucional.

Su interés por construir una historia de poblamiento sugirió varios caminos que hasta entonces no había considerado. Uno de ellos profundizó en el argumento que reiteraba la ausencia de las mujeres por la presencia y el control de actores armados, sin embargo, en sus intervenciones mencionaron cómo se había distribuido el trabajo familiar, en cuanto “los viejos eran los que entraban mientras que la mujer y los hijos se quedaban afuera”. La colonización de tierras iniciada en la segunda década del siglo XX había sido liderada por grupos de varones que se organizaron ante la necesidad de tierras para el trabajo agrícola y la subsistencia.



Imagen 2. “El trabajo comunitario es inter-generacional”

En ese sentido, la categoría de “hombresolos”, que hasta entonces aparecía solamente como una referencia de uso local, en aquella conversación fue dispuesta como una posición de algunos varones que, a la vieja usanza de los mayores, entraban semanalmente a Las Brisas para trabajar en la finca. Debido a que gran parte de su familia permanecía “afuera”, a menudo asumían el trabajo de la finca y la casa asistidos durante algunas temporadas por uno de sus

hijos o nietos. Solo durante la cosecha o *travesía* son relevados por las mujeres en la realización de estas labores.

Otros, señalaron a un par de varones y dijeron: “él también es hombre solo porque lo está dejando el tren”. Con esto los mayores generalmente se referían, en medio de risas, a quienes no tenían pareja ni descendencia. Al escucharlos atentamente noté que, con frecuencia, repetían “es que no salen de acá y acá no hay mujeres, allá afuera es que están las muchachas bonitas”. Las risas, los movimientos y las frases asociadas a ser hombre fueron claves para complejizar esta mención. Mientras continuaban opinando, anoté algunas ideas sobre la relación entre la masculinidad y el “afuera”, pues lo repetían una y otra vez.

La distinción entre “afuera” y “adentro”, apenas perceptible, fue clave para comprender las representaciones alrededor del lugar. Generalmente hacían referencia con “adentro” a un terreno hostil y de difícil acceso que estaba marcado por extensos recorridos, una precaria red de comunicaciones y una distancia considerable de centros urbanos como Suárez, Santander de Quilichao o Cali. Con esta distinción marcaban no solo las distancias físicas sino también políticas, sociales, económicas y culturales existentes entre “adentro en la montaña” y “afuera en el pueblo”.

Esta dinámica, sin duda, marcó todo el proceso de esta investigación, en cuanto en repetidas ocasiones mencionaron que lo más jóvenes habían “dejado de entrar” al insertarse en la educación media y superior, en la extracción minera en los entables familiares o en el trabajo formal e informal en la ciudad de Cali y otras regiones del país. “Es que estos *neitos* ya no quieren entrar para acá”, mencionó uno de los mayores mientras diseñábamos la estrategia metodológica para la historia local. Ante mi desconocimiento, pregunté: “¿*neitos*?” Todos rieron. En seguida alguien mencionó que era la “forma en que nosotros les decimos a los niños”. En ese momento fue claro, pero como señalaré más adelante, lo que parecía solo una clasificación de corte generacional, apelaba a un lugar en la vida comunitaria relacionada con quienes no tienen tierra y hacen parte de la mano de obra y autoridad familiar, generalmente asumida por un varón.

Con este panorama fuimos cerrando la reunión. La propuesta metodológica acordada consistía en estancias temporales en Las Brisas y en el apoyo a las acciones convocadas por el consejo comunitario, especialmente a través del Encuentro Interétnico e Intercultural que realizaba su tercera versión en agosto. Con todas las dificultades para la comunicación, a causa de una inestable red de celular que era conectada a una antena de televisión en forma de tenedor, tras regresar a Popayán conversamos sobre la formulación del proyecto y la gestión de los recursos de esta actividad política y cultural. Las reuniones y visitas “afuera” fueron claves para la organización del Encuentro, al tiempo que hicieron nuestras conversaciones mucho más cercanas y amenas.

Después de participar en el Encuentro, el año siguiente inicié una primera estancia en campo, bajo la cual exploré las posibilidades de la investigación a través de un enfoque teórico y metodológico trazado por los feminismos negros. La revisión teórica se amplió y transformó en un diálogo constante que tuvo lugar durante las extensas jornadas de trabajo en los cafetales, en los apremiantes viajes hacia Las Brisas, en las fiestas, en los espacios de trabajo comunitario y en el “día a día” donde la pregunta por las masculinidades se amplió gradualmente en inquietudes sobre economía, cuidado, conflicto armado, desigualdades y discriminación, temas que fueron sugeridos y guiados durante el proceso de investigación por mis interlocutores, quienes estimularon mis reflexiones y sugirieron rutas metodológicas para su abordaje.



Imagen 3. "La finca"

En cada una de las estancias acordamos que diariamente iba a trabajar a una de las fincas ubicadas en la parte alta o en la *ranchería*. Con generosidad, hombres y mujeres compartieron conmigo sus conocimientos, por lo que mientras profundizaba en los significados locales de las masculinidades, aprendí a rozar, desyerbar, sembrar, soquear y cosechar café; trabajar en la huerta con los productos de pancoger; y acompañar el trabajo comunitario. En estas jornadas de trabajo los temas nunca se agotaron. Junto a la observación y participación en sus actividades, ubiqué la “sensibilidad etnográfica”, la capacidad del intercambio y las emociones que la atraviesan, como una de las herramientas que ha guiado toda la investigación, desde mis primeras visitas hasta las conversaciones que suceden mientras escribo estas letras.

El trabajo de campo desbordó la perspectiva metodológica, pues no se cerró en un lapso determinado, sino que ha tenido distintas aperturas durante el proceso. En ese sentido, ha superado los límites geográficos del “terreno”, instalándose en las posibilidades de acompañar la realización de los Encuentros Interétnicos; las reuniones regionales convocadas por ACONC, los encuentros en las fiestas y festivales de fugas en el norte del Cauca y las celebraciones familiares a las que he asistido durante los últimos años. Estar “adentro” y “afuera” de los límites geográficos del terreno ha ampliado las fronteras de esta indagación, al construir espacios de confianza en los que hemos podido conversar y profundizar en detalles que enriquecieron las reflexiones de los capítulos que siguen.

En esa perspectiva, reconozco la importancia de situarnos como sujetos activos de las experiencias que pretendemos observar, analizar y narrar, pues nuestra participación media en su propia construcción. Dejarse interpelar por la investigación (Amador 2018: 111), consiste entonces en el reconocimiento del otro y de sí mismo, en un diálogo en doble vía, situado y parcial, que se construye en interacciones y contextos específicos, pues es producto de una relación intersubjetiva que cuestiona las posibilidades de la objetividad como base del conocimiento científico (Hill Collins 2012; Abu-Lughod 2019).

1.2.¿Cómo llegar?

Mientras la sensación térmica aumenta, en la vía Panamericana que conecta Popayán con Santander de Quilichao, se observan montañas con pueblos y caseríos dispersos, militares

sobre los dos costados de la vía, vendedores informales y cultivos agrícolas, que más adelante, en la vía hacia Cali, se pierden entre los cañaduzales que inundan el valle geográfico del río Cauca. Al llegar a Santander, la “tierra de oro”, se extiende una prominente oferta comercial y una renovada infraestructura que evidencia la transformación intensiva de la región en las últimas dos décadas, a causa de la bonanza minera y el auge del narcotráfico, vinculado con la coca y la marihuana.

Como eje económico de la región norte del Cauca y punto de conexión entre los municipios de la zona plana y los ubicados en las estribaciones de las cordilleras Central y Occidental, Santander de Quilichao ha sido disputado por los grupos armados, las bandas criminales y las fuerzas militares del estado que intensificaron su presencia en 2019 tras el asesinato de la candidata a la alcaldía de Suárez en el corregimiento La Betulia, la masacre perpetrada en la vereda La Luz del Resguardo de Tacueyó (Toribío) y la explosión de un camión cargado de explosivos que avivó el escenario de incertidumbre, un día después de haber iniciado el Paro Nacional.²

Su cercanía con Cali ha posicionado al pueblo como *ciudad dormitorio*, ya que diariamente se desplazan cientos de personas para estudiar o trabajar. La conexión con la ciudad más grande del suroccidente, ha fortalecido el sector del comercio, especialmente los días de mercado que se realizan semanalmente miércoles y sábado. A excepción de las *gualas* y *chivas* que suben hacia los resguardos ubicados sobre la cordillera Central, quienes llegan al pueblo generalmente se bajan en el Parque de los Cholaos, o en la terminal, ubicada en una estrecha carretera donde los sonidos de carros y motos avivan la ferocidad del pueblo.

Los buses son ubicados según su destino frente las oficinas de transporte y los locales comerciales adecuados en la antigua estación del ferrocarril. Por el extremo norte, sobre la sede de Cafinorte, se parquean las busetas que van hacia Cali y más adelante las que recorren otros

² Identifican a las cinco personas asesinadas junto a la candidata en Suárez, Cauca, El País, 02 de septiembre de 2019; CRIC rechaza la masacre perpetrada por grupos armados a la autoridad Ne’j Wesx de Tacueyó y a la guardia indígena, CRIC, 29 de octubre de 2019; Los 2.500 militares prometidos para el Cauca llegarán en diciembre, El Espectador, 01 de noviembre de 2019; Dos muertos y cinco heridos deja atentado contra estación de policía en Santander de Quilichao, El Tiempo. 22 de noviembre de 2019; Las demandas por la vida que se promovieron durante el 21N, Verdad Abierta, 22 de noviembre de 2019.

municipios del Valle del Cauca como Palmira y Buga. Junto a ellas, las *caloteñas* que se dirigen hacia Guachené, El Palo y Caloto, este último, un pequeño poblado e importante centro económico durante la colonia. A su lado, los *jeepetos* con destino a las veredas circunvecinas pertenecientes a alguno de los 5 consejos comunitarios del municipio que hacen parte de la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca, ACONC, autoridad étnica del pueblo negro en la región.

Junto a los *jeepetos*, sobre un letrero de fondo blanco y letras rojas se encuentran las busetas que se dirigen hacia Popayán, la “ciudad blanca”, a donde pocos van porque “allá son muy racistas”. A pesar de ser la capital del departamento, usualmente las diligencias son realizadas en Cali, dadas las conexiones económicas y políticas que han sido reforzadas con la expansión de la agroindustria de la caña y el complejo industrial que creció considerablemente tras la sanción de la Ley Páez en 1996.

Continuando con dirección al costado sur de la terminal, se ubican las rutas que se dirigen hacia Villa Rica, Puerto Tejada, Corinto y Miranda, municipios ubicados en una estratégica posición geográfica donde convergen los complejos económicos de los empresarios de Cali y las mercancías generadas por el narcotráfico, relacionadas con los cultivos de uso ilícito y las redes para su transporte y comercialización. Después, tras cruzar la calle, se parquean las busetas y chivas frente al centro comercial La Estación, las cuales se dirigen hacia las estribaciones de la cordillera Occidental donde están ubicados los municipios de Suárez, Buenos Aires y, en menor medida, Santander de Quilichao. Los recorridos se realizan sobre la margen del río Cauca, que se ondea por el costado oriental de la vía. Durante el recorrido pueden observarse modernas construcciones en ladrillo, variados cultivos agrícolas acompañados por trenes cañeros y más arriba, en la parte alta, por volquetas que son utilizadas para transportar el material de arrastre que se extrae de “Cauca”.

Los pueblos que recorre la vía son testigos de la presencia continuada de actores armados estatales, paraestatales y guerrilleros. En mayo del 2000 entraron 54 hombres armados de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que se asentaron en Timba, sector estratégico que “separa” administrativamente a los departamentos de Cauca y Valle del Cauca. El Bloque Calima de las AUC llegó con el objetivo de asegurar la propiedad a medianos y grandes

terratenedores y para controlar los corredores del narcotráfico en El Naya, una zona que era comandada por el Frente 30 de la guerrilla FARC-EP.

A su llegada instalaron los centros de operaciones en las veredas Lomitas, La Balsa y Timba en Buenos Aires y Robles en el vecino municipio de Jamundí. Para movilizar sus tropas hacia la parte alta, reforzaron su pie de fuerza militar y se incorporaron en las dinámicas locales a través del porte de armas, el control de la movilidad vehicular y de las rentas dadas por la bonanza cocalera que se expandía por el norte del Cauca. Meses después, en abril de 2001 se fraguó la masacre de El Naya, que cobró la vida de un número aún no determinado de personas, pues a este hecho le antecedían otros homicidios selectivos a quienes eran acusados por ser colaboradores de la guerrilla (CNMH 2018). Uno de los antecedentes más importantes fue el desplazamiento ocurrido en diciembre del 2000 en las veredas de El Amparo, La Betulia, Unión Olivares, San Pablo y Las Brisas, donde cientos de familias se resguardaron durante varias semanas en escuelas y albergues dispuestos en el pueblo de Suárez ante la avanzada paramilitar. A menudo estos hechos son recordados con nostalgia, pues transformaron las relaciones de amistad y trabajo entre vecinos, a tal punto que varios recuerdan familias enteras que no “volvieron a entrar a la montaña porque la violencia desde ahí no paró”.

Los relatos sobre la permanencia continuada de la violencia, superan la perspectiva del enfrentamiento de dos o más actores armados en conflicto, en tanto los pobladores de la región vuelven sobre las experiencias en que han confrontado y disputado el poder local con el ejército, la guerrilla y los paras,³ posicionándose como “autoridad del territorio” y generando una gramática social (Espinosa 2010), que evidencia cómo la violencia es normalizada e incorporada colectivamente a través de susurros que identifican la presencia de un “extraño”, luces que deben permanecer encendidas o recorridos que suelen evitarse después del atardecer.

Estos hechos ponen en evidencia los efectos del conflicto armado y los modos en que ha determinado las dinámicas de la región, de ahí que resulta en un elemento importante para establecer sus complejas conexiones con los significados asociados a la masculinidad en contextos signados por la violencia sociopolítica. En mis primeros viajes hacia Suárez, estas inquietudes parecían no converger, pero fue en la conversación con mis compañeras del

3 Expresión coloquial con la que se hace referencia a los paramilitares.

Semillero Taller de Etnografía y en las estancias prolongadas en diferentes puntos geográficos de la región, donde las dudas empezaron a ser certezas y la relación masculinidad-violencia apareció como una experiencia compleja que supera las perspectivas hegemónicas de los relatos oficiales.



Imagen 4. "Las Brisas"

A menudo, al llegar a Las Brisas procuraba capturar milimétricamente el viaje; los carros blindados que subían por las lomas, las motos que pautaban nuestros recorridos y las miradas que debía evitar, en una estrategia para asegurar mi permanencia. En mi disposición por definir qué observar y cómo hacerlo, pronto me percaté que era perceptible un modo concreto en que se organizaba y habitaba el espacio. Cuando viajaba desde Popayán y llegaba alrededor de las 05:30 p.m. al pueblo de Suárez, me bajaba en la estación de la terminal e inmediatamente tomaba, junto a uno de mis amigos briceños, una de las estrechas vías que conecta por el noroccidente con el corregimiento La Betulia. Según la velocidad del viaje, podíamos tardarnos hasta 45 minutos en moto, atravesando una carretera destapada que conecta a las veredas El Amparo, Playa Rica, La Betulia, La Fonda-Damián, Unión Olivares, San Pablo y Las Brisas. La conexión con el resguardo nasa Cerro Tijeras y el consejo comunitario Bellavista favoreció la ampliación de la vía para la entrada de chivas y carros de carga pesada.

Sobre las empinadas lomas se observan cultivos de pino, café, coca, y algunos potreros, bordeados por pequeñas casas en bahareque o ladrillo, las cuales están ubicadas sobre la vía destapada que conecta las distantes veredas. Durante los últimos años en este trayecto han crecido considerablemente las cantinas y los billares en los que pueden escucharse corridos y

música norteña, géneros musicales que han cobrado especial importancia con el auge de la coca, dado que sus sonoridades hablan sobre la vida cotidiana de los pueblos cocaleros, resaltando la inversión de fuerza y el trabajo que requiere el cultivo, así como los requerimientos asociados a la virilidad masculina, signada por la determinación, la valentía, el riesgo y la capacidad para la confrontación.

La expansión cocalera en la región está marcada por la migración de familias blanco-mestizas del sur y el oriente del país, quienes empezaron a “subir por la cordillera” tras las fumigaciones decretadas en el marco del Plan Colombia a inicios de los años 2000. Pastusos y caqueteños,⁴ localmente nombrados como “finqueros”, llegaron a través del arriendo y la compra de tierras, en una relación de parentesco que ha sido determinante para la migración. Aunque inicialmente se desplegaron acciones para impedir la entrada de los foráneos, en los años siguientes varias familias vendieron sus tierras, especialmente “los que no entraron más y en esas tierras lo que tenían era puro rastrojo”. La coca transformó la economía local y profundizó la violencia, sin embargo, la apertura de vías con maquinaria pesada y la instalación de redes de energía han beneficiado a gran parte de los locales, quienes encuentran en los foráneos la posibilidad de acceder a recursos de primera necesidad que deberían ser garantizados por el estado.

Las relaciones entre finqueros cocaleros y negros cafeteros, son útiles para reflexionar sobre las dimensiones políticas y sociales en el Consejo Comunitario Las Brisas, dado que la presencia de los finqueros y la disponibilidad de recursos producto del narcotráfico han reforzado las valoraciones locales sobre una masculinidad atravesada por el acceso al dinero, la tenencia de armas y la capacidad de proveer a otros.

1.3.Feminismos negros: una perspectiva entrecruzada

Pensar en las posibilidades de un proyecto político que cuestione todas las formas de violencia y discriminación me ha confrontado desde diferentes trincheras. Mi encuentro con el norte del Cauca y el compromiso que he adquirido en un proceso que inició en 2017 con mi

⁴ Pastuso y caqueteño hacen referencia a los gentilicios que son utilizados para nombrar a las personas provenientes de los departamentos de Nariño y Caquetá, respectivamente.

participación en diferentes espacios convocados por los consejos comunitarios, especialmente por ACONC, constituyen las primeras puntadas de una historia que se escribe a múltiples manos.

Inicio por mencionar mi encuentro con el feminismo, como el primer lugar en el que cuestioné mis privilegios y encontré distintas herramientas para pensar desde la teoría y la experiencia, los restringidos modos en que somos socializados “los hombres”, en una compleja relación entre masculinidad-autoridad-violencia que se legitima en el transcurso de nuestra trayectoria vital. Al no responder con los rígidos modos de socialización masculina, me leí desde las orillas, indagando por los significados de “ser un verdadero hombre”, desde una posición crítica sobre el funcionamiento del machismo y el cisheteropatriarcado, en relación con amigas, feministas, académicxs, colectivos y procesos en los que participo y acompaño convencido de que “lo personal es político y también teórico” (Gregorio Gil 2006; Neira 2015), pues lo emocional no puede separarse de nuestro marco conceptual, al ser parte de una decisión que define cómo pensamos y hacemos la investigación, en tanto la academia también es un espacio de disputa política.

Estas inquietudes se robustecieron con mi participación en el Semillero de Investigación Taller de Etnografía, un espacio de formación conformado por estudiantes, egresadxs y profesorxs del departamento de Antropología que partió de nuestras propias preguntas, en tanto nos reunimos con el interés de pensar la academia como un escenario potente para contribuir, en una relación dialógica, en la consolidación de conocimiento relevante que transforme las relaciones coloniales y cuestione los lugares de legitimidad y normalidad. Nos reunimos con el interés de pensar la región norte del Cauca desde variadas inquietudes: género y sexualidades; músicas y fiestas; extractivismo y conflictos ambientales; trayectorias de poblamiento; y construcción de paz. Durante este proceso han confluído distintas fuentes de conocimiento apuntaladas en preguntas y lugares donde hemos comprendido las posibilidades de trabajar colectivamente y trazar en la interacción con otras, horizontes para la acción, la creación y la investigación.

Gran parte de estas discusiones han sido nutridas por la prolífica producción de las feministas negras norteamericanas,⁵ quienes orientaron su ejercicio político al cuestionamiento de los lugares signados por la legitimidad: masculinidad, heterosexualidad y blanquidad, en principio. A diferencia del feminismo blanco que tiene su momento fundacional en la Ilustración, el *black feminism* surge en el contexto de la esclavización, lo que desprende su carácter profundamente colectivo al cruzar resistencias, saberes y prácticas. Sus antecedentes se ubican en el discurso “¿Acaso no soy una mujer?” de Sojourner Truth, realizado en la Convención de los Derechos de la Mujer en Akron de 1852, donde apuntó que su aspiración por la libertad no estaba marcada solamente por superar la opresión racista, sino también la dominación sexista. Al poner de manifiesto el carácter consustancial de esta relación, disputó la categoría hegemónica de “mujer” partiendo la negación de su existencia en tanto mujer negra y debatiendo las agendas de los movimientos sufragista y abolicionista (Davis 2004).

Durante la década de 1970 estas agitadas discusiones reestructuraron la agenda del movimiento feminista de la segunda ola, pues las mujeres negras desafiaron las luchas basadas en identidades excluyentes, redefiniendo el sujeto político del feminismo al considerar su lucha como parte de “un movimiento social sensible a todos los tipos de opresión, exclusión y marginación: clasismo, sexismo, racismo, heterosexismo, sin priorizar ninguno de ellos de antemano sino en forma contextual y situacional” (Viveros 2016: 13). Al incorporar en el análisis los debates sobre raza, clase y sexualidad evidenciaron el interés encubierto del sufragismo blanco por la supremacía racial ante la avanzada de los derechos civiles para las personas negras en Estados Unidos; al tiempo que desmantelaron el separatismo promulgado por el feminismo hegemónico, pues si bien reconocían el sexismo de los varones negros, los consideraron como aliados políticos en la lucha y confrontación contra todas las formas de discriminación (Jabardo 2012; Hill Collins 2012; Gil 2018).

El *black feminism* expandió los límites del feminismo perfilando un cuerpo de conocimiento que ofrece una visión distinta de las experiencias de las mujeres negras al cruzarse con la reflexión teórica y la movilización social (Dent 2019). Este ejercicio ha estado

5 La perspectiva teórica, política y metodológica que orienta esta investigación parte de las propuestas del feminismo negro en general y el black feminism en particular, por lo que mi aproximación histórica se inscribe en una trayectoria política concreta.

acompañado por una apuesta de construcción y reconstrucción de su historia, disputando las “historias oficiales” sobre la ciudadanía y lo político en el norte global. El Manifiesto del *Combahee River Collective* (1988: 172) marcó estas discusiones al plantear un marco epistemológico para comprender el “eslabonamiento de los sistemas de opresión” de raza, clase y sexualidad, puntualizando que la situación de las mujeres no podía explicarse solamente a través de la dimensión de género, pues “la síntesis de estas opresiones crea las condiciones de nuestras vidas”.

Al poner en el centro su experiencia, las mujeres negras renovaron los marcos teóricos y políticos para el análisis imbricado del poder, oponiéndose a la jerarquización de las opresiones en tanto solo pueden ser separadas con fines analíticos. En este contexto la interseccionalidad, propuesta por la afroamericana Kimberlé Crenshaw en 1989, surgió en el campo del derecho con el objetivo de evidenciar las omisiones jurídicas experimentadas por las trabajadoras negras del sector industrial y el servicio doméstico. Esta perspectiva contribuyó a un vasto campo de estudios estructurado por diferentes propuestas metodológicas⁶ para entender cómo funcionan los elementos que refuerzan la opresión en sus dimensiones macro y micro al estar atados a configuraciones históricas específicas.

Los avances significativos del *black feminism* norteamericano pueden leerse en relación con la articulación de las mujeres negras y afrodescendientes de Latinoamérica y el Caribe, quienes durante la década de 1980 alertaron sobre la invisibilidad selectiva del racismo al interior de los movimientos feminista y comunista. Si bien las discusiones dadas en Estados Unidos configuran el referente constitutivo de estas discusiones en nuestra región, debe tenerse en cuenta que el feminismo antirracista, lésbico y afrocaribeño ha generado interesantes propuestas para pensar el poder en sus complejas imbricaciones. Menciono inicialmente los aportes de escritoras y artistas que abordaron la discusión desde fechas tempranas. En 1899 la poeta peruana Clorinda Matto de Turner denunció en su libro “Aves sin nido” los abusos sexuales perpetrados por los gobernadores y curas locales a las mujeres indígenas, señalando

6 De acuerdo con Gil (2018), el pensamiento feminista negro ha elaborado distintas categorías analíticas para entender distintos sistemas de opresión: Opresiones múltiples (Mary Ann Weathers, 1969); Simultaneidad de opresiones (Combahee River Collective, 1977); Opresiones eslabonadas (Combahee River Collective, 1977); White-supremacist capitalist patriarchy (bell hooks, 1984), Interseccionalidad (Kimberlé Crenshaw, 1989); Matriz de dominación y matriz de opresión (Patricia Hill Collins, 1990).

las condiciones de desigualdad marcadas por su pertenencia étnico-racial y de género (Viveros 2016).

A esto se suma en 1970 el manifiesto suscrito por el colectivo “Alianza de las mujeres del Tercer Mundo”, conformado por mujeres negras y puertorriqueñas que interpellaron el sujeto político “mujeres negras” por sus restringidos marcos de acción, proponiendo “mujeres de color” como una categoría de mayor alcance para hacer referencia a las experiencias vitales de las personas racializadas y subalternizadas (Gil 2018). Así mismo, la década de los 90 estuvo marcada por el giro multiculturalista y la definición de una identidad étnico-racial que estimuló los espacios de encuentro para la reflexión sobre los efectos del racismo y el sexismo. En este contexto mujeres de distintos países Latinoamericanos y del Caribe dieron origen a la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas y Afrocaribeñas en 1992 y, a su vez, a la conmemoración del “Día Internacional de la Mujer Afrolatina, Afrocaribeña y de la Diáspora” el 25 de julio.

Si bien los hechos mencionados configuran una genealogía parcial del feminismo negro y de color, me interesa poner en discusión los imaginarios que se han cristalizado al interior de la academia, las organizaciones sociales y las instituciones del estado, pues a menudo descuidan estos aportes reforzando la existencia exclusiva de los feminismos que están marcados geopolítica (norte) y disciplinarmente (derecho) de formas concretas. Para superar estas limitaciones, es importante que las indagaciones sobre las imbricaciones de distintas dimensiones del poder no sean traslapadas de un lugar a otro de forma automática, debido a que las condiciones históricas y sociales marcan las trayectorias para su comprensión. Esto requiere situar en tiempos, lugares y epistemes definidas nuestras preguntas de investigación, evitando la reproducción mecánica que generalice el funcionamiento del poder como la sumatoria de opresiones.

Alrededor de esto Ochy Curiel (2007; 2008) señala que la interseccionalidad al ser cooptada por los organismos internacionales, las agencias de cooperación y las políticas públicas ha sido vaciada de contenido, lo que ha reducido significativamente su carácter político y potente efecto transformador. Esto ha generado que la comprensión sobre el poder se instale en lecturas comunes que descuidan el funcionamiento de la dominación y el privilegio, de ahí la importancia de elaborar problemas de investigación que estén orientados a preguntas situadas,

entendiendo el poder como una formación histórica con múltiples significados. Desde esta perspectiva, la interseccionalidad como enfoque metodológico debe nutrir los debates sobre desigualdades y discriminación, contribuyendo en las discusiones propuestas por los feminismos de América Latina y el Caribe.

Varios han sido los avances al respecto. La filósofa brasilera Sueli Carneiro (2005) plantea que es necesario “ennegrecer el feminismo” para hacer mejores lecturas sobre el lugar de las mujeres negras en las relaciones sociales de raza y género, en cuanto han sido instaladas en los márgenes de las sociedades latinoamericanas. En ese sentido, sus luchas contra la opresión recrean nuevos contornos para la acción política, promoviendo reivindicaciones feministas y antirracistas que son representativas para el conjunto de las mujeres y no solo para algunas de ellas. Siguiendo con esto, “ennegrecer el feminismo” también alude a incorporar la dimensión racial para la comprensión de las violencias hacia las mujeres y los varones racializados, sugiriendo análisis más profundos sobre los privilegios de la masculinidad, pues la dimensión racial sitúa a los varones negros en lugares diferenciados alrededor del acceso a los privilegios de la masculinidad hegemónica y al control de las instituciones sostenidas en el capitalismo y la colonialidad.

En el trabajo pionero sobre masculinidades en Colombia, Mara Viveros (2001; 2002) evidenció que la perspectiva interseccional no solo es útil para analizar las expresiones de discriminación y diferencia entre las poblaciones indígenas y afrodescendientes, marcadas por el mantra multiculturalista en condiciones de desigualdad; sino que también permite rastrear las experiencias de quienes ocupan el privilegio en el orden racial. De este modo, genera nuevos elementos para la discusión sobre la blanquidad y sus expresiones en contextos ruralizados del país, donde las jerarquías raciales permiten entender a su vez las relaciones económicas como señalaré más adelante. Sin duda alguna, estas propuestas evidencian el trabajo de las feministas negras e indígenas en Estados Unidos y América Latina y el Caribe, quienes han dirigido parte de sus esfuerzos hacia la visibilización de los efectos del racismo, el sexismo y el clasismo en sus vidas y también en las de los hombres, poniendo en tela de juicio el separatismo pretendido por el feminismo blanco de clase media (Jabardo 2012; Gil 2018).

Los feminismos negros y de color desde los años 70 han insistido en la importancia de incorporar a los varones en sus disputas, pues las desigualdades no se enmarcan solamente en la diferencia sexual, sino que son experimentadas simultáneamente en las opresiones raciales y de clase. Los debates de los feminismos y la definición de la interseccionalidad como la “perspectiva teórica y metodológica que buscar dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder” (Viveros 2016: 2), ampliaron lxs sujetxs de la emancipación introduciendo nuevas herramientas para pensar el mundo y transformarlo. Las discusiones alrededor de los pares de oposición masculino/femenino y opresor/oprimida, han dado espacio a nuevas lecturas sobre las disidencias sexuales y de género poniendo en cuestión la norma heterosexual; al tiempo que se han observado con detenimiento las desigualdades entre hombres y mujeres cuestionando el carácter universal del patriarcado.

El cuestionamiento a la autoridad masculina, la violencia machista y la legitimidad de los varones en los órdenes racial y de clase, ha generado escenarios de participación política que, sin estar libres de contradicciones, nos han permitido situarnos desde el feminismo como un marco epistémico y una perspectiva política para leer el poder y cuestionar nuestros privilegios. Estas inquietudes fueron parte de las premisas que inicialmente me llevaron a elaborar una pregunta de investigación sobre las masculinidades y, posteriormente pensar sus complejidades. Parto de los feminismos negros y de color que han puesto en discusión desde diferentes latitudes geopolíticas, la importancia de teorizar desde la experiencia, subvirtiendo los lenguajes y categorías totalizadoras que invisibilizan los rastros de las historias que están marcadas por la estigmatización y, simultáneamente, por la articulación. Me ubico en las posibilidades de dialogar desde otros lugares, reconociendo, por un lado, las relaciones de poder que atraviesan la construcción de conocimiento y, por el otro, la capacidad creativa que imprime la empatía y el intercambio en las dinámicas cotidianas.

Me sitúo teórica y políticamente en estas discusiones, convencido de las posibilidades de reflexionar críticamente sobre los modos en que se incorporan y conciben las jerarquías raciales, étnicas, generacionales, sexuales y de clase cuestionando la “neutralidad” en la producción de conocimiento académico. A esto se suman las posibilidades de abordar los estudios de las masculinidades desde una perspectiva ética y política que no esencializa a los hombres y conduce a la reflexión sobre cómo se incorpora la masculinidad hegemónica, al

tiempo que visibiliza las condiciones de desigualdad que enfrentan los hombres por su condición de clase y pertenencia étnico-racial. Con esto hacen una crítica sustancial a la homogenización de la masculinidad, mostrando los modos en que se ejerce el poder y cómo se localiza.

De esta manera el Pensamiento Feminista Negro es una perspectiva teórica, política y metodológica pertinente para esta investigación, al profundizar en el carácter plural de las masculinidades de acuerdo a contextos y temporalidades concretas, de modo que se eviten las generalizaciones sobre el funcionamiento del privilegio y la opresión. Este camino es fructífero para reflexionar sobre el funcionamiento del poder, en las relaciones de clase entre varones, en función de la propiedad, la tenencia y el uso de las tierras; sobre el ejercicio de las labores del cuidado y su distribución; y en el campo política sobre el manejo del poder local y el despliegue de estrategias de organización comunitaria que han tenido lugar desde el proceso de colonización inicial en Las Brisas.

1.4. Masculinidades: ¿una categoría útil para reflexionar sobre el poder?

El siglo XX estuvo marcado por transformaciones sustanciales impulsadas por una variedad de movimientos políticos y culturales que evaluaron críticamente los modos de organización social, sostenidos por desigualdades de clase, raza, género y sexualidad. En este contexto el movimiento feminista, durante la década de los años 60, posicionó los estudios de la mujer y de género⁷ como apuestas políticas y académicas para hacer énfasis en que la opresión de las mujeres por los hombres no dependía de diferencias biológicas, sino que era producto de una relación desigual que podía ser objeto de transformaciones (Stolcke, 2004). Estas discusiones avanzaron al calor de las críticas realizadas por las mujeres negras, quienes cuestionaron el sujeto plural y universal de “mujer”⁸ exigiendo que las feministas blancas reconocieran la realidad de la raza y el racismo (hooks 2017: 81).

7 La categoría de género surgió en los años 50 en las ciencias médicas, particularmente en la sexología y la psicología norteamericanas para hacer referencia al sexo social asignado (Stolcke, 2004). En su articulación a las ciencias sociales se configuró como “(...) una categoría teórica que tiene como objetivo la explicación de la manera en que a determinados contextos se configuran ciertas formas de relación entre hombres y mujeres” (Muñoz 2017: 30).

8 Uso las comillas con el objetivo de mostrar las limitaciones del pretendido universalismo que propone el feminismo blanco.

Más adelante, en la década de 1970 se empezó a consolidar un campo de estudios que cuestionó el lugar de los varones en las relaciones de poder, situándolos como sujetos sexuados y generizados, por lo que el género fue concebido como una categoría relacional. En ese momento, mujeres provenientes del feminismo y hombres comprometidos con la transformación de las relaciones sociales, propusieron los *men's studies*, como parte de un interés colectivo por situar las reflexiones sobre las identidades masculinas y problematizar el carácter universal del patriarcado. Mostraron que los significados asociados a “ser hombre” variaban constantemente, pues estaban conectados con las transformaciones económicas, políticas y culturales. Esto sugirió un cambio sustancial en las formas de hacer investigación, pues si bien las voces de los hombres habían constituido la columna vertebral de las etnografías, solo hasta ese momento emergió una reflexión sobre el carácter parcial y situado de las experiencias de los hombres en tanto hombres, como actores dotados de género (Gutmann 2000; Viveros 2002; Muñoz 2017).

Bastaron dos décadas para que estas preguntas tomaran fuerza en el contexto Latinoamericano donde los cuestionamientos al sistema sexo/género avanzaron con una lectura crítica sobre la identidad masculina⁹ latinoamericana, considerada como estable y sin conflictos. Estas preguntas tuvieron una importante impronta etnográfica que consideró varias aristas, inicialmente vinculadas con la paternidad, los espacios de homsocialidad, el trabajo y la sexualidad masculina analizadas en disímiles contextos (La Furcia 2016; Olavarría 2017). Los primeros estudios sobre hombres y masculinidades fueron liderados por Mara Viveros en Colombia, Norma Füller en Perú y José Olavarría y Teresa Valdés en Chile, a través de una apuesta conjunta por involucrar a los hombres en reflexiones académicas y programas institucionales dirigidos hacia la erradicación de las inequidades de género y la prevención de las violencias hacia las mujeres (Viveros, Olavarría y Füller 2001).

Particularmente en Colombia estos estudios privilegiaron lecturas regionales, a partir de los análisis sobre la compleja relación entre masculinidades, racismo, generación y lugar, resaltando las tensiones del proyecto de Estado-nación basado en la idea del mestizaje. Al

9 Esta categoría fue debatida, pues tal como propone Viveros (2002), la noción de identidades masculinas reduce el carácter histórico y situado en que se incorpora el género, de ahí la pertinencia de hablar de masculinidades en plural, entendiendo los contextos, relaciones y contradicciones en que son producidas.

respecto, Viveros (2001; 2002) realiza un interesante ejercicio comparativo que aporta elementos para la comprensión del orden socio-racial colombiano que ha situado a los varones negros en lugares relacionados con el consumo festivo y una sexualidad exacerbada, invisibilizando las trayectorias laborales, las dinámicas de migración, las experiencias asociadas a la paternidad, así como las estrategias de movilidad social ancladas a la adquisición de diferentes capitales (económico, social y cultural).

En el suroccidente colombiano, donde habita un número importante de poblaciones negras e indígenas, los análisis han girado en torno a la sexualidad, comprendida a partir de las diferencias generacionales y los modos de socialización entre varones negros que habitan zonas urbanas y rurales con fuerte presencia de la agroindustria de la caña (Urrea y Quintín 2000; Urrea y Congolino 2007; Castaño 2011; La Furcia 2016). Específicamente en el norte del Cauca, los estudios de género han privilegiado la perspectiva situada de las mujeres, sin embargo, en los últimos años los procesos de formación para mujeres orientados hacia la incidencia política y la investigación comunitaria, han contado con la participación de los varones, en una apuesta por involucrarlos en la elaboración de iniciativas que tienen por objetivo la eliminación de todas las formas de violencia (Amador *et al* 2020). Estos procesos han dado espacio a diferentes escenarios de conversación entre hombres, impulsados por las organizaciones sociales indígenas y afrodescendientes con el fin de fortalecer la unidad y generar reflexiones en torno a los “valores” masculinos que aparecen asociados a la fuerza y la autoridad. A pesar de estos esfuerzos, no se han realizado indagaciones alrededor de las masculinidades indígenas, por lo que aún es un campo de análisis pendiente.

Los estudios de las masculinidades en Colombia han privilegiado una lectura constructivista como enfoque analítico (La Furcia 2016), proponiendo un marco conceptual para abordar las masculinidades como múltiples, históricas y situadas, producidas en complejas relaciones de poder que son disputadas de acuerdo a las diferencias étnico raciales, las categorizaciones por grupos de edad, la impronta dada por el lugar de procedencia y las jerarquías de clase que apelan al acceso a recursos económicos y a los capitales patrimoniales, sociales o culturales. En ese sentido, situar las masculinidades como objeto de investigación ha evidenciado la importancia de cuestionar la aparente correspondencia entre masculinidad y poder, ya que hay posiciones de sujeto que definen diferencias entre sí.

Aun cuando los relatos de la masculinidad aparecen hilvanados por las experiencias de las violencias, localizar las experiencias de los varones muestra las relaciones en que se producen y los modos en los que funcionan, renovando los análisis sobre la autoridad y su conexión con el privilegio. Estos elementos brindan diversas posibilidades para la reflexión, en cuanto visibilizan quiénes son los sujetos que ejercen el poder y cuáles son las relaciones que lo hacen posible.

Los aportes significativos de los feminismos en estas indagaciones han ampliado las reflexiones sobre los efectos de la “violencia patriarcal” que, de acuerdo con bell hooks (2017: 88), está ligada a la dominación masculina y a las desigualdades entre varones y mujeres a través de las estrategias de socialización. Particularmente en la zona rural del norte del Cauca donde habitan poblaciones afrodescendientes, indígenas y campesinas, la violencia sociopolítica de larga duración ha generado un contexto de militarización que es clave para comprender los sentidos locales de masculinidad, al considerar la violencia como un marcador de autoridad, tal como señalaré más adelante.

Por ello, para esta investigación es pertinente profundizar en las conexiones entre violencia armada y violencia masculina, nutriendo los análisis de las masculinidades en contextos ruralizados y militarizados del suroccidente colombiano y el país. De este modo, me parece importante partir de las masculinidades como una categoría situada que da cuenta sobre las relaciones entre los varones y los modos en que se ejerce el poder.

1.5. Estructura del texto

Este documento está organizando en cuatro capítulos que abordan, desde distintas perspectivas, las experiencias de los “hombresolos” y los sentidos que localmente asocian a las masculinidades. En el primer capítulo rastreo las coordenadas geográficas del poblamiento en la vertiente occidental de la cordillera Occidental, que inició con la expansión de la frontera agrícola a inicios del siglo XX, “bien arriba, montaña adentro”, como aparece en la memoria de los briceños. El relato sobre la colonización de baldíos en la cuenca del río Marilópez permite entender por un lado, por qué la colonización de tierras ha sido una actividad primordialmente masculina y, por el otro, da cuenta de los modos en que se ha dado la tenencia de tierras y su

distribución entre familias, así como la incidencia de diferentes actores a nivel regional y nacional que fueron claves para estimular el poblamiento y, hoy paradójicamente, han impulsado el desplazamiento.

En el segundo capítulo parto de una lectura en clave económica para entender cómo el acceso a la tierra, la participación en los escenarios políticos-organizativos y las tensiones generadas por la expansión de los cultivos de coca, definen los momentos en que el *neito* pasa a ser visto y tratado como hombre. Planteo la pertinencia de hablar de la racialización de la economía para entender los cruces entre clase social, raza y género en contextos ruralizados, poniendo de manifiesto las tensiones y alianzas entre los negros cafeteros y los finqueros cocaleros.

En el tercer capítulo parto de una reflexión sobre la feminización del cuidado y el trabajo doméstico para mostrar cómo funcionan las jerarquías generacionales y cuáles son sus conexiones con la tenencia de tierras y la participación político-organizativa, pues generalmente son los más jóvenes quienes asumen el trabajo de la casa, mientras que sus padres o abuelos definen el curso de la familia. En las zonas de colonización agrícola en general y en Las Brisas en particular, es necesario analizar el par de oposición masculino-femenino, en cuanto gran parte del año cocinar y organizar la casa son oficios que asumen los varones, salvo en épocas de la cosecha cuando las mujeres participan en los grupos de trabajo. En esa clave, me interesa plantear elementos que demuestren las fronteras porosas que definen los roles de género.

En el cuarto capítulo abordo las complejas redes que participan en la conformación de una identificación étnico-racial como parte de un proceso político de larga duración. Profundizo en las estrategias de organización política de las comunidades negras y el lugar de los varones en su constitución, en tanto las formas en cómo se accede al poder en lo local variaron significativamente tras la constitución del consejo comunitario. En estos espacios los varones han tenido centralidad, de ahí que detallaré sus lugares y propuestas, teniendo en cuenta las diferencias generacionales y de clase que los sitúan en lugares diferenciados.

Cerraré puntualizando las reflexiones que han surgido a lo largo de este proceso y profundizaré en las puertas que se abren tras la investigación, como un campo inagotable de inquietudes y posibilidades.

2. Colonización de tierras en la cuenca del río Marilópez¹⁰

Recordar el pasado apelando a la memoria consiste en un ejercicio político por construir la historia y memorar a quienes han participado en ella. Las emociones y sentidos que se ponen en juego hacen parte del relato que organiza el sujeto de un momento en particular: lo narra y construye a partir de sus intereses y del momento en que se sitúa para hacerlo. En ese sentido, construir una historia de poblamiento, permite conocer las distintas estrategias de colonización, apropiación, manejo y distribución de las tierras; además da cuenta de cómo las prácticas de hombres y mujeres se han transformado a partir de los procesos de movilidad y la constitución de sentidos de lugar que dan forma a las múltiples identificaciones en términos de clase, raza, etnicidad, género y generación.

El complejo funcionamiento y la interrelación entre estos marcadores, evidenciará que el proceso de asentamiento en la cuenca del río Marilópez,¹¹ ha estado marcado por la colonización de tierras baldías para el trabajo agrícola, llevado a cabo principalmente por hombres negros que llegaron de veredas circunvecinas como Honduras, Palo Blanco y San Joaquín, hoy Consejo Comunitario Cerro Teta; ubicado en el vecino municipio de Buenos Aires (Cauca).

Este registro de memoria local se construye a partir de los relatos de adultos y mayores, quienes en espacios cotidianos de conversación y por medio de entrevistas semi-estructuradas, compartieron conmigo las historias que escucharon de sus padres o abuelos, sobre las estrategias de apropiación territorial y las trayectorias de colonización que iniciaron a comienzos del siglo XX sobre las márgenes del río Marilópez, en los predios que hoy hacen parte del Consejo Comunitario Las Brisas, corregimiento La Betulia, al noroccidente del municipio de Suárez, norte del Cauca.

10 Una parte de las entrevistas a las que acudí para escribir este capítulo fueron realizadas por Axel Rojas Martínez en Las Brisas durante el año 2014.

11 Según cuentan, el río lleva el nombre de la cacica María López, una mujer indígena que llegó navegando por las caudalosas aguas del río huyendo de los jjes españoles. Se dice que nunca encontraron su cuerpo o rastro alguno de su paso, pese a esto su historia continúa vigente.

2.1 Primeras coordenadas

Al indagar por el poblamiento inicial en la cuenta alta del río Cauca, en gran parte de los relatos, los mayores sitúan la esclavización de sus ancestros como el punto de partida. De acuerdo con Ararat *et. al* (2013) los primeros datos que existen sobre la llegada de africanos esclavizados a la zona se registran a mediados del siglo XVI en la mina de Gelima, a donde fueron llevados en cuadrillas para trabajar en las minas junto a los indígenas, población que fue diezmada rápidamente, por lo que en 1695 fue prohibido su trabajo en las actividades de extracción intensificándose el comercio de esclavizados negros en toda la región.

Junto a la minería, la economía esclavista fue sostenida con el trabajo en las haciendas ubicadas en la zona plana del valle geográfico del río Cauca. Los entables de Honduras y Gelima por ejemplo, mantuvieron relaciones cercanas con las haciendas, a tal punto que en diferentes momentos varios esclavizados eran trasladados a Japio y Matarredonda para desempeñarse en actividades agrícolas y ganaderas. La movilidad de los esclavizados significó por un lado, la ampliación de las redes familiares y de alianza, y el por el otro, el resquebrajamiento de las familias que se habían conformado durante esos años. La minería y el trabajo en las haciendas consolidaron la economía regional sosteniendo por varios siglos a los terratenientes de Popayán y, especialmente, a la Compañía de Jesús, que en el siglo XVII contaba con la propiedad de varias minas en la vertiente oriental del río Cauca como Gelima, Honduras y El Potrero, obtenidas a través de la compra o por la adjudicación de bienes dados por hacendados payaneses.

Si bien el poblamiento en la región inició con el asentamiento en este lado del río, en el siglo XVIII aparecen documentos que mencionan la apertura de minas en la vertiente occidental del río Cauca, específicamente el área que comprende las quebradas de Mindalá, Damián y Marilópez. En 1730 aparece por requerimiento de un minero de Novita (actualmente departamento del Chocó) el registro de una solicitud para abrir un entable minero en el área mencionada; aunque en un primer momento no aparecen registros sobre la puesta en funcionamiento de las minas, en 1737 habiendo hecho catas en la zona de interés, Juan Ildefonso de Nieba¹² inicia la explotación minera con esclavizados negros por lo menos durante 20 años,

¹² En el mismo año, Juan Ildefonso Nieba realizó otra solicitud para abrir entables mineros en Chontaduro y Gelima Alta, lo que corrobora la expansión de la minería en este lado del río (Ararat *et. al* 2013).

antes de iniciar un pleito jurídico que desencadenó la venta de las tierras a la señora Juana Medina, quien en 1763 ya era la propietaria de estas tierras. Tras su muerte, sus hijas vendieron los predios y comprometieron al comprador, el negro libre Manuel de Valencia, la responsabilidad de saldar sus deudas; recibiendo un pedazo de tierra con “unas matas de platanos con mas cuarenta y nueve reses chico y grande una mula” (Signatura 10332 citada en Ararat *et. al* 2013: 47).¹³

Aun cuando se diversificó la propiedad sobre la tierra, la Compañía de Jesús había amasado un importante capital económico con bienes inmuebles en Popayán y propiedades en la jurisdicción actual de los municipios de Suárez, Buenos Aires, Santander de Quilichao y Caloto, lo que generó en 1767 su expulsión de las colonias españolas ordenadas por el rey Carlos III. Al constituirse como una empresa económica y un instituto religioso (Colmenares 1969: 22), los jesuitas fueron vistos por el imperio español como una amenaza que afectaba directamente sus intereses, al restringir el control de los recursos minerales y la propiedad de las tierras, pues ostentaban extensas haciendas y minas.

Sus propiedades pasaron a manos de la corona española, siendo divididas y rematadas desde 1769 por la Real Audiencia, quien vendió los bienes y las gentes de minas y haciendas a prestigiosas familias de terratenientes y mineros payaneses, así: la mina de Gelima fue transferida a Francisca Valencia en 1772, mientras que las haciendas de Japio y Matarredonda pasaron a Francisco de Arboleda en 1777 (Colmenares 1969: 128).

Posteriormente, por autorización del Papa Pío VII regresaron a Colombia, pero su permanencia fue corta, ya que en 1847 durante el gobierno de José Hilario López fueron desterrados nuevamente perdiendo definitivamente la posibilidad de recuperar el derecho de

¹³ Este documento arroja pistas importantes al evidenciar que, a pesar de la aparente intransigencia del sistema esclavista, en épocas tempranas de la colonización se pueden rastrear casos interesantes sobre las formas de resistencia, en las que hombres y mujeres negros negociaron con las instituciones coloniales su libertad, la compra de bienes y el traspaso de los mismos. Meneses y Morales (2013) y Vergara y Cosme (2018) han realizado interesantes investigaciones en las que recogen diversos relatos sobre las negociaciones entre los terratenientes blancos y las personas esclavizadas, lo que permite construir lecturas más complejas sobre el lugar de los hombres y las mujeres negros en las escalas de valoración colonial, proponiendo retos para la (re)construcción de la historiografía nacional.

propiedad sobre sus bienes. Este hecho estuvo vinculado con las gestiones de Tomás Cipriano de Mosquera, quien para la fecha era el propietario de las minas de Gelima y La Teta.

Los títulos sobre los terrenos habían sido heredados por su padre a él y su hermano. De ahí que la familia Mosquera tuvo fuerte presencia en la zona configurando gran parte de los espacios de producción de la región, donde los esclavos y sus descendientes libres tuvieron algunas licencias para obtener pequeñas extensiones de tierra como he mencionado antes.¹⁴

La abolición de la esclavitud en 1851 incrementó la posibilidad del acceso a las tierras, generando nuevas formas de apropiación y uso del espacio que derivaron en las actuales formas de organización entre las poblaciones negras. No obstante, aun cuando fueron libres, en su mayoría no poseían propiedad sobre las tierras por lo que por lo menos durante diez años de sancionada la Ley, familias como los Mosquera continuaron explotando las minas con los esclavizados negros ahora vinculados en calidad de terrajeros. Sin embargo, algunos libertos recibieron por donación tierras para que fueras trabajadas, como sucedió en Honduras a través de un grupo de monjas de apellido Caicedo (Campo 2018: 79).

Asentamientos como el mencionado muestran que las tierras a las que accedieron tuvieron vocación agrícola y minera. La configuración de las unidades familiares y las alianzas entre las mismas generó articulaciones para el trabajo colectivo que, más adelante, generó las condiciones para avanzar con la colonización de baldíos en la vertiente occidental de la cordillera Occidental, donde migraron desde comienzos del siglo XX varones negros que estuvieron asentados en las inmediaciones del cerro La Teta, trabajando principalmente en entables mineros familiares. Un grupo de mayores que ha participado en este proceso de colonización, recuerda:

[...]estas tierras eran baldías y estas tierras las colonizaban los papás de mi papá que fueron delegados esclavos, de los primeros esclavos que llegaron al pueblo [de Honduras] a trabajar en las minas. En las minas de oro y entonces, ellos cuando se acabaron las minas ellos se vinieron a colonizar estas tierras y cogieron estas tierras y

¹⁴ En los casos donde existió algún tipo de propiedad, generalmente el acceso a tierras, sitios de explotación o viviendas, sucedía a través de la compra sin el respaldo jurídico de algún tipo de documento legal. Esta estrategia de venta por parte de los terratenientes y mineros puede rastrearse desde mediados del siglo XIX hasta entrada la década de 1980.

ellos la dejaron a los padres de nosotros, los padres de nosotros lo dejaron a nosotros y nosotros lo dejamos delegado a nuestros hijos.¹⁵

Si bien la colonización incrementó las posibilidades de acceso a la tierra, bastaron algunas décadas para que los antiguos esclavizados se hicieran dueños de extensiones más grandes, por lo que durante varios años continuaron trabajando a través del *terraje* en las propiedades de terratenientes y mineros. Más adelante, en el municipio de Buenos Aires inició un proceso de colonización de tierras en el que me detendré en seguida.

1.2 Bien arriba, montaña adentro. Poblamiento a inicios del siglo XX

El crecimiento de las familias negras y la escasa disponibilidad de tierras para el trabajo agrícola impulsó desde inicios del siglo XX diferentes procesos de movilidad interna en busca de terrenos para colonizarlos. Así, tal como recuerdan los mayores, el poblamiento en la cuenca del río Marilópez inició en la década de 1920 a través de la apropiación de baldíos “montaña adentro”; realizada principalmente por hombres negros que, organizados en grupos de familiares y amigos, fueron tumbando monte y abriendo caminos por los filos de las montañas que comunican hoy las veredas del noroccidente del municipio de Suárez con la carretera que conduce a los poblados de la vertiente oriental del río Cauca y los que se encuentran en la zona plana del valle geográfico.

Las relaciones de afinidad entre compadres y familiares facilitaron los trabajos de desmonte, la construcción de improvisadas viviendas de paja o madera y la distribución de tierras en grandes extensiones. Los linderos se definían siguiendo el curso de una quebrada o de acuerdo a un tipo de vegetación, indicios que permitieron más adelante definir los límites de cada una de las fincas.

La mayor parte de los colonos provenían de Honduras, San Joaquín y Palo Blanco, caseríos aledaños al cerro La Teta donde llegaron sus ancestros como mano de obra esclavizada para la extracción de oro. Pese a que históricamente las tierras habían tenido una vocación minera, después de sancionada la Ley de Manumisión en 1851, la producción agrícola tomó fuerza, constituyéndose en parte fundamental de las emergentes economías familiares. Coger

¹⁵ Entrevista 1. Vereda Las Brisas, 15 de octubre de 2018.

tierra transformó el entorno al ser adecuado para la agricultura, actividad que requirió formas de trabajo colectivo como la organización de convites y estancias de dos o tres semanas, durante las cuales hacían grandes rozas para tumbar monte y sembrar cultivos estacionarios como maíz y frijol. El mayor Pedro Ararat, en una de las conversaciones que sostuvimos en su casa, señaló que:

Al principio cuando llegaron los abuelos, los primeros que entraron, ellos meramente venían a rozar, ellos venían y hacían ranchitos para ellos posar mientras que estaban acá rozando, ellos rozaban, sembraban maíz y frijol. El frijol en ese tiempo no lo sembraban sembrado sino que ellos derrocaban monte y en la derroca que hacían regaban el frijol, entonces el frijol se subía a todos esos palos que ellos tumbaban y ahí lo alcanzaban a cosechar porque resulta que cuando hay montaña no levanta la hierba tan ligero, por eso alcanzaban a cosechar el frijol y en muchas partes alcanzaban hasta cosechar el maíz. Ellos cosechaban y después de que cosechaban lo metían en unos ranchitos que hacían, que los llamaban trojas y ellos decían: *“vamos a hacer la troja para acuñaer el maíz”*. Cuñaer pues, quería decir que ellos ponían mazorcas sobre mazorcas y hacían como un pozo de maíz y lo iban subiendo hasta donde alcanzaran a acomodar todo el maíz, cuando necesitaban maíz, ellos apenas venían desgranaban maíz y lo llevaban, volvían y se iban y cada que se acababa era que venían a recoger más maíz.¹⁶

Después de haber terminado la cosecha, salían con las cargas en la espalda o quienes contaban con algún animal, cargaban las bestias con bultos de maíz y frijol. Gran parte de la cosecha era dispuesta para el consumo familiar y para ser compartida con compadres y vecinos. Una cantidad menor era vendida en el pueblo de Suárez o llevada a lomo de mula hasta Santander de Quilichao. Debido a las precarias vías de acceso el traslado de las mercancías resultaba una tarea difícil, por lo que durante varios años no logró mantenerse un mercado estable que conectara a Marilópez con el mercado regional.

En este primer proceso de poblamiento nombres como José Canuto Díaz, Dámaso Díaz, Manuel Ararat, Antonio Ararat, Felipe Ararat, Lucila Nazarith, Gregoria Viveros, Mercedes Viveros Eusebio Aponzá, Felipe Aponzá y apellidos como Chocó y Charrupí son recordados

¹⁶ Entrevista 2, 22 de septiembre de 2017.

como los primeros pobladores de la parte alta de Marilópez. La mayor parte de estas familias provenían de Palo Blanco y San Joaquín, y aunque varios de ellos cogieron tierras en esta zona, otros continuaron subiendo por las faldas de las montañas. “Unos se quedaron aquí y otros se fueron para Agua Blanca, pa’ ese sector de allá; pa’ más adentro, volteando este filo hacia adentro está la mayoría de la gente de Palo Blanco, están en Agua Blanca.”¹⁷ Tal como recuerdan los mayores, Agua Blanca y lugares cercanos como La Alsacia y La Peña fueron territorios poblados por colonos negros que llegaron desde Palo Blanco, San Joaquín y de lugares distantes como La Balsa y veredas de la zona plana, donde familias enteras se desplazaron tras ser despojadas de sus fértiles fincas cacaoteras, tabaqueras y algodóneras, las cuales empezaron a ser expropiadas a finales de la década de 1920 por la expansión del monocultivo de caña de azúcar (Mina 1975).

Por su parte, quienes llegaron de Honduras se asentaron en la parte baja del río o *ranchería*, como es nombrado localmente el caserío de “los de abajo”. Calixto Carabalí, Máximo Carabalí, Casimiro Carabalí, Rodolfo Ortiz, Salomón Solís, Anastasia Solís, Manuel Solís, Santiago Solís, Merejildo Berrío, Gregorio Caicedo, Justina Balanta, Gregoria Salinas, Marcelino Caicedo y Liborio Caicedo son mencionados como los primeros campesinos negros que llegaron cogiendo tierras. Si bien en algunos casos los colonos entraban con sus esposas o hermanas, la mayor parte del tiempo, mientras los hombres se desplazaban hasta Marilópez, las mujeres se quedaban a cargo del cuidado doméstico y de los hijos; además salían a trabajar en los entables mineros familiares o en las pequeñas parcelas donde tenían sembrados café variedad arábigo y productos de pancoger. Esto generó que los hombres se organizaran simultáneamente para trabajar en las fincas y para planear las actividades asociadas con el trabajo doméstico como cocinar o recoger agua.

Así, las particulares condiciones de apropiación de las tierras provocaron que los hombres asumieran oficios a menudo entendidos como femeninos, pues la colonización ha sido considerada una actividad masculina. Puede observarse que tal como sucede en zonas de frontera agrícola (Leal 1995), el inestable asentamiento y las extensas jornadas al interior de la

¹⁷ Entrevista 1. Vereda Las Brisas, 15 de octubre de 2018.

casa y en la finca, requieren del colono trabajo continuo para asegurar a su esposa e hijos, un lugar donde vivir y comer.

El crecimiento de las fincas implicó estancias más largas que permitieran rozar, desyerbar y abonar cuando fuera necesario, pues a diferencia de los cultivos permanentes, el maíz y el frijol no demandaban cuidados prolongados, por lo que en algunos casos eran limpiados con machete, azadón y en menor medida fertilizados con gallinaza.¹⁸ Cuando requerían la mano de obra familiar entraban sus esposas e hijos, asumiendo labores concretas para apoyar el trabajo en la finca.

Quienes ostentaban considerables extensiones de tierras regalaron a hermanos o amigos algunas hectáreas en las que podían trabajar. Puede observarse entonces que la colonización no fue concebida solamente como una estrategia para ampliar individualmente la economía familiar, sino que también fue vista como la posibilidad de crear en tierras lejanas, caseríos de familiares y amigos que permitieran refrendar lazos de solidaridad y consolidar los vínculos de las familias extensas.

A la par de los procesos territoriales locales, el asentamiento en este lado de la cordillera estuvo acompañado por importantes transformaciones en el país. Por un lado, el incremento en la construcción de vías y medios de transporte para mejorar el acceso a ciudades y poblados rurales cercanos; así como la presencia de instituciones del estado y la creación en 1927 de la Federación Nacional de Cafeteros con incidencia en latifundios y en pequeñas propiedades agrícolas. Por el otro, aparece la incursión de actores externos asociados a la explotación de oro en las orillas del río Cauca, lo que impulsó las estrategias de movilización de familias que optaron por migrar hacia las tierras que habían heredado en las cuencas de ríos como el Marilópez y en quebradas cercanas, ubicadas en la parte alta de la montaña donde el poblamiento aún era débil y el caserío inestable.

En la primera mitad del siglo XX, una de las transformaciones más relevantes que posibilitó la conexión de la región con el país y el comercio internacional, fue la modernización

¹⁸ La gallinaza es un fertilizante a base de estiércol de gallinas. Generalmente las excretas de las aves se acumulan y posteriormente son mezcladas con desperdicios de alimento y plumas, siendo utilizado para abonar.

económica que influyó considerablemente en la consolidación del Ferrocarril del Pacífico, iniciativa puesta en marcha desde finales del siglo XIX. Este proyecto ferroviario que llegó al pueblo de Suárez en 1920 y a Popayán en 1926, fue de gran importancia para la historia económica y social del país, ya que buscó integrar las distintas regiones fortaleciendo el proyecto de unidad nacional gestado desde los primeros años de independencia.

Aunado a esto, resolvió en gran parte los obstáculos ocasionados por la inexistente red vial y las limitaciones del transporte fluvial en los ríos Cauca y Magdalena, que a menudo no conectaban los centros comerciales e industriales de la región con las veredas y municipios lejanos. El Ferrocarril del Pacífico solucionó gran parte de esos problemas configurando definitivamente un mercado para la exportación que estuvo ligado a la comercialización de café.

[El café] Integró económicamente las regiones con apertura de vías de transporte terrestre y el estímulo al desarrollo de los ferrocarriles, y dio ocupación a una ingente masa de campesinos y jornaleros en una economía agraria de vertiente que sostuvo el modelo primario-exportador durante buena parte del siglo (Machado 2001: 77).

Este proyecto de modernización económica tuvo otros efectos asociados a la sanción de la Ley 200 de 1936, que abrió el mercado al capitalismo titulando baldíos y ampliando la frontera agrícola con el fin de expandir el cultivo de café e incentivar la apertura de fincas en zonas de montaña deshabitadas. Pese a que en Marilópez la colonización de tierras había iniciado, por lo menos una década antes, la reforma agraria impulsó la expansión del grano, que para ese momento ya compartía espacio con los cultivos estacionarios y los pequeños sembrados de pan coger.

El incremento de los intercambios comerciales a través del ferrocarril y la producción masiva de café en la región, auguró la conformación de fincas y nuevas ocupaciones en las tierras colonizadas, a tal punto que los colonos negros sembraron en varias hectáreas café variedad arábigo, el cual tenía gran producción y requería poca inversión en insecticidas y abonos, generando dividendos considerables que hicieron posible la estabilidad económica para las familias cafeteras.

La expansión del café consolidó la economía local y demandó gran fuerza de trabajo afianzando las alianzas entre los varones, por medio de formas de trabajo colectivo como la

mano cambio y los convites, conformados especialmente para la época de cosecha o travesía,¹⁹ donde no solo entraban los propietarios de las tierras, sino también sus hijos, amigos y vecinos varones, así como algunas mujeres que jornaleaban durante varias semanas.



Imagen 5. "La mano de cambio"

A la par del proyecto modernizador dado con la apertura de la vía férrea y la consolidación del mercado cafetero, los conflictos agrarios y la distribución desigual de las tierras agotó rápidamente los alcances de la Ley 200, fracasando en su intento por solucionar los problemas asociados con la propiedad las tierras y las acciones dirigidas para llevar a cabo una reforma rural integral, así mismo,

[...] puede decirse que el café, así como generó en algunas regiones una democratización del acceso a la propiedad rural, en otros ayudó a consolidar el latifundio y relaciones de producción atrasadas basadas en instituciones coloniales. Además de esto, en la economía cafetera se formaron muchos líderes políticos y empresarios que tuvieron gran importancia en el desarrollo del país, a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX (Machado 2001: 77-78).

¹⁹ Generalmente la travesía o segunda cosecha se realiza entre agosto y octubre, cuando han madurado los granos de café.

La inserción del café en la economía nacional gestionó además el crecimiento industrial y los proyectos de moderna infraestructura en las ciudades, donde se abrieron, en centros urbanos como Cali, las primeras trilladoras utilizadas para almacenar y comprar las cargas de café antes de ser exportadas por el puerto de Buenaventura. La conexión ferroviaria posibilitó la configuración de la región económica (Londoño 2013: 160), movilizadas principalmente por el comercio del café, generando importantes dividendos que posicionaron al puerto como la principal salida comercial marítima del país, pues acogía importantes cargas que eran transportadas por tren desde el suroccidente y el eje cafetero.

Junto a las reformas económicas del proyecto moderno nacional, en la década de 1930, en el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo conocido como ‘Revolución en marcha’, se instaló en la vereda de Asnazú la compañía canadiense *Asnazú Gold Dredging Limited* para iniciar con la explotación aurífera en las aguas del río Cauca con dos sofisticadas dragas que fueron instaladas desde la peña de Salvajina,²⁰ 15 kilómetros de río abajo hasta la vereda de Timba. El funcionamiento de las dragas estuvo restringido a estos puntos, pues tanto al norte como al sur encontraba la estructura ferroviaria que le impedía expandirse.

Este proyecto se consolidó cerca de veinte años después que Emilio Bizot y Alejandro Davison, en compañía de varios funcionarios del municipio de Buenos Aires, hubieran iniciado con los cateos en las vegas del río Cauca y con la compra de predios para la extracción de oro y para la posterior instalación del campamento de la compañía (Mejía 1992). La llegada de la draga no solo incrementó el número de trabajadores extranjeros en la zona, sino que también estimuló la migración, desde diferentes regiones del país, de un importante número de familias que arribó con la promesa de un mejor futuro.

A los trabajos de la compañía se integró mano de obra local que había realizado minería en los entables familiares ubicados en las dos orillas del río, accediendo a mejores condiciones económicas a través de un sueldo fijo. Tras finalizar el funcionamiento de las dragas, algunos obreros foráneos se instalaron en la cabecera municipal y otros, que ya habían establecido relaciones con las familias locales, decidieron acompañarlos en las travesías hacia sectores

²⁰ De acuerdo con Ararat *et al.* (2013) este punto se refiere al lugar donde se encuentra hoy el muro de contención del embalse Salvajina.

donde varios de ellos tenían tierras. Tal es el caso del paisa que se instaló junto a su familia en Marilópez, comprando tierras y articulándose a las dinámicas del primer proceso de asentamiento estable que sucedió en la década de 1960.

Hoy varios de los mayores recuerdan el sonido de las cornetas claxon del ferrocarril, el auge del comercio del café y las travesías en los viajes que hacían con frecuencia a Cali, Popayán, Morales o Piendamó a donde se desplazaban semanalmente para comercializar las cargas del grano tras haber terminado la cosecha. Estos hechos marcaron transversalmente el poblamiento de Marilópez, en tanto hubo una transformación radical del entorno que requirió el asentamiento formal de los colonos, ahora campesinos negros, motivada por la estabilización de los cultivos permanentes, el cierre de la compañía minera y el trabajo en tierras productivas para subsistir.

2.3 Los de arriba y los de abajo

Como parte de las múltiples estrategias de construcción del territorio, los procesos de asentamiento en Las Brisas no se generaron de forma homogénea, debido a que los requerimientos asociados a la economía cafetera demandaron de los campesinos negros un asentamiento formal durante la década de 1950. Este proceso estuvo acompañado por el crecimiento de las fincas, a las que algunos accedieron por medio de la compra, generalmente en lotes dispersos ubicados en distintas altitudes y con distancias considerables entre sí.

A menudo, los hombres más jóvenes entraban con sus padres a “la montaña”, término utilizado para nombrar los caseríos dispersos que se encuentran ubicados en medio de la cordillera Occidental, distantes política y económicamente del pueblo, dadas las condiciones de la vía que dificultan su acceso. Estos recorridos son recordados por los mayores que entraron desde muy jóvenes acompañando los grupos de trabajo que realizaban grandes rocerías durante una o dos semanas:

La mayoría eran hombres, en ese tiempo eran hombres. Las mujeres repoblaban la parte de Honduras, la parte de Palo Blanco. Se venían los maridos y ellas se quedaban, tenían casas allá y se quedaban allá. [...] Lo mismo que sucede ahora, casi lo mismo que sucede ahora porque hay muchos hombres que dejan las mujeres allá [en Palo Blanco, Honduras,

San Joaquín] y ellos se vienen. Aquí la mayor parte que se consiguen más mujeres cuando llega la cosecha de café, allí ya están las mujeres, la familia se viene a cosechar, pero entran el lunes y salen el día viernes o el día el sábado. Los que vivimos aquí estables somos pocos.²¹

Otro momento relevante que es clave para la comprensión del asentamiento de los campesinos negros y sus familias fue el periodo de La Violencia,²² que dejó recuerdos sobre la persecución a los liberales llevada a cabo por los chulavitas, bandas armadas conservadoras que llegaban a Honduras y las veredas circunvecinas. Ante la llegada de los armados, los hombres salían de sus casas y se resguardaban en el monte mientras volvía la calma. Las persecuciones fueron constantes por lo que decidieron salir de sus tierras e irse a Marilópez, donde las fincas estaban creciendo rápidamente y el café cobraba fuerza. El temor inmovilizó a varones y mujeres, por lo que las salidas al pueblo se restringieron considerablemente, de ahí que optaban por trasladarse a través de los caminos de herradura.

Así, mientras que algunos hombres trabajaban a la par con sus esposas e hijos por algunas semanas, otros, en cambio, permanecían solos mientras que sus esposas trabajaban “afuera”. Estas dinámicas produjeron una evidente división entre “los de arriba” y “los de abajo”, pues las familias que se establecieron en la vereda lo hicieron en la parte alta, mientras que los hombres jóvenes y adultos que tenían una permanencia inestable se asentaron en la parte baja o *ranchería*, como es nombrada localmente. Esta distinción da cuenta de la relación de los pobladores negros con Marilópez, en tanto algunas familias se desligaron del trabajo minero para concentrar sus esfuerzos en la agricultura, mientras que en la *ranchería* la agricultura y la minería continuaron siendo el sostén de la economía familiar.

En la parte alta de la vereda se instalaron familias completas, mientras que “los de abajo” en su mayoría trabajaban desde el lunes y salían hacia Honduras los fines de semana. De este modo, la permanencia en la zona estaba dada por el trabajo en la finca, mientras que la casa se construía “afuera” donde tenían mejores posibilidades de movilidad y mayores facilidades para la educación de sus hijos. La asistencia de las fincas demandaba de los agricultores estancias

²¹ Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

²² El periodo de La Violencia para las comunidades negras en el norte del Cauca estuvo marcado por la fuerte tradición liberal, dada la firma en 1851 de la Ley de manumisión por el presidente liberal José Hilario López.

prolongadas, por lo que optaron por construir casas en bahareque o madera, secaderos y beneficiaderos de café, criaderos de gallinas, labrar pequeñas huertas con productos de pancoger y establecer algunos canales de comercialización transportando las mercancías a través de del ferrocarril.



Imagen 6. "Las casas de los viejos"

La propiedad de la tierra en su mayoría estuvo en manos de los hombres, las mujeres que accedían a la misma por medio de la herencia, lo hacían siempre y cuando estuvieran casadas o hubieran establecido una relación formal con un hombre. Sus padres, en estos casos le encomendaban el manejo de las tierras al varón, de tal forma que era dispuesto como el proveedor y encargado del sostenimiento de la economía familiar.

En caso de que la mujer no sostuviera la propiedad sobre ninguna hectárea, su esposo le concedía pequeñas extensiones para que sembrara café y productos de pancoger que aportaban a las ganancias familiares; sin embargo, la familia tenía una finca común sobre la que trabajaban todos con el fin de recaudar los recursos económicos para saldar sus necesidades económicas. Sobre este punto es importante mencionar que en época de cosecha las mujeres trabajaban a la par con su esposo y con los jornaleros que contrataban.

Ellas, cada mañana se levantaban a prender el fogón, a preparar el desayuno y a alistar el almuerzo, pues cuando la cosecha llegaba, las jornadas de trabajo se extendían durante doce horas. Pese a esto, era evidente que gran parte de la fuerza de trabajo de la mujer estaba

vinculada casi que exclusivamente al trabajo colectivo, siendo reducidas las posibilidades de generar algún recurso económico para sí misma.

En la *ranchería* generalmente los varones entraban con algún hermano o primo, debido que gran parte de las mujeres se quedaban “afuera” extrayendo oro y a cargo del cuidado de sus hijos. Quienes habían conformado una familia, optaban por permanecer “afuera” trabajando en la minería durante algunas semanas, y en otras, entraban a Marilópez con el fin de quitar el rastrojo y limpiar cuidadosamente el área sembrada. Los dueños de gran parte de las tierras en esta zona provenían de la vereda de Honduras y al no tener la posibilidad de acudir a una red familiar tan sólida como en la parte de arriba, sus tierras eran más reducidas, pues no contaban con la capacidad física ni mano de obra familiar para trabajar en grandes extensiones. Don Moisés, quien ha entrado desde muy joven a trabajar a la “montaña”, precisa que:

Esta tierra la adquirimos por baldías, estas tierras eran baldías. Y nosotros, pues los papás y los abuelos entraron y trocharon, rozaron e hicieron finca y pues de mi abuelo le quedó a mi papá y de mi papá nos dejó a nosotros y de eso estamos subsistiendo, pues derecho sacamos el sustento pa’ la familia. Tenemos casa en el pueblo, todos los que trabajamos aquí tenemos casa en el pueblo. Venimos y trabajamos los días domingos y el día sábado nos vamos y llegamos a la casa con el sustento, con la comida pa’ la familia.²³

Mientras los padres y los hijos varones salían a trabajar en grandes rocerías o a sembrar los colinos de plátano y las matas de café, las hijas permanecían en los improvisados ranchos, cocinando, recogiendo agua de las orillas del río y organizando lo que fuera necesario para el almuerzo. En los momentos en que las mujeres no entraban, generalmente eran los hijos mayores quienes asumían los oficios del trabajo doméstico, al tiempo que trabajaban a la par con su padre o abuelo. Cuando tenían la destreza suficiente para asumir el rumbo de una finca, recibían gradualmente porciones pequeñas de tierra donde iban sembrando yuca en las laderas de las montañas, algunas matas de maíz y unos cuantos palos de café en las vegas del río.

Como a los dieciocho o veinte años echamos a venir, que venía uno a acompañar a nuestros papás y ya después cada uno fue poniendo su cementerita porque nosotros

²³ Entrevista 1. Vereda Las Brisas, 15 de octubre de 2018.

veníamos era ayudarle a los papás. Por una orillita donde ellos nos dejaban o le decían a uno, por ahí uno iba poniendo la matica, iba poniendo la matica y ayudaba a ellos y cualquier rato que le quedaba sembraba para uno, hasta que ya directamente ya cada uno fue poniendo sus maticas, prendiendo su finquita hasta ahora [...] ²⁴

Los sentidos asociados a la masculinidad aparecían estrechamente vinculados con la independencia económica; de ahí que al heredar los varones eran habilitados socialmente para que construyeran una casa y conformaran una familia:

No pues es que nosotros comenzamos viniendo acá y yendo, viniendo y yendo, porque como los papás estaban allá siempre había que salir allá. Cuando ya uno se independizó, que ya uno cada uno iba buscando su mujer, entonces si ya nos fuimos quedando estables, ya uno salía a la parte de allá [Palo Blanco] pero de casualidad. Al mes un día, una vez, al mes unas dos veces, así. Como hasta dos meses sin salir allá. Uno siempre salía por ir a darle vuelta a los viejos, por eso era la ida [...] Ya antes de eso nosotros vivíamos acá estables, porque desde que dependíamos de Santa Bárbara vivíamos acá. Eso harán por ahí unos cuarenta o cincuenta años que yo empecé a vivir acá estable. ²⁵

Para los varones mayores la independencia estaba marcada por su participación en la crianza de sus hermanos menores, ya fuera aportando económicamente para su sustento o socializándolos en el manejo del machete, el arado de la tierra, la cosecha de los frutos y en las extensas travesías para llevar a cabo actividades de pesca de sabaleta, tusa, salvina, bocachico, guabino y baloso; o la cacería de mamíferos como guatín, guagua, gurre, armadillo, venado y cusumbosolo. Para ello acudían al uso de la escopeta, perros y las trampas en el bosque para la cacería; mientras que el anzuelo, la atarraya y las barbacoas eran empleadas para la pesca.

Después de haber culminado las labores que requería la finca, a menudo los varones se desplazaban a veredas cercanas a hacer minería de aluvión y en menor medida, minería de socavón. En Cerro Tijeras, el río Inguitó y Paso Bobo, ²⁶ barequeaban asistidos por una batea

²⁴ Entrevista 2. Vereda Las Brisas, 22 de septiembre de 2017.

²⁵ Entrevista 2. Vereda Las Brisas, 22 de septiembre de 2017.

²⁶ Mayores como Fidelina Chocó recuerdan Paso Bobo como un lugar con grandes cantidades de oro. Este punto fue inundado con la construcción del Embalse la Salvajina en 1985. Recuerda que en los trayectos hacia el río

que era elaborada a partir de árboles maderables como canelo, quigua, cascarillo o cachimbo. Otras herramientas utilizadas eran la barra, la pala y el almocafre, que servían para separar la arena del mineral por medio del lavado en las orillas de los ríos.

Durante el verano, cuando el caudal del río disminuía, se dirigían hacia las vegas del Marilópez para extraer el mineral a través de dos técnicas: la primera conocida como hoyo que consistía en extraer el oro en las orillas del río ayudados por la batea; mientras que el sambuyero, requería adentrarse en las aguas del río y con la ayuda de la pala llenaban la batea con arena y barro. Luego realizaban el arduo proceso de lavar o fraguar, que consistía en separar los granos de oro de los sedimentos.

Cuando había finalizado la cosecha de café, la minería generaba condiciones favorables para el sostenimiento familiar. Así, mientras los padres iban a *minear*, sus hijos se quedaban a cargo de un familiar o un hermano mayor, según fuera el caso. Las relaciones entre familiares facilitaron los procesos de socialización de los niños, de ahí que la familia extensa continuó siendo valorada significativamente. Tras volver después de dos semanas de trabajo en los ríos, los varones se encargaban de comercializar los granos en la calle del oro ubicada en el pueblo de Suárez, donde eran vendidos en unidades de medida como tomín, décima y castellano.

Al no contar con una carretera sacaban a lomo de mula las cargas para la venta por los caminos de herradura. Quienes habían obtenido mayores recursos y tenían la tierra necesaria para cultivar, contaban con una pequeña recua de animales de carga que posibilitaban mejores condiciones para el transporte de la mercancía, continúa recordando uno de los mayores:

Nosotros acá con la fuerza de la comunidad fue que ya hicimos carreterita porque anteriormente los caminos, había que salir establemente a picar caminos, porque todo eran caminos de herradura. El que tenía su bestiecita cuando iba a sacar la comidita la sacaba en la bestia, el que no tenía bestia le tocaba llevarla en la espalda. A los antiguos cuando recién entraron todo era de espaldas porque no había camino para traer bestias, ya poco a poco fue que fueron haciendo caminos de herradura para ir entrando bestias

Inguitó se desplazaban caminando por la cordillera pasando por las faldas del Cerro Damián donde nace el río Marilópez.

porque como era montaña traían la bestia pero, ¿cómo hacían pa’ traerla? Porque no había paso como esto era montaña. Les tocó fue a pura espalda.²⁷

En ese momento las cafeteras fueron creciendo rápidamente a tal punto que una nueva variedad empezó a sembrarse. La variedad caturra entró a figurar en un escenario agrícola, cada vez más tecnificado y abundante. Con la llegada de la Federación Nacional de Cafeteros, la economía cafetera tomó un lugar central en la economía local, ampliándose considerablemente su producción y comercialización.

Estos elementos evidencian que las relaciones de parentesco constituyen elementos centrales para la constitución de redes de alianza y vínculos productivos que históricamente han estado orientados a la producción agrícola y la acumulación de capital político. Entre “los de arriba” y “los de abajo” este tipo de mecanismos no se producen de forma homogénea, pues en la parte alta existen redes familiares amplias que han sido cruciales para la conformación de grupos de trabajo, la manutención de las fincas y las redes de alianza que se expresan en las distintas formas de organización política que han surgido durante el tiempo. Aunque en la *ranchería* los lazos de parentesco fueron determinantes durante la colonización, dado el carácter inestable de su permanencia, no han tomado la misma fuerza ni el mismo peso en la constitución de la vereda, como mostraré en seguida.

2.4 De Marilópez a Las Brisas

Varios fueron los hechos que motivaron la creación de la vereda Las Brisas, dinámicas económicas y sociales de orden regional y nacional que estuvieron acompañadas por la conformación de un liderazgo político de los varones negros en Marilópez. A la bonanza cafetera le prosiguió la propagación de plagas como la roya en 1983 y la broca en 1988. Este hecho trajo consigo en la región, el desplazamiento de la economía cafetera por la siembra de cultivos menos rentables, pero con mejores condiciones para garantizar la subsistencia de los campesinos negros. Uno de los caficultores señala las dificultades y estrategias que emprendieron para superar las crisis generadas por las plagas:

²⁷ Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

Los cultivos pues siempre se han ido cultivando, como se dice los cultivos eran de café arábigo, que era café que se sembraba a tres metros y le duraba a uno cuarenta o cincuenta años dando producto ahí, pero cuando ya vino la peste que llegó la peste de la roya ya se empezó a escasear, a caerse, a caerse y ya uno se dio cuenta que ya hay que sacar nueva variedad, variedad Colombia y vino esa variedad también y ya la sacaron y ya quedó un tiempo pero también nuevamente después de eso ya vino la broca y así ya ha sido la tradición hasta que después de la broca vino la roya y después de la roya vino la broca, ya la que todavía hay por aquí, todavía no se ha acabado del viaje y luego uno llevaba a vender plátano, la yuca, la arrascadera la llevaba a vender al pueblo.²⁸

La introducción de nuevas variedades favoreció la diversificación del café desde la década de 1980 con abundantes producciones de las variedades arábigo, caturra, Colombia y F8. Los procesos de tecnificación del grano transformaron considerablemente el manejo primario de la siembra y la cosecha, impulsando el uso extendido de abonos e insecticidas y la asistencia técnicas para los procesos de beneficio.

La crisis cafetera generó la migración en masa de varios hombres adultos y jóvenes, que decidieron dejar el trabajo en las fincas, vinculándose al mercado laboral en el sector de servicios en Cali o en los ingenios azucareros ubicados en la zona plana del valle geográfico. En menor proporción hubo una vinculación en calidad de asalariados en las empresas de palma de aceite ubicadas en la Orinoquía colombiana. Quienes migraron dejaron sus tierras en manos de un familiar o amigo que se encargaba de labrarla en su ausencia. En menor medida, las mujeres migraron también a trabajar en el servicio doméstico y en el comercio informal en la ciudad de Cali.

Dado que el corregimiento de Suárez hacía parte del municipio de Buenos Aires, el traslado desde la vertiente occidental de la cordillera Occidental hacia la cabecera municipal requería largas caminatas entre las montañas, que complicaban el acceso a recursos y programas institucionales para los habitantes del corregimiento de Suárez. Es por esto que varios suareños impulsados por Milciades Vergara, quien fuera el tesorero municipal, iniciaron con la

²⁸ Entrevista 3. Vereda Las Badeas. 10 de mayo de 2019.

constitución formal de la entidad administrativa, que contaba con un amplio sector comercial que movilizaba gran parte de la economía del municipio de Buenos Aires.

Cuando recién nosotros dependíamos de Buenos Aires porque Suárez no era municipio todavía, entonces todo lo que había que hacer con la junta de acción comunal, era en Buenos Aires. Aquí muchas veces le tocaba a uno salir a pie a Buenos Aires y volverse por la tarde y muchas veces le tocaba ir al otro día y así. Allá ir a hablar con el alcalde eso eran tremendas filas de largas. Pasaba que uno que era de por acá lejos, era que tenía más problemas porque los que eran del agrado de ellos, llegaban e iban pasando y uno apenas hacia la fila y ellos si iban pasando.²⁹

La inoperancia de la administración municipal y la distancia de la cabecera municipal con el corregimiento de Suárez alentaron la creación de la Junta Pro-municipio, la cual fue integrada por agricultores, comerciantes y líderes que eran apoyados por distinguidos políticos del departamento del Cauca. Es así como el 01 de diciembre se constituyó el municipio de Suárez bajo la ordenanza número 013 de 1989.

Tras haber sido reconocido como del naciente municipio de Suárez, Vergara fue elegido por votación popular como el primer alcalde municipal, lo que implicó iniciar con los trámites administrativos para levantar la infraestructura institucional, encargarse de la renovada división político-administrativa y consolidar una propuesta para el manejo y la veeduría del embalse Salvajina que fue llenado en 1985 por la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC), con el fin de controlar las aguas del río Cauca para evitar la inundación de los cultivos de caña de azúcar ubicados en la zona plana del valle geográfico.

La creación del municipio alentó a nivel local distintos procesos de organización. Don Pedro, con 77 años menciona que “para ser líder hay que tener muchas ideas”, recordando uno a uno los hechos que motivaron la conformación de la vereda Las Brisas hace aproximadamente 24 años, pues él junto a Leonardo Díaz impulsaron esta propuesta a causa de varios inconvenientes que suscitó, entre otras cosas, la construcción de la escuela. Con la conformación de la vereda Santa Bárbara en el año de 1946, el caserío de Marilópez quedó adscrito a ésta,

²⁹ Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

vinculándose formalmente a su jurisdicción territorial aun cuando su población no se había establecido formalmente hasta ese momento. Debido a esto, su incidencia política fue nula hasta cuando las primeras familias negras comenzaron a permanecer en la zona. A pesar de ello, su participación en las dinámicas comunitarias no era fuerte, pese a que Florentino Díaz hubiera sido el presidente de la JAC en una oportunidad. La apertura de este camino significó nuevos escenarios de interlocución y participación para los varones negros:

Yo vine a coger mucha garantía allá porque había un presidente de la Junta de Acción Comunal. El presidente era el papá de Leonardo, Florentino Díaz. Yo estaba joven pero yo siempre lo acompañaba, yo siempre iba pero de la junta no era nada. Él era el presidente, entonces yo le dije: “usted mientras que no pueda levantar la primera acta no hace nada”. Él no me hizo caso, entonces llegó un señor que se llamaba Roosevelt y llegó y conquistó la gente, hizo una reunión y levantó la primera acta y entonces él despidió a Floro y se volvió él presidente.³⁰

No obstante, sus hijos asistían a la improvisada escuela que se había construido en adobe en el caserío de Santa Bárbara, pues el estado había delegado una docente para atender a la población infantil. Tras un incidente el presidente de la JAC citó a una reunión extraordinaria con el fin de destituirla. Ante lo sucedido, gran parte de los padres de familia estuvieron de acuerdo, aun cuando ponían en riesgo la educación de sus hijos. Dicha situación generó la intervención de don Pedro, quien expresó que el despido forzoso de la maestra ocasionaría un inconveniente para los estudiantes, pues no había garantías para contar con un nuevo docente en el plantel. Propuso un periodo de quince días para solucionar el suceso, asegurando un nombramiento en ese lapso.

De esta forma fue ganándose un espacio al interior de las decisiones que se tomaban colectivamente, siendo elegido un año después como presidente de la JAC de Santa Bárbara. Si bien era la primera vez que figuraba en el escenario político local, desde que vivía en Palo Blanco se había acercado a las dinámicas comunitarias, pues su madre Lucila Nazarit había participado en construcción del polideportivo y en la organización de eventos, reuniones y fiestas. Sin embargo, las actividades que desarrolló Lucila estuvieron restringidas a los espacios

³⁰ Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

del cuidado: la preparación y venta de alimentos, la limpieza de los espacios comunitarios y la organización de fiestas y festivales.

Mientras mantuvo su cargo como presidente participó en la gestión de la carretera Suárez-La Betulia-Santa Bárbara, la instalación del acueducto y la construcción de la escuela con recursos del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR), programa diseñado en el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) e impulsado por Virgilio Barco (1986-1990), con el fin legitimar y fortalecer la presencia del estado a través de la erradicación de problemáticas relacionadas con la pobreza y la desigualdad en comunidades que históricamente habían sido afectadas por conflictos militares, sociales y económicos. La consecución de recursos del PNR requirió esfuerzos por parte de los líderes locales, quienes asumieron desafíos de orden político y social para la construcción de la escuela:

Llegamos allá, pues sí señor, toda la gente que el candidato pa' presidente era Pedro, entonces le dije al promotor: “señor promotor, si usted me deja violar los estatutos, le sirvo aquí como presidente, sino no. Sino no me meto, no me meto; porque yo he tenido muchas intenciones de trabajar pero aquí con esta gente no he podido.” Entonces le dijo a él a la comunidad que si ellos estaban de acuerdo [...] si ellos veían que la vereda podía coger agua siendo yo el presidente y yo ponía esa composición que si ellos querían, no, que no, que no importaba. Entonces me dijo él: “¿y cómo es que va violar los estatutos?” La violada de los estatutos es que me dejen a dedo nombrar los 4 principales. No, que se podía. Entonces les dije: ‘quiero que Omar Morán me sirva de secretario, José Restrepo me sirva de fiscal y Leonardo Díaz me sirva como tesorero’. Primera vez que Leonardo estaba ahí. Lo llevé con engaños, lo engañe y lo lleve y lo monte a la tesorería, vea, hicimos una buena campaña en ese periodo. Quedamos fue agradecidos porque les hicimos acueducto, les hicimos carretera y le dejamos una aula que hasta hoy está ahí.³¹

Aun cuando la adjudicación de los recursos del PNR facilitaron la construcción de la escuela, en el momento de definir el lugar dónde construirla surgieron los problemas. Mientras que los pobladores de Santa Bárbara solicitaban la construcción en sus predios, don Pedro y la gente de Marilópez exigían que se levantara la escuela en un punto medio entre los dos caseríos,

³¹ Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

pues sus hijos debían caminar agrestes pendientes para ir a estudiar. Esta disputa evidenció nuevamente el lugar marginal que ocupaban los segundos en las dinámicas de la vereda. Algunos de ellos recuerdan que este suceso hace parte de los constantes conflictos que tenían con sus vecinos, pues al ser racializados como negros y vistos como minoría, su lugar en las decisiones comunitarias la mayor parte del tiempo no eran tenidas en cuenta.

La decisión sobre la construcción de la escuela, recuerdan algunos mayores, estuvo mediada por la guerrilla de las FARC-EP, quien arribó en 1986. Su presencia redujo considerablemente el robo de ganado, al tiempo que definió una serie de acuerdos sobre los trabajos comunitarios y las relaciones entre veredas. Por su intermediación se definió en asamblea la construcción de la escuela en Santa Bárbara, lo que generó fuertes tensiones con los pobladores de Marilópez, a tal punto que constituir una vereda apareció como una posibilidad.

Ante la viabilidad de gestionar recursos propios desde una figura territorial como la vereda, don Pedro y don Leonardo emprendieron dicho proceso, con el fin de abrir nuevas posibilidades de incidencia municipal, pues Suárez ya había sido reconocido como municipio. Con esta oportunidad establecieron una serie de objetivos ligados a la apertura de la vía Suárez-La Betulia-Las Brisas, pues hasta ese momento la única vía eran caminos de herradura que conectaban a Marilópez con Asnazú y Santa Bárbara.

No obstante, el propósito fundamental fue la consolidación de un proyecto que buscara los recursos necesarios para la escuela, pues al separarse de Santa Bárbara no contaban con las condiciones ni la infraestructura para la educación de sus hijos. Inicialmente 6 padres familia optaron por contratar un profesor para que dictara las clases en una de las casas. Durante ese lapso fue configurándose la JAC de la vereda Las Brisas, siendo designado como presidente el señor Pedro Ararat.

Con esta nueva figura de organización se fue consolidando la junta directiva entre quienes habían liderado el proceso de creación de la vereda, es decir, quienes se habían asentado formalmente y tenían la necesidad de vincular a sus hijos a la educación formal, además de gestionar recursos para la apertura de la vía y la instalación de los servicios de energía y acueducto. En ese momento las mujeres no tuvieron participación activa en la estructura de gobierno, siendo una entidad fundamentalmente liderada por hombres y mediada por relaciones

de parentesco. Las relaciones familiares influenciaron la adquisición de un capital político, en tanto la junta directiva se constituyó entre hermanos, primos lejanos o compadres, siendo claves las relaciones precedentes que se habían constituido en Palo Blanco, de modo que los lazos de parentesco y afinidad fueron dos canales para la formación política y la consolidación de alianzas:

En ese tiempo los que ayudábamos más era el finado Floro, el papá de Leonardo y mi persona, las mujeres de casualidad iban a una reunión allá. Muchas veces hacíamos reuniones y a las 09:00 de la noche venía bajando uno por ese filo de allá pa' acá. Uno llamaba a la gente temprano pero no llegaban.³²



Imagen 7. "La escuela"

En 1992 se declara formalmente la creación de la vereda Las Brisas³³ y con ella, en 1994 la apertura de la escuela, que fue construida en un predio donado por los hermanos Ararat y subsidiada por la alcaldía municipal y la Federación Nacional de Cafeteros. Una de las primeras mujeres que se asentó formalmente en Las Brisas señala los esfuerzos comunitarios para trasladar el material y el trabajo político que requirió la apertura de la escuela:

³² Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

³³ De acuerdo con don Pedro, se escogió este nombre haciendo referencia al equipo de fútbol de Marilópez.

Entonces mi esposo principió a luchar, a luchar con eso, con otros compañeros que hacían parte de la directiva hasta que se logró la escuelita acá, en ese tiempo no había carretera sino que era camino de herradura, nos tocaba ir hasta arriba a la ‘Y’ de Olivares, a recibir los materiales, a meter ladrillo, a meter las tejas de zinc, las sillas, lo que dieron. Todo eso lo hicimos en compañía de los niños, ellos también cargaban, una silla, un ladrillo, o lo que ellos les era más fácil podernos ayudar a traer. Nos tocó así al hombro meter todo ese material y ya los otros niños pues gracias a dios ya no les toco ya ir más allá, sino que ya se quedaron estudiando acá.³⁴

Sin embargo, después de algunos años de estar en funcionamiento fue cerrada,

[...] porque se acabaron los niños, por el modo de trabajar la agricultura no daba para estudiar los muchachos enserio. El que podía hacer estudiar sus niños se llevaron la familia afuera donde los pudieran poner al colegio.³⁵

Es por esto que varios jóvenes estudiaron hasta quinto de primaria y, otros en menor medida, lograron acceder a la educación secundaria en el Centro Educativo La Betulia, aunque todas las mañanas debían caminar 1 hora y 30 minutos al no contar con un medio de transporte que asegurara su desplazamiento hasta el establecimiento educativo. Observar con detenimiento esta dinámica ofrece la oportunidad de entrever en primer lugar que el acceso a la educación en los espacios rurales, históricamente no ha gozado de las mismas posibilidades que en contextos urbanos, visibilizando claramente las desigualdades en términos del acceso a la educación.

2.5 “Nos sacaron de acá y llegamos al colegio”

Para dar cierre al contexto histórico y social de Las Brisas, hacen falta dos elementos fuerza que anclen las reflexiones posteriores. Por un lado, el desplazamiento asociado al recrudecimiento del conflicto armado a comienzos de los años 2000 y, por el otro, la expansión de los cultivos de coca en tierras enmarañadas por los rastrojos y la maleza que fueron intervenidas con la hoja desde hace aproximadamente una década.

³⁴ Entrevista 4. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

³⁵ Entrevista 2. Vereda Las Brisas. 22 de septiembre de 2017.

Con la entrada del Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) a finales del siglo XX, en el norte del Cauca se agudizó la ola de asesinatos a las comunidades negras, campesinas, indígenas y líderes sociales de la región. Las embestidas de este grupo paramilitar se fueron desplegando rápidamente a través de masacres, amenazas y retenes ilegales con los que se incrementó la ola de desplazamientos y el recrudecimiento de acciones armadas a la población civil.

En la vereda Las Brisas diciembre del año 2000 trae recuerdos dolorosos, ya que tras entrar por la vereda El Amparo donde se encuentra una de las bases militares que custodia el embalse La Salvajina, un grupo de paras se dirigieron a las veredas de Unión Olivares, San Pablo y Las Brisas con el objetivo de desplazar a la población civil bajo amenazas de muerte. Algunos muertos, saqueos y el desplazamiento de gran parte de la vereda, se mencionan como el primer hito de una ola de hostigamientos que se agudizó posteriormente.

Bajo la compleja situación provocada por la incursión paramilitar, los briceños sin distinción alguna salieron de sus casas dejando atrás sus cultivos, casas y los enseres que no pudieron transportar en tan poco tiempo. Algunos de ellos durante un mes se hospedaron en los albergues provisionales dispuestos por el estado en La Betulia y en la cabecera municipal. Por su parte, las familias que no tenían un asentamiento formal, regresaron a sus casas en Honduras y Palo Blanco. Otras, en menor medida, acudieron a su red de parientes para hospedarse por un tiempo mientras era superada la sensación de incertidumbre:

Pero en cierto tiempo también llegaron amenazas, ya de grupos y nos llegó, pues no amenazas lógicamente así directas, pero si nos llegó en cierta manera, nos llegó una ocasión un aviso de que teníamos que desocupar porque iba a haber un enfrentamiento entre grupos armados y para nosotros pues estar en ese medio era una amenaza, entonces nos tocó desocupar. Eso fue en el 2000. Nos tocó desocupar la vereda y nos tocó irnos al municipio de Suarez, y ya estuvimos casi un mes, eso se nos cayó cosecha, la cosecha de café se nos perdió, animales que uno que le tocó dejar todo acá, entonces ya cuando regresamos otra vez vuelta gracias a dios volvimos a empezar de nuevo y ahí ya los niños

pues siguieron el estudio, pero ya de ahí los que ya iban terminando lo que era la primaria, ya les tocó pa'l colegio.³⁶

Tras observar la imposibilidad subsistir económicamente por fuera de las dinámicas de la finca las familias que no contaban con alternativas para su establecimiento, regresaron lentamente a recuperar sus cultivos y pertenencias. Mujeres mayores, hombres adultos y jóvenes sin ocultar el temor que representaba el retorno en un escenario de conflicto, regresaron nuevamente a sus casas. La mayor parte de las mujeres se desvinculó definitivamente del trabajo agrícola, insertándose en las dinámicas laborales asociadas primordialmente con el servicio doméstico en la ciudad de Cali:

[...] acá es donde nosotros tenemos qué comer, la economía de nosotros estaba era acá, y nosotros no estamos como acostumbrados a estar en el pueblo, nosotros hemos sido acostumbrados al campo. Y uno en el pueblo no es lo mismo que vivir en el campo, en el pueblo se pasa mucha necesidad porque si uno no tiene plata para comprar todo, en cambio acá nosotros los sembramos, nosotros hemos cultivado nuestras matas y si uno necesita un plátano, una yuca, un limón, ahí está, pero en el pueblo si usted no saca los 500 pesos pa' comprar algo...³⁷

Los hombres de la *ranchería* al contar con hectáreas de tierra y viviendas en la parte de “afuera” retornaron gradualmente, pues continuaba latente la sensación de inseguridad, especialmente tras la masacre del Naya perpetrada en abril de 2001. Durante ese tiempo los campesinos negros se vincularon a trabajos relacionados con la construcción de viviendas, la vigilancia en establecimientos públicos y la venta de alimentos. Su retorno fue lento y a diferencia de “los de arriba”, ocasionalmente iban a registrar el estado de sus fincas y cultivos. La mayor parte de sus esposas decidieron permanecer “afuera” resguardando la vida de sus hijos y asegurándoles condiciones favorables, aun cuando las acciones militares de los diferentes actores armados fueron recurrentes en toda la región.

Sí y cuando fueron pasando así fueron acabando con todo lo de las tiendas y echando el dueño de la tienda y así en el pedazo donde estaba más solito para no dejarlo en el medio

³⁶ Entrevista 4. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

³⁷ Entrevista 5. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

de la familia o del pueblito tan-tan los mataban y los dejaban en medio de la carretera botados y así que fueron pasando hasta El Naya.³⁸

El conflicto armado intensificó la migración de las mujeres que permanecían en la vereda, lo que puso en evidencia la conformación de un patrón de asentamiento de los varones negros, quienes continuaron vinculados al trabajo agrícola, mientras que la mayor parte de las mujeres se trasladaron al municipio de Buenos Aires o a la ciudad de Cali, trabajando en la minería o en el servicio doméstico, respectivamente.

No, todos no, porque hubieron personas que no volvieron más por acá. Ya otros que no quisieron, les dio miedo... ya vieron lo que pasó en El Naya y todo eso, ya no quisieron volver, otros que... por eso fue que cerraron la escuela porque los estudiantes que habían se los llevaron pa' Buenos Aires y los pusieron a estudiar por allá, entonces quedaron muy poquitos y por eso cerraron la escuela y ya los niños de aquí les tocó ir a estudiar a San Pablo, a Olivares, así.³⁹

Estos sucesos impactan de forma contundente las historias personales de la mayor parte de familias, puesto que durante las últimas 3 décadas han sido distintos los actores armados que han incursionado en la región. Una de las mayores de Las Brisas quien ha participado activamente en la dinámica comunitaria local, recuerda los hechos que antecedieron el recrudecimiento de la violencia paramilitar, el asesinato de uno de sus hermanos y la desaparición de otro en el Naya:

[...] me tocó adoptarlo porque el padre de él desapareció en el municipio de Buenos Aires, en un punto que se llama el Naya. Él se fue a trabajar para traer dinero para comprarles los útiles al niño y el uniforme y se vino de allá pa' cá un 13 de febrero [del 2001] y mi otro hermano que se había ido con él quedó allá y por el día lunes siguiente, llegó mi otro hermano buscándolo, o llegó acá porque a él no le habían pagado entonces le tocó que quedarse, él llegó y cuando llegó a la casa, mi padre le preguntó por el otro hermano, y le dijo que no, que él se había venido el día jueves anterior, entonces ya de

³⁸ Entrevista 6. Vereda Las Brisas. 21 de septiembre de 2017.

³⁹ Entrevista 5. Vereda Las Brisas 20 de octubre de 2018.

ahí ya nos tocó pues buscar el medio como irlo a buscar, pero no, hasta el sol de hoy no, no volvimos a saber más de mi hermano.⁴⁰

Su relato está ubicado temporalmente, sin embargo, los hechos de violencia en el norte del Cauca son de larga duración, lo que expresa la profundización de la guerra y el auge del narcotráfico asociado con el cultivo de coca. En Las Brisas existe un acuerdo sobre el inicio de un proceso de poblamiento en el año 2009 que estuvo asociado con la entrada de familias blanco-mestizas que llegaron atraídas por las rentas generadas por los cultivos ilícitos. Los finqueros, pastusos y caqueteños, promovieron la siembra de la hoja en el norte y occidente del departamento. Pese a la oposición que han sentado firmemente algunos de los briceños, otros, en cambio, gradualmente han vendido considerables extensiones de tierra a los foráneos, generando nuevas dinámicas de relación con el uso y el manejo de la misma. Sobre esto volveré más adelante.

Por otro lado, en el año 2013 los enfrentamientos entre la guerrilla de las FARC-EP y el Ejército Nacional estimularon un segundo proceso de desplazamiento, aunque a diferencia del que sucedió a inicios de siglo, en ese momento gran parte de la población local no migró, pues se encontraban en época de cosecha del café. Varios afirman que en la mayoría de estas jornadas su vida estuvo en riesgo en tanto los enfrentamientos se incrementaron a medida que pasaban los días. Aunque los actores armados lanzaban disparos y táticos de filo a filo, continuaron con las jornadas de cosecha en grupos de trabajo para afrontar la crisis de seguridad en ese momento. Estos enfrentamientos no cesaron hasta finales del año 2014, momento en el que el gobierno nacional y la guerrilla de las FARC-EP pactaron el cese al fuego.

Las tensiones que “los finqueros” y los actores armados han generado en Las Brisas, expresan dos territorialidades en disputa, la impulsada por los agricultores locales negros y la propuesta por las familias blanco-mestizas vinculadas con el cultivo de coca. La contaminación de las fuentes hídricas y la venta de las tierras se ha intensificado durante los últimos años, a los que algunos varones, especialmente los mayores, se han opuesto con decisión, a pesar de que ha habido un crecimiento en la presencia de los foráneos.

⁴⁰ Entrevista 4. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

2.6 A modo de cierre

La memoria de los mayores constituye para este relato el reducto y el primer recurso que da cuenta de una particular historia de poblamiento, que hasta aquí refleja la intervención de múltiples actores de incidencia local y nacional. A diferencia de lo que ha sucedido en otras latitudes del país, en torno a las disputas por las tierras entre los terrajeros, aparceros y arrendatarios con los dueños de las grandes haciendas en las zona media y plana del valle geográfico, en la parte alta donde el poblamiento inició el siglo XX, los procesos de tenencia estuvieron dados por la ocupación de baldíos y el trabajo en “tierras de nadie”, que con el paso del tiempo fueron apropiadas para el trabajo agrícola, la construcción de viviendas de paja y madera, la pesca y la minería de oro, así como para la apertura de caminos y grandes rocerías en las tierras que los colonos negros transformaron con su llegada.

Estas trayectorias dan cuenta de las posibilidades de constituir un hogar, teniendo en cuenta las condiciones físicas del entorno y las relaciones entre vecinos y familiares que antecedieron el poblamiento temprano en Marilópez. De ahí la importancia de construir una historia de poblamiento que dé cuenta del modo en que se constituyeron las fincas y la participación de los varones en este proceso, pues en evidencia el género es determinante en cómo se configuración el espacio y se apropia el mismo.

El auge del café, la apertura de vías y los procesos de modernización de mediados de siglo, permiten entender también las formas de movilidad de la gente negra en el norte del Cauca, las estrategias de permanencia y los modos en que entienden las relaciones entre hombres y mujeres y entre los mismos hombres.

Esta historia de poblamiento ilustra por qué hoy el consejo comunitario Las Brisas está habitado principalmente por varones negros caficultores, al mostrar que la colonización de tierras ha sido una actividad primordialmente masculina. Además, pone en discusión las tensiones relacionadas con los significados de ser hombre, en un contexto donde las prácticas de género tienden a no reproducir las formas actuales sobre los mandatos de la masculinidad, mostrando en concreto las complejidades que encarna el género en los cuerpos y prácticas de los sujetos, a partir de una una perspectiva histórica y contextualmente situada.

3. Racialización de la economía: negro cafetero y finquero cocalero

En julio de 2016 el Comité Departamental de Cafeteros realizó un homenaje a 10 caficultores caucanos por diferentes iniciativas de innovación tecnológica y social en el departamento. El trabajo de don Leo, como es conocido en Las Brisas, fue reconocido porque desde hace 2 décadas ha incentivado la producción tecnificada del grano en la vereda.⁴¹ Las formas asociativas entre familiares y amigos han consolidado un aproximado de cincuenta y dos caficultores locales que actualmente están inscritos en el Comité.

Su especial habilidad en el manejo del grano y la eficaz producción del mismo, le han otorgado diferentes reconocimientos a nivel regional y nacional, posicionándolo como uno de los referentes cafeteros en todo el departamento. Estos reconocimientos han brindado la posibilidad de acceder un capital social particular, al tener la posibilidad de conocer los diferentes procesos de producción cafetera en el país y a los directivos de la Federación, generando una red de aliados desde la que ha gestionado apoyos para el fortalecimiento del consejo comunitario. A su vez, dichas posibilidades han incrementado el capital económico familiar, a través de los índices de producción y las cadenas de comercialización que han generado ingresos con las ventas del café pergamino, esperando obtener mayores beneficios con la venta del café tostado y molido.

Junto a la posibilidad de constituir una asociación de comercializadores de café en la vereda, las formas de visibilización dadas por la red de actores externos, ha situado la producción de café como eje comercial, perfilándose como un atractivo para la instalación de nuevas fincas cafeteras, propiedad de los neitos que esperan a corto plazo vincularse a la economía local en calidad de caficultores y propietarios de tierras.

El reconocimiento de don Leo ha funcionado de manera directa como un mecanismo para fortalecer la presencia masculina en el consejo comunitario, dado que emergen nuevas valoraciones con el trabajo cafetero, considerado ahora como una posibilidad para el sostenimiento de la economía de los varones y sus familias. Aunque parece un logro de orden individual, localmente es valorado por los y las briceñas como parte de un esfuerzo colectivo

⁴¹ “Héroes de la caficultura: Leonardo Díaz”. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=GFo17T0pm_A.

por promover la siembra y la cosecha de café, así como una respuesta ante el incremento acelerado de los cultivos de coca.

Partiendo del relato anterior, en este capítulo analizo los significados asociados a la masculinidad a partir de un análisis detallado sobre el trabajo agrícola y las relaciones económicas que distinguen a los *neitos* de los adultos en Las Brisas. Para ello es relevante realizar una aproximación a las escalas de valoración que emergen en función de las diferencias de clase, raza y género, las cuales se profundizaron con la llegada de foráneos blanco-mestizos, en adelante finqueros, vinculados con la compra o arriendo de tierras para el cultivo de hoja de coca.

En esa perspectiva, propongo hablar de la racialización de la economía para hacer referencia a las distinciones iniciales que se establecieron entre los negros cafeteros y los finqueros cocaleros. Si bien esta relación se ha transformado durante los últimos años, a causa de la creciente incorporación de jóvenes negros en el ciclo de producción de la coca, persisten aspectos relevantes para la comprensión situada del trabajo cafetero como un oficio racializado que se ha transformado con el auge de los cultivos ilícitos y la persistencia de la guerra en el norte del Cauca.

Partiendo de la perspectiva teórica de espacio social y formas de capital planteadas por Bourdieu (1990; 2001; 2002), mostraré que *neito* no solamente es una clasificación local de corte generacional, sino que apela al lugar que ocupan los niños y jóvenes en la vida comunitaria: en la incorporación de saberes y prácticas sobre el trabajo y la vida en el campo; en la tenencia de tierras a las que acceden por medio de la compra o la herencia; en los grupos de trabajo colectivo o convites; en la participación política al interior del consejo comunitario; y en la inserción, cada vez mayor, en las actividades relacionadas con el proceso de transformación de la hoja de coca.

Inicialmente debo mencionar que pensar en una teoría del espacio social requiere una ruptura con la lectura economicista que restringe el campo económico a la producción, la mercancía y el consumo. Es necesario conceptualizarlo como un espacio pluridimensional, donde se distribuyen las relaciones de poder en complejas redes disputadas por los agentes a partir de las diferentes formas de capital planteadas por Bourdieu (2001: 131), a saber: el capital

económico, el capital cultural, el capital social y el capital simbólico. Todos estos capitales pueden transformarse, en diferente medida, en capital económico, puesto que moldea y define sus conexiones.

La ampliación del concepto de capital permite un registro adecuado sobre las relaciones que han construido los varones negros en el lugar en el que viven. De esta manera las aproximaciones alrededor del conocimiento sobre el trabajo agrícola, el manejo de los cultivos y la rentabilidad en su producción serán vitales para la comprensión del capital cultural incorporado, objetivado e institucionalizado. Por otro lado, las disputas por el poder local; la vocería política de la JAC y el consejo comunitario; la interlocución con los gremios económicos y las instituciones del estado; la participación de los foráneos en los trabajos comunitarios; y las redes de alianzas con actores externos resultan útiles para acercarse al capital social que movilizan los hombres solos.

El capital simbólico se plantea como transversal al ser parte de un poder socialmente reconocido que adopta una u otra forma de capital (Bourdieu y Wacquant, 2005: 178). Para ello la tenencia de las tierras, su distribución entre hombres y mujeres y el ejercicio de la autoridad de los varones son aspectos fundamentales para el análisis histórico de las percepciones, trayectorias y puntos de vista de los agentes, es decir los varones negros, que se disputan el ejercicio de distintos capitales en todos los escenarios de la vida social, pues los varones negros ocupan simultáneamente posiciones de subordinación y dominación.

“Si una cosa es verdad, es que la verdad del mundo social es un entramado de luchas: porque el mundo social es, por una parte, representación y voluntad; porque la representación que los grupos tienen de sí mismos y de los otros grupos contribuye en gran medida a hacer que los grupos sean lo que son y hagan lo que hacen. La representación del mundo social no es un fruto de innumerables acciones de *construcción* que están siempre ya hechas y que siempre hay que rehacer” (Bourdieu 2002: 249).

Así pues, iniciaré retomando elementos sobre las trayectorias de poblamiento de los hombres negros, que estuvieron ancladas al impulso la economía cafetera en el siglo XX. Me detendré en una lectura generacional que dé cuenta sobre las estrategias de migración realizadas

por los más jóvenes, quienes al no poseer propiedad sobre la tierra se insertan en el sector terciario o jornaleando en las fincas de familiares y amigos, o en las extensas cocaleras que están insertándose en el paisaje local desde hace aproximadamente una década.

En seguida, mencionaré que la implementación del Plan Colombia⁴² estimuló la presencia de actores armados y la rápida expansión de los cultivos de uso ilícito en la región, transformando el paisaje agrícola, renovando las formas de despojo y acelerando la instalación de economías emergentes que trajeron consigo un número significativo de varones blanco-mestizos al norte del Cauca.

Las trayectorias económicas y las relaciones cotidianas entre locales y finqueros en la actualidad, permitirán hablar entonces de la racialización de la economía, al evidenciar que en Las Brisas, los hombres negros son vinculados con la economía cafetera, mientras que los finqueros son asociados a los circuitos del narcotráfico, pese a que la inserción de los varones negros a la economía de la coca ha crecido considerablemente tras la firma del acuerdo suscrito entre el gobierno colombiano y las FARC-EP en 2016. En evidencia, esta relación se analizará desde una compleja relación de oposición y complementariedad que permite entender el funcionamiento de las prácticas productivas y las jerarquías generacionales en contextos racializados.

3.1 “Sea verraco, papá”. La finca piedra angular de la masculinidad

El siglo XX estuvo marcado por diversos proyectos de modernización económica que transformaron los escenarios urbanos y rurales, tanto en la región norte del Cauca como en todo el territorio nacional: la apertura de vías y medios de transporte, la ampliación del comercio internacional y las reestructuraciones económicas impulsadas desde el gobierno central, son algunas de ellas.

⁴² El 13 de julio del 2000 fue aprobado el “Plan para la Paz y el Fortalecimiento del Estado” o Plan Colombia (1999-2004), como parte del apoyo estadounidense frente a la inestable situación de orden público. Desde ese momento la lucha contra la insurgencia y la lucha contra drogas se hicieron indiscernibles, pues en sus primeros meses de ejecución el Plan estuvo orientado a debilitar las finanzas de la guerrilla a través de las fumigaciones aéreas y los ataques reiterados a las “cocinas” o laboratorios donde la hoja de coca era transformada en pasta base.

El auge comercial del café que inició a finales del siglo XIX, durante el siglo XX estabilizó una economía cafetera que sostuvo durante varios años sectores privilegiados del país que controlaron el comercio interno y externo, consolidando latifundios pero también pequeñas fincas cafeteras, que estimularon diversos procesos de democratización de la propiedad rural a través de la apropiación y la titulación de tierras baldías (Machado 2001). Esta economía mantuvo su producción a través del café variedad arábigo, llamado también nacional o pajarito, el cual contaba con una vida productiva de por lo menos cuarenta años y no necesitaba asistencia intensiva de abonos, por lo que facilitaba a los campesinos negros, después de la cosecha, desplazarse a ríos cercanos donde realizaban minería de aluvión o jornaleaban en fincas de familiares y vecinos durante algunas temporadas.

En zonas donde la colonización de tierras coincidió con la bonanza cafetera, el poblamiento estuvo marcado por la siembra de café, sostén principal de las economías familiares, las cuales eran complementadas con cultivos estacionarios de maíz, fríjol y posteriormente, también colinos de plátano, rascadera, arracacha, caña de azúcar, yuca y la venta de hojas de biao. La diversificación de productos resultaba rentable para las familias, pues facilitaba la sostenibilidad y el autoconsumo, a la vez que aseguraba un excedente para la comercialización.

La bonanza cafetera dio paso al primer proceso de asentamiento formal en la década de 1960, incrementó la propiedad sobre la tierra ampliando la frontera agrícola con los cultivos de café y posibilitó la construcción de casas en bahareque, ladrillo y esterilla, marcando las posibilidades de acceso económico de las familias negras. Sin embargo, al terminar la cosecha, los más jóvenes sin propiedad sobre las tierras, migraban hacia el eje cafetero, Antioquia y los santanderes para jornalear durante algunos meses en las fincas cafeteras. El Ferrocarril del Pacífico (que estuvo en funcionamiento hasta 1974) permitió la conexión con los mercados internacionales a través del puerto de Buenaventura, a la vez que facilitó las estrategias de movilidad al conectar el suroccidente con el centro del país.

Las migraciones temporales permitieron acumular el ‘plante’⁴³ necesario para recibir de sus padres tierra para trabajarla. Quienes no contaban con el capital económico suficiente para “levantar la finca”, alternaban el trabajo en las tierras de su propiedad, jornaleado o trabajando por contratos⁴⁴ en fincas de familiares y vecinos, lo que redujo considerablemente las dinámicas de movilidad espacial. Pese a esto, “los de abajo”, al no haberse establecido formalmente en Las Brisas, a menudo regresaban a Honduras donde permanecían sus padres, que al no contar con la fuerza de trabajo necesaria habían delegado los trabajos a sus hijos más jóvenes, quienes trabajaban tanto en las fincas cafeteras como en los entables mineros familiares.

Tan pronto como recibían tierras, los jóvenes progresivamente dejaban de ser considerados como *neitos*, integrándose a la economía familiar ya no como parte de la mano de obra, sino que asumían una nueva posición: eran vistos y tratados como hombres al adquirir la tierra y consolidar la finca cafetera, la cual era diversificada con cultivos estacionarios.



Imagen 8. “Aprender a trabajar”

⁴³ Suma de dinero considerable que permite en algunos casos, comprar propiedades en la ladera o en las vegas del río e invertir en abonos y el sistema de beneficio para la transformación del grano de café.

⁴⁴ Los contratos se refieren a los trabajos de desmonte, siembra o cosecha que realizan hombres adultos y jóvenes en fincas de familiares o amigos. La duración de estas actividades depende del esfuerzo necesario para llevarlas a cabo.

En ese proceso los hombres eran habilitados socialmente para vivir con una mujer y conformar una familia. De esta manera aseguraban las posibilidades de acceso a recursos económicos para desplazarse los fines de semana a lugares de socialización masculinos como las fiestas, los encuentros con amigos para jugar parqués y cartas en el parque o, en las visitas familiares donde tenían la posibilidad de conocer mujeres jóvenes que durante los fines de semana regresaban desde Cali para visitar a sus padres, pues en su mayoría, se habían vinculado al servicio doméstico en casas de familias blanco-mestizas de la ciudad (Posso 2008).

En este proceso se crearon la Federación Nacional de Cafeteros⁴⁵ y CENICAFÉ⁴⁶ y más adelante se introdujeron nuevas variedades como caturra en los años sesenta y, posteriormente, Colombia, F8, Castilla y San Pacho; variedades que emergieron tras la crisis cafetera provocada por la roya desde 1983 y la broca en 1988. Progresivamente los dueños de las fincas cafeteras accedieron los servicios de asistencia técnica dispuestos por la Federación y los comités departamentales y municipales, quienes fomentaron la renovación de los cafetales, interviniendo directamente las formas de manejo tradicional del grano, al sustituirlas por nuevas técnicas para el manejo de los cultivos, el uso de abonos con pesticidas, el manejo de las semillas, los ciclos de cosecha, zoqueo, la limpieza y la organización de los surcos. Bajo el discurso del desarrollo, se perfilaron progresivamente nuevos conocimientos asociados a rentabilidad, maximización y estabilidad económica posicionando definitivamente la producción cafetera como eje de la economía local.

Esto conllevó a que se adoptara un sistema de subsidios iniciado con la creación del Banco Agrario⁴⁷ y con formas de crédito subsiguientes que aseguraron paquetes tecnológicos, fertilizantes, la provisión de insumos y la construcción de la infraestructura necesaria en los procesos de beneficio y transformación del grano. Si bien en este primer proceso las formas de tecnificación fueron incipientes, más adelante aparecieron nuevas formas de intervención

⁴⁵ La Federación Nacional de Cafeteros fue creada en 1927, sin embargo, previamente existió una iniciativa de asociativa entre los cafeteros del país llamada la Sociedad de Productores de Café (1904). El servicio de extensión fue creado en 1960 para impulsar los procesos de tecnificación del café.

⁴⁶ En el IX Congreso Cafetero fue creado el Centro Nacional de Investigaciones de Café con el fin de contribuir a los procesos de “[...] generación, adaptación y transferencia de conocimientos científicos y tecnológicos, de acuerdo con las necesidades de los caficultores.” (Rojas 1998: 73).

⁴⁷ El Banco Agrario fue creado en 1953 con el fin de financiar la producción y la recolección del café. Durante las décadas siguientes se crearon otros sistemas de crédito, como por ejemplo, en el año 1976 la Caja Agraria gracias a la bonanza cafetera (Rojas 1998). Desde 1998 esta entidad pasó a ser el Banco Agrario de Colombia.

institucional por medio de los programas de formación técnica agropecuaria y los créditos agrarios.

Las estrategias comerciales de producción pusieron de manifiesto la dependencia de los caficultores negros con los agentes externos (el gremio económico nacional y sus sedes regionales) en un juego de intereses donde fueron definidos los criterios sobre cómo sembrar y cosechar el café,⁴⁸ lo que simultáneamente se cruzó con los conocimientos aprendidos de los abuelos alrededor de la siembra y la cosecha según las fases del ciclo lunar, así como los ciclos de abono con cal (calear) y materia orgánica, que también hacen parte del paquete tecnológico que ha incrementado el uso considerable de agroquímicos y pesticidas en los cafetales.

Así mismo, la instalación de servicios de crédito a través de la afiliación al comité de cafeteros generó el acceso a la cédula cafetera, con la que aún hoy pueden acceder a semillas mejoradas, insumos y herramientas necesarias para llevar a cabo las tareas de la finca. En términos comerciales la cédula amplió el espectro de posibilidades para la financiación del caficultor y en términos sociales, su mayoría de edad, no solo por la pertenencia a un grupo de edad en concreto, sino por definir el acceso al sistema de créditos a partir de la propiedad sobre la tierra: eje nodal sobre el que se cimenta el paso de *neito* a varón.

Sin embargo, la inestabilidad del mercado cafetero promovió la migración masiva de los varones, quienes al no encontrar posibilidades de trabajo en Las Brisas se insertaron como mano de obra asalariada en la ciudad de Cali, en los ingenios azucareros ubicados en la zona plana de la región y un porcentaje menor, migró para trabajar en las empresas agroindustriales del cultivo de palma de aceite en la Orinoquía. Otros en cambio, alternaron el trabajo agrícola con oficios del sector terciario: comercializando productos, asistiendo obras de construcción en Suárez y Cali y, cultivando palmas de chontaduro para vender en la galería los fines de semana.

La estrategia para el control de las plagas fue el *re-re* (recolecciones oportunas y repase), que consiste recolectar cada quince días después de la cosecha los frutos de café maduros, sobre maduros y secos para evitar su propagación. Incorporar estas técnicas en los procesos de

⁴⁸ Los procesos de tecnificación definieron los modos de seleccionar el café, transformaron el sistema de beneficio y los tiempos de secado para la comercialización del café pergamino, por medio de semillas intervenidas genéticamente y manuales para los caficultores rurales, que estandarizaron el manejo de las variedades de café, el chapoleo de las semillas y los tiempos de abono y zoqueo.

beneficio permitió recuperar lentamente las extensas fincas cafeteras, posicionando nuevamente durante los años 2000 un renovado mercado cafetero que progresivamente respondió con las necesidades del mercado y los requerimientos económicos de las familias campesinas negras.

El inicio del siglo está marcado entonces por el fortalecimiento del mercado regional y la expansión de las fincas cafeteras, en un segundo intento por recuperar los significativos dividendos de antaño. Por ello, el servicio de extensión del comité de cafeteros y el sistema de crédito dado a través del Banco Agrario de Colombia, se han ubicado como dos estrategias para posicionar el café en la parte alta de la cordillera como eje de la economía local, pese al crecimiento exponencial de los cultivos de coca en la zona.

3.2 El trabajo agrícola, la prueba de fuego

En el proceso de entenderse y ser entendido como hombre se incorporan una serie de hábitos que corresponden con los valores locales asociados a la masculinidad. Las experiencias de socialización de los *neitos* son útiles para entender complejas estructuras de poder que subyacen las relaciones entre varones, desmitificando la idea de una masculinidad fija e inmutable (Viveros 2002; Connell 2003).

Los neitos observan con inquietud la destreza de los adultos en la finca: siguen con su mirada los rápidos movimientos del machete cuando pasa sobre la maleza y observan el movimiento acelerado de las manos mientras desprenden del arbusto las cerezas de café. A menudo son llevados a las grandes rocerías, a las jornadas de siembra o a las extenuantes caminatas que deben emprender para ir a cosechar (Diario de campo, 28 de mayo de 2017, Consejo Comunitario Las Brisas).

Al ser parte de un arduo proceso en el que se incorporan los conocimientos del trabajo agrícola, su participación en la finca empieza a temprana edad, siendo alternada frecuentemente con la educación escolar. A medida que van aprendiendo las vicisitudes del trabajo agrícola, en épocas de vacaciones jornalean en fincas de amigos y vecinos donde desmontan, desyerban, zoquean y cosechan café. La acumulación de cierto capital económico abre la posibilidad de obtener mayores licencias para desplazarse los fines de semana al pueblo, participando

activamente en distintos escenarios de socialización⁴⁹ donde van reafirmando los atributos masculinos sobre lo que es ser un hombre cabal (López de Moya 2010). Un grupo de mayores de la vereda de Honduras recuerda:

En ese tiempo cuando yo estaba acá, antes de irme, yo mantenía era jornaleando. Inclusive cuando yo llegué otra vez aquí, como yo llegué fue a arrancar de cero, yo jornaleaba tres días y tres días le hacía a la siembra de las matas, con lo de los tres días compraba la remesa y seguía en mis trabajos, en lo mío.⁵⁰



Imagen 9. "Jornalear"

La independencia económica constituye uno de los principales mecanismos que brindan al *neito* un nuevo lugar en la estructura familiar, en tanto es visto como hombre, proveedor e independiente de las actividades económicas de sus padres. Desde que se vinculan a las estructuras de trabajo asociativo y a diferentes escenarios de esparcimiento que preceden la migración, los *neitos* ganan relativa autonomía, consolidada en gran parte con el desplazamiento provisional, puesto que brinda la posibilidad de generar ingresos económicos propios que los sitúan en una nueva posición al interior de la familia (De Keijzer y Rodríguez 2003). Esto puede

⁴⁹ Empiezan a asistir a fiestas, prostíbulos y una parte significativa accede a las dinámicas del proceso organizativo.

⁵⁰ Entrevista 7. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

observarse en cuanto la distinción *neito*-adulto pasa de ser concebida por las capacidades físicas disponibles para el trabajo agrícola, a instalarse progresivamente en los factores económicos sobre el ingreso y la independencia de los varones con respecto a su núcleo familiar. Algunos relatos evidencian las complejidades asociadas con el rito de paso fundamental para ser visto y tratado como hombre:

[...] yo de aquí me fui en 1991. Me fui para Jamundí, estuve trabajando construcción y de ahí ya dejé de trabajar construcción y me puse a vender arroz de leche. Después dejé de vender arroz de leche y me fui a trabajar en el triciclo llevando mercado. Después de eso me fui para El Naya, estuve por allá también. Con el señor que yo trabajaba en El Naya, muy buena gente, yo trabajé muy tranquilo por allá y de allí ya, pues dije: ‘tengo la tierra, entonces pues yo no voy a ponerme a estar pasando trabajo por acá’ y me dio por venirme a sembrar otra vez mis matas. Desde esa época estoy aquí, desde noviembre del 2010.⁵¹

Al estar desprovistos de un recurso económico que les dé el sustento necesario para sobrevivir, los jóvenes deciden migrar, en algunas ocasiones desvinculándose del sector agrícola. Al adquirir el capital necesario para “levantar la finca” optan por regresar, observando las posibilidades de invertir en tierras de su propiedad, lo que implica disponibilidad, autonomía en el manejo del tiempo y facilidades para el acceso a redes comunitarias y de trabajo colectivo. De esta manera se sitúan con respecto a sus pares, en lugares privilegiados por su capacidad económica y, en algunos casos, por las redes familiares que legitiman su participación en escenarios de participación política local (Villamil 2013).

Puede observarse entonces que la migración es valorada como parte de los procesos de identificación de los hombres, puesto que hay una ruptura con el hogar, configurando un amplio escenario de posibilidades que determinan las experiencias vitales de los sujetos, tanto de los que se vinculan al trabajo asalariado en las ciudades como los que retornan a Las Brisas.

De ahí que la inserción de los *neitos* a las dinámicas comunitarias y el acceso paulatino a la propiedad sobre la tierra, requieran formas de movilidad geográfica y estrategias de

⁵¹ Entrevista 7. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

movilidad social dadas por el acceso a un capital patrimonial (Urrea 2010). Antes de ser habilitado por sus pares para participar y decidir en dichas actividades, el *neito* es socializado por sus hermanos mayores, su padre o algún pariente masculino cercano en actividades que demandan fuerza y resistencia del agricultor, así como otras habilidades y destrezas para llevarlas a cabo.

Con el machete al cinto, botas de caucho y una radio para acompañar el trabajo en la finca, los hombres inician el día. Aun cuando la cosecha de café haya terminado otras actividades requieren su atención. El trabajo en la tierra, la limpieza de las fincas, la cosecha de la piña, el cacao y la yuca; el aseo de la casa y la cocción de los alimentos, son las tareas en que se desenvuelven diariamente los varones, tanto neitos como varones (Diario de campo, 25 de mayo de 2018, consejo comunitario Las Brisas).

En la parte alta “los de arriba” han cultivado café, yuca, piña, cacao, maíz, frijol, caña de azúcar y distintos tipos de árboles frutales y maderables. Algunas extensiones continúan al margen de la intervención agrícola, siendo consideradas como tierras con espesos montes en los que nacen, una a una, las sesenta y siete quebradas que recorren la jurisdicción del consejo comunitario. La mayor parte de las casas albergan pequeñas huertas, corrales para la crianza de gallinas, secaderos de café y algunos beneficiaderos, fundamentales para el procesamiento del grano en sus primeras fases.

Solamente hay unas cuantas casas en ladrillo con techos de zinc o eternit. Gran parte de las edificaciones del consejo comunitario están construidas con bahareque y esterilla o con listones de madera extraídos de los bosques que se encuentran en la parte alta de las montañas y en las vegas del río. Quienes poseen casas en ladrillo fueron en su mayoría beneficiarios del programa impulsado por el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (MADR) a través de subsidios familiares. En algunas casas el fogón de leña no ha sido desplazado con la reciente tecnificación del espacio doméstico, por lo que en la parte externa de la casa se han construido con guadua y zinc pequeñas estancias en las que reposa la hornilla y los enseres necesarios para cocinar.

Los núcleos familiares están conformados por hombres y mujeres mayores que junto a algunos de sus hijos, continúan desempeñándose en las labores agrícolas. Gran parte de los

pobladores son hombres, pues las mujeres se han insertado en dinámicas laborales desligadas del trabajo agrícola, a causa de los efectos del desplazamiento forzado en el año 2000 y el 2013, el ingreso a la educación superior y la inserción en el servicio doméstico o en el comercio informal. El contacto con la ciudad se ha configurado en el imaginario de varias mujeres, como el escenario posible para acceder de forma independiente a un capital económico propio, desligado de la economía familiar.

En otros casos la migración temporal está dada por el acceso a mejores condiciones de vida, concebidas bajo los ideales de comodidad y bienestar.

En el 93, o sea la última vez que yo me fui para Cali me fui porque mi esposo me dijo: ‘no, es que ya nosotros tenemos los niños y usted yéndose por allá’. Y yo le dije, ‘no, yo me voy a ir aun cuando sea un año’, porque no teníamos casa donde vivir. Vivíamos ahí a donde mi suegra entonces, usted sabe que si uno vive con los suegros y ya la gente se incomoda con la bulla de los muchachos y todo eso, entonces yo tome la decisión. [...] Ya de ahí trabajamos en la finca. Y verdad yo hice mi casa, mi papá me aportó una parte, y yo fui y compré la madera, el techo, todo eso, hice mi casa y ya, no volví más por allá.⁵²

Las redes familiares han sido indispensables para la sostenibilidad de las familias, de ahí que la sucesión de bienes a través de la herencia, sea considerada como posibilidad y complemento para la construcción de casas o la inversión en semillas para nuevos cultivos. La tenencia de tierras amplía el capital económico, siendo el sostén fundamental para las familias que permanecen en Las Brisas.

Aun cuando pueden rastrearse casos sobre el retorno de las mujeres, como el mencionado antes, la mayor parte vuelve solo en festividades, vacaciones o cuando se acerca la cosecha de café. Quienes han recibido tierras en calidad de herencia, cuando migran, transfieren temporalmente la propiedad a sus hermanos o sobrinos, con quienes reparten según sea acordado previamente, las ganancias dejadas por el café al final de la cosecha. Algunas mujeres ceden la tierra a sus esposos para que sea trabajada por ellos. A pesar de haberla recibido como herencia

⁵² Entrevista 5. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

de su padre, transfieren simbólicamente la propiedad al casarse, pues al permanecer en Honduras o Palo Blanco encargadas del cuidado de sus hijos, no cuentan con la disponibilidad de tiempo necesaria para el desplazamiento ni tampoco para el trabajo agrícola.

Por otro lado, la historia migratoria de los hombres ha sido paralela a los procesos de colonización. Desde épocas tempranas en que los varones entraron con hermanos y primos a colonizar baldíos, se ha configurado una especial asociación entre masculinidad y migración. Generalmente, cuando no poseen tierras, los jóvenes migran: inicialmente ampliando la frontera agrícola en zonas de montaña y luego, debido a los procesos de modernización impulsados por la presencia de la *Asnazú Gold Company* y el auge de la economía cafetera, que incrementaron el poblamiento en “la montaña”, siendo considerables las actividades de desmonte y siembra de cultivos estacionarios que requirieron mano de obra masculina para llevar a cabo dichos trabajos.

Quienes se insertaron en los ingenios azucareros y las empresas de palma de aceite, se vincularon a un tipo de contratación laboral, que, asociado a ideales de progreso, ha garantizado el acceso a prestaciones sociales, sueldo fijo y estabilidad económica que genera estrategias de movilidad socioeconómica individual y familiar. Estas particulares trayectorias económicas han movilizado una serie de concepciones sobre el trabajo en ciudades y en empresas agroindustriales, por lo que actualmente los jóvenes que permanecen entre Las Brisas y las veredas de Honduras y Palo Blanco, al finalizar el ciclo escolar de educación media, migran para insertarse en dichos oficios, transformando la relación de sus abuelos y padres con la economía cafetera local.

Y eso hay mucha gente que venden y se van a cortar caña porque la agricultura hay que tener mucha paciencia, en la agricultura se va mucho tiempo ‘a uno cosechar. Uno siembra y se demora pa’ cosechar. En cambio uno se va pa’ la caña y eso le pagan, semanalmente tienen su platica y de eso se están manteniendo.⁵³

Gran parte de los varones que se han vinculado al sector agroindustrial, son los hijos de los hondureños, quienes no han tenido un contacto directo y sostenido con el trabajo agrícola,

⁵³ Entrevista 1. Vereda Las Brisas, 15 de octubre de 2018.

ya que en sus primeras fases de socialización estuvieron vinculados principalmente a la educación escolar y la minería de oro en socavones familiares. Su contacto con centros urbanizados como Santander de Quilichao y Cali, ha gestionado formas concretas de leer y habitar el entorno, considerando los oficios técnicos como posibilidades de empleo y acceso a un capital económico permanente.

La inserción de los varones jóvenes en estas actividades ha ocasionado un proceso de envejecimiento en el poblamiento de la ranchería, siendo principalmente compuesta por varones adultos y mayores los que continúan dedicándose a la economía del café. Sus esposas e hijos permanecen “afuera”, relevándolos en las actividades domésticas solo en épocas de cosecha, travesía o en temporadas de receso escolar. Sus casas están construidas con techos zinc o teja y paredes en guadua o bahareque en las que se hospedan uno o dos hombres. La composición de las casas está mediada por lazos de parentesco entre hermanos o primos, por lo que la división del trabajo agrícola y doméstico es repartida de forma igualitaria, aunque son generalmente los más jóvenes quienes asumen las labores del cuidado en el hogar. Más adelante ahondaré en dicha situación.



Imagen 10. “Arriba hicieron casas de material”

En ese sentido, la noción local de *hombresolos* permite entender unas trayectorias específicas de poblamiento en Las Brisas, distintas entre “los de arriba” y “los de abajo”, pues

son las particulares condiciones de poblamiento-migración, las que permiten entender por qué gran parte de los briceños que habitan la vereda son hombres, tal como he mostrado en el capítulo anterior. Por un lado, los efectos del desplazamiento forzado y las nociones de progreso y bienestar han estimulado la migración de las mujeres de la parte alta de Las Brisas hacia ciudades y poblados cercanos. Por el otro, el asentamiento inestable de los hondureños y las imposibilidades de acceso a la infraestructura vial y a la educación escolar, han reducido considerablemente el establecimiento de sus esposas e hijos, quienes cada vez más se desvinculan de las dinámicas sociales y políticas de la vereda. En otros casos hace referencia a los hombres viudos o solteros, que permanecen articulados a las dinámicas políticas del consejo comunitario, participando en el ejercicio político-organizativo y en la producción económica.

La ausencia de mano de obra familiar muestra la importancia de reunirse en grupos de amigos o convites para concentrar la fuerza de trabajo necesaria que permita llevar a cabo las tareas de la finca. En épocas de cosecha participan cuatro o más varones en las jornadas rotatorias por cada una de las fincas de los participantes. El trabajo en convites se refrenda constantemente dada la imposibilidad de pagar jornaleros, lo que hace de esta una actividad utilizada y valorada significativamente.

3.3 El café como sostén de la presencia masculina

El café estimuló un primer asentamiento en la vereda, gracias a la disponibilidad de mano de obra para trabajar y el auge comercial dado a partir de la consolidación de un mercado cafetero que respondió a la demanda nacional e internacional. Para gran parte de las familias campesinas los precios de venta y la capacidad de producción del arábigo, consolidaron una economía cafetera local que forjó redes y alianzas con sectores económicos externos e instituciones del estado.

Las transformaciones locales han significado también nuevas estrategias de trabajo entre los agricultores, quienes han incorporado técnicas como el zoqueo, es decir el corte bajo del arbusto después de siete años de vida útil; así como las jornadas para desyerbar por lo menos tres veces al año y la preparación para la cosecha que requiere la contratación de jornaleros locales y foráneos durante varias semanas. Quienes participan en estas jornadas reciben un coco, balde de plástico que es atado al cinto para recoger los granos de los arbustos. Por cada kilo

recolectado, el jornalero gana entre \$300 y \$400, es decir, cerca de \$4.400 aproximadamente por cada coco lleno. Un recolector hábil puede recoger en un jornal hasta quince cocos, recibiendo semanalmente una suma de dinero importante.

Después de haber cosechado, el café es transportado a la despulpadora, donde el grano es separado de la cereza que lo envuelve. Algunos cuentan con máquinas eléctricas para realizar el proceso, dotados por la Federación Nacional de Cafeteros; otros han diseñado ingeniosos sistemas que son adaptados a las viejas despulpadoras, mientras que un número importante de los varones que viven en la ranchería, conservan a la vieja usanza, desgastadas máquinas con manubrio manual. La cáscara de la cereza es apilada a un lado para luego ser utilizada como abono, mientras que los granos envueltos en mucílago, salen por una corriente de agua que los deposita en tarros de plástico o tanques de cerámica.

Por medio de un sistema de riego conectado por tuberías e instalado en tanques diseñados especialmente para esto, el grano es lavado tres o cuatro veces y revuelto con una pala de madera hasta que las pepas más finas y útiles para el secado, se van asentando gradualmente en el fondo del tanque, mientras que la pasilla flota inmóvil sobre el agua. Esta parte del proceso es realizada en la noche, después de una larga jornada de colecta.



Imagen 11. "Tostar el café pa' irlo a vender al pueblo"

Tras varias horas de fermentación, el café es extendido en los parabólicos con la asistencia de una pala. El color dorado de la cáscara y el tono verdoso del grano, permiten observar el punto exacto del secado para la posterior venta en café pergamino. El tiempo define la calidad del proceso, siendo decisivo para el precio obtenido por su venta; de ahí que la rentabilidad y la maximización de los recursos están dados por el cuidado inicial desde la germinación de la semilla hasta las fases de chapoleo, siembra, abono y cosecha.

Gran parte del pergamino es vendido en el pueblo de Suárez a las cooperativas Caficauca y Cafinorte⁵⁴ o a compradores informales o *piqueros*, con quienes se negocia el valor de la arroba, que en épocas de bonanza puede estimarse en un valor igual o mayor a \$85.000. Solo una cantidad reducida es tostada y molida para adquirir el valor agregado. Los fines de semana antes de salir a vender al pueblo, el café puesto en reserva es trillado con un molino de mano que permite separar el grano de la cáscara que lo cubre. En una batea de madera se ventea hasta que queda completamente limpio para ser tostado. A la par, es encendido el fogón de leña sobre el que se pone una callana donde son tostados los granos. Cuando ha reposado los granos tostados son molidos, luego pesados y finalmente empacados para ser vendidos.

Desde hace algunos meses se está conformando una asociación para vender el café tostado y molido en mercados citadinos de Bogotá, Cali y Popayán, con el fin de incrementar la rentabilidad en la comercialización. Partiendo de las redes de amistad y alianza que han tejido por fuera de la vereda, se han realizado contados intentos por llevar a cabo este proyecto asociativo impulsado por “los de arriba”, con el objetivo de vender un café de origen procesado y sellado que se ha llamado ‘Café de Origen Cosecha Común’.

Trabajando como macho

Los modos de vivir y experimentar el género en zonas de colonización difieren significativamente de otros contextos, debido a que el asentamiento inestable erosiona la división sexual del trabajo, que concibe al varón como encargado de proveer a la familia, mientras la mujer se desenvuelve como soporte desempeñándose en las actividades del cuidado. En Las Brisas, al igual que en otros contextos rurales, no sucede así. Al contrario, las mujeres

⁵⁴ Cafinorte y Caficauca son dos cooperativas, una de orden regional y otra departamental, que participan en los procesos de recolección y comercialización del café, con el fin de promover una economía sostenible. Para ello realizan procesos de formación técnica y el suministro de insumos.

al igual que los hombres asumen tareas en los distintos espacios de producción, ya sea en la casa o la finca. Desmontan, desyerban, siembran y cosechan; a la vez que lavan, cocinan y arreglan la casa.

Al mismo tiempo, varias de ellas migran para desvincularse de las violencias que viven al interior del espacio doméstico o para generar nuevas posibilidades de acceso a otros escenarios de socialización. Generalmente las tierras heredadas por las mujeres son trabajadas por su esposo o por algún familiar y excepcionalmente sucede lo contrario. Uno ejemplo de ello es el de doña Luz Esmila Lucumí, quien desde hace aproximadamente quince años llegó a la vereda para trabajar en los predios que adquirió junto a su esposo a través de la compra. Actualmente es la única mujer agricultora que trabaja de forma permanente en la *ranchería*.

A pesar de ser una mujer mayor, posee la vitalidad y fuerza necesaria para desyerbar, cosechar café, limpiar los cultivos secundarios y permanecer, al igual que los *hombres solos*, por una o dos semanas hasta que retorna a su casa ubicada en la vereda de Honduras. Generalmente trabaja con su nieta Rosa Isela de dieciséis años, quien tras haberse retirado del colegio, la acompaña en las extenuantes semanas de trabajo. Solo en contadas ocasiones es acompañada por el menor de sus hijos, quien generalmente trabaja afuera en haciendo minería o transportando carga pesadas en los pueblos de Suárez y Buenos Aires.



Imagen 12. "Doña Luz Esmila"

Después de que ha terminado la cosecha o la travesía, deja de entrar a Las Brisas durante algunos meses para dedicarse exclusivamente a las labores domésticas en su hogar. Pocas veces va a la mina, pues no le parece una actividad económica rentable desde que se inundaron los predios que hoy son parte del embalse Salvajina. Desde el llenado de la represa, indica, se dedicó exclusivamente a la agricultura mientras que su esposo se vinculó al mercado laboral en calidad de asalariado en el ingenio azucarero La Cabaña, ubicado en el municipio de Puerto Tejada, zona plana del valle geográfico del río Cauca.

La vinculación de su esposo en la agroindustria implicó entonces asumir el trabajo agrícola, pues sus hijos mayores para ese momento ya habían migrado a Cali. Así, cada lunes entra en la chiva que baja desde Honduras y sube por las empinadas montañas del costado occidental de la cordillera. Trabaja de sol a sol hasta el día viernes y al finalizar la jornada, contrata uno o dos viajes para desplazar hasta la entrada de la vereda los bultos de café, los colinos de plátano y las cargas de yuca que vende en el pueblo de Suárez los sábados en la mañana. Comercializa gran parte de lo que cosecha, de ahí que ha tenido la posibilidad de ahorrar un capital económico individual que entrega en parte para el sustento de la economía familiar y el resto es usado para “cualquier eventualidad”, señala.

Desde hace pocos años las mujeres tuvieron la posibilidad de acceder individualmente a un recurso económico, pues generalmente la inversión de tiempo y fuerza de trabajo eran utilizados estrictamente en el sustento de la economía familiar. No obstante, recientemente se han conformado grupos de trabajo colectivo y organizaciones cafeteras de mujeres rurales, que han dado mayor solvencia e independencia a las mujeres, resquebrajándose las formas de sujeción económica experimentadas en antaño.

Doña Luz Esmila, a diferencia de otras mujeres, cuenta con la autonomía necesaria para vender e invertir sus ganancias. Esta posición de privilegio ha ocasionado que muchos hombres al referirse a ella la describan como una mujer verraca y parada ante la emboscada de los foráneos que esperan obtener sus tierras o, cuando interviene en las reuniones comunitarias, puesto que su participación es sostenida y decidida. Los esfuerzos puestos en la finca llaman la atención para analizar los sentidos de independencia que resultan claves para entender las disputas que deben enfrentar las mujeres en contextos rurales y masculinizados.

3.4 La expansión cocalera: “algunos le trabajan a esa gente raspando”

Durante varios siglos los usos de la hoja de coca en los andes colombianos estuvieron vinculados al consumo ritual de comunidades indígenas y campesinas (Henman 2008). No obstante, a partir desde la década de los 60 pueden rastrearse los primeros indicios sobre el uso comercial de la hoja con el fin de ser convertida en pasta de cocaína para su exportación a mercados internacionales. Las transformaciones asociadas a ello, estuvieron jalonadas por la problemática de tierras en las zonas rurales, las inequidades auspiciadas por las reformas agrarias y las disputas del campesinado nacional contra el estado por falta de garantías económicas para la subsistencia.

Especialmente en el Cauca desde la década siguiente se tienen registros sobre la existencia de cocinas rurales para la transformación de la hoja de coca en el sur del departamento, en los municipios de Bolívar y Almaguer. Mientras tanto, los cultivos de marihuana estuvieron concentrados en el norte del departamento, principalmente en el municipio de Corinto, para la misma época.

La ofensiva estadounidense contra las drogas había iniciado en 1969 durante el gobierno de Richard Nixon. Las batallas contra el opio y la marihuana en Turquía, Jamaica y México fueron el referente para las posteriores fumigaciones con defoliantes de los cultivos de marihuana en el Caribe colombiano. Este mercado decayó rápidamente dando paso al fortalecimiento de la economía de la coca. Así, desde los años 80 inició la consolidación de un mercado asociado al narcotráfico que favoreció el sostenimiento de las familias rurales, en regiones donde la presencia estatal se reducía al pie de fuerza militar.

A la par, el gobierno central desde 1985 desplegó programas para la fumigación y la sustitución de los cultivos de uso ilícito,⁵⁵ en zonas donde la insurgencia había logrado incorporarse en la vida cotidiana, especialmente en regiones de colonización, de enclave

⁵⁵ Inició con el Plan Nacional de Rehabilitación (1985) y posteriormente se diseñó el Programa de Erradicación de Cultivos Ilícitos mediante aspersión aérea con el herbicida Glifosato –PECIG (1994); el Plan Nacional de Desarrollo Alternativo –PLANTE (1996); el Plan para la Paz y el Fortalecimiento del Estado o Plan Colombia (1999); el Programa de Familias Guardabosques (2003); el Programa Presidencial Contra Cultivos Ilícitos (PCI); la Política Nacional de Erradicación Manual de Cultivos Ilícitos y Desarrollo Alternativo para la Consolidación Territorial (2010); y el Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos –PNIS (2017).

económico, de agricultura deprimida y de comunidades indígenas (Fajardo y Blanquer 1991: 104).

De forma simultánea los cultivos ilícitos fueron creciendo rápidamente, por lo que los años 2000 estuvieron marcados por las negociaciones de paz en el Caguán y la implementación del Plan Colombia que entró en funcionamiento con las aspersiones aéreas generando en el sur del país el desplazamiento de actores armados y cultivos de uso ilícito hacia los departamentos de Cauca y Nariño.

[...] el Cauca, según un reporte de inteligencia de la Policía Nacional [en 2001], “es uno de los departamentos preferidos por los narcotraficantes por la favorabilidad del terreno y la influencia subversiva”. En el departamento hay unas 4.500 hectáreas de coca y 1.700 de amapola y el crecimiento de los cultivos, según apreciaciones de la Policía Antinarcóticos, se debe precisamente, a la falta de fumigaciones.⁵⁶

La incursión de nuevos actores armados generó disputas territoriales entre la guerrilla de las FARC con presencia del Sexto Frente y la Columna Móvil Jacobo Arenas y el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), quienes fortalecieron su capacidad militar a través del desplazamiento forzado en el corregimiento La Betulia y en zonas aleñadas de entrada a El Naya, donde posteriormente se perpetró la masacre en abril de 2001.⁵⁷ El auge de los cultivos de uso ilícito desencadenó transformaciones en las estrategias de lucha de los grupos armados guerrilleros y paramilitares, quienes a través del crecimiento exponencial de los cultivos de coca y de las economías de enclave extractivo financiaron sus actividades militares.

Estas dinámicas de despojo-desplazamiento iniciadas en el suroriente del país, provocaron en el norte del Cauca incontables transformaciones dadas por un importante flujo migratorio de familias blanco-mestizas que llegaron a través del arriendo y la compra de tierras para cultivar coca sobre la cordillera Occidental. Desde ese momento se han ido vinculando nuevos actores en calidad de traficantes, cultivadores y raspachines que han llegado en distintos

⁵⁶ Crecen cultivos ilícitos en Cauca y Nariño. El País. 17 de julio de 2001.

⁵⁷ Las súplicas de El Naya para que el Estado impidiera la masacre. El Espectador-Colombia 2020. 02 de mayo de 2018.

momentos del auge cocalero y minero desde los departamentos de Putumayo, Caquetá y Nariño, y en menor medida de Antioquia y Chocó.

Si bien en Las Brisas y en los sectores aledaños el poblamiento de los finqueros está ligado a la economía cocalera, el *boom* minero dado por la creciente demanda internacional de oro y la primarización de la economía nacional, impulsaron la extracción intensiva de oro de aluvión y socavón. Al conversar con algunos cocaleros, es frecuente escuchar relatos sobre las travesías que realizaban en motos y carros para extraer oro en la mina de Agualimpia ubicada en el corregimiento de San Antonio del municipio de Santander de Quilichao.⁵⁸ Durante varios días permanecían en la zona, pues quien controlaba el enclave permitía a los mineros locales negros y a los foráneos extraer el mineral durante algunas horas de la noche o en la madrugada. Esta práctica fue realizada con frecuencia hasta el año 2014 cuando colapsaron varias de las minas dejando cerca de doce personas muertas y varias desaparecidas.⁵⁹

Cuando habían acumulado el capital económico suficiente, gran parte de los finqueros dejaron de jornalear en fincas de sus paisanos⁶⁰ y optaron por comprar tierras en las zonas de ladera y en las vegas del río. De la misma forma en que sucedió el poblamiento inicial en Marilópez, las redes entre familiares y amigos facilitaron la llegada de campesinos buscando tierras para consolidar un ingreso económico familiar. De ahí que actualmente no solo en Las Brisas, sino en gran parte del municipio de Suárez las extensiones de coca están cobrando centralidad, transformando radicalmente el paisaje cafetero.

Según el relato de varias personas la coca entró por la parte alta de Las Brisas en el año 2007. En asocio con uno de los caficultores negros, empezaron a llegar los finqueros pastusos a través del arriendo de tierras. Las extensiones fueron creciendo rápidamente a tal punto que este lado de la vereda cuenta hoy con importantes cultivos de la hoja, que son transformadas en los

⁵⁸ Algunos varones que llegaron con el auge de la minería ilegal de oro, tras finalizar las explotaciones en la zona se vincularon como raspachines. De ahí que entre los foráneos puedan encontrarse algunos mineros negros del Pacífico colombiano.

⁵⁹ Minería en el Cauca: ¿riqueza para quién? Verdad Abierta. 18 de junio de 2014.

⁶⁰ Es un apelativo usado coloquialmente para referirse a una persona que comparte lugar de origen o procedencia con otra.

chongos, cocinas o laboratorios que han sido construido en medio de los bosques que se encuentran en el cañón del Marilópez.

A pesar de registrarse algunos intentos previos por instalar pequeños cultivos en la vereda, quienes lideraban el consejo comunitario lograron persuadir a los posibles vendedores evitando la cesión del derecho sobre las tierras. Sin embargo, recuerdan que desde comienzos de siglo ya observaban frondosos cultivos en los filos de las montañas de las veredas vecinas de Santa Bárbara en el municipio de Suárez y Agua Blanca en Buenos Aires.

En los años siguientes el cultivo se expandió por toda la vereda, menos en la parte alta, pues gran parte de las tierras han sido trabajadas por las familias que se asentaron de forma estable desde hace varias décadas. Caso contrario sucedió en la *ranchería*, donde los finqueros lograron acceder en las laderas, inicialmente, a rastrojos deshabitados que compraron a bajos precios, con la promesa de incrementar el valor de compra tras formalizar los documentos legales para el traspaso de la propiedad.

Y la cuestión es que pues la gente fue regalando la tierra porque pues un tiempo que les dieron una platica a la gente, pero entonces con engaño de que no, de que eso después de que les dieran el documento, la escritura, les acababan de pagar y es algo que es mentira porque en ninguna parte donde hay cultivos ilícitos ha salido una escritura. Y ahora mucha gente de los que regalaron la tierra se quedaron sin tierra sin nada, porque esos tipos lo que les dieron eso se lo gastaron y se quedaron a brazos cruzados.⁶¹

Debido al desplazamiento progresivo de los campesinos negros en la *ranchería*, algunos briceños que viven “afuera” han vendido sus tierras rápidamente, pues sus actividades económicas se han desvinculado de la economía agrícola. Otros en cambio, aun cuando permanecen allí, han arrendado las tierras más altas pues sus condiciones físicas o su edad les impiden trabajarlas y, al no contar con el apoyo familiar para continuar el trabajo agrícola, han arrendado algunas hectáreas mientras consideran la venta como una posibilidad.

Quienes no han vendido continúan trabajando en sus fincas cafeteras, pese a que el café en la *ranchería* no tiene presencia preponderante, pues gran parte de los terrenos están

⁶¹ Entrevista 7. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

cultivados con hoja de coca, a tal punto que varios se han extendido hasta las vegas del río. La relación de los caficultores con su entorno se ha transformado radicalmente, ya que las formas asociativas entre vecinos se han ido resquebrajando por los nuevos patrones de asentamiento impuestos por los foráneos blanco-mestizos, quienes generalmente llegan con sus esposas e hijos, generando un patrón de poblamiento opuesto al de los caficultores negros.



Imagen 13. "La coca"

En las familias de los finqueros cada uno de sus miembros juega un papel fundamental en la consolidación de la finca. Mientras los hombres siembran, cosechan y raspan junto a sus hijos y los raspachines contratados al jornal, las mujeres se encargan de proveer la comida y organizar la casa para el descanso de los peones. Algunas de ellas, las más jóvenes, en épocas de cosecha salen a raspar con sus maridos, asumiendo otros espacios de producción en la economía familiar.

Es usual escuchar en época de cosecha que desde las 05:00 a.m. empiecen a sonar los automotores que llegan desde Playa Rica, Unión Olivares, San Pablo y algunas veces, desde los resguardos indígenas que se encuentran ubicados sobre la cordillera Central. En las cosechas de café suceden dinámicas similares, aun cuando las ganancias entre una actividad y otra distan en términos económicos significativamente, ya que por cada arroba de coca raspada, el raspachín

gana un valor aproximado a los \$7.000, logrando obtener por lo menos \$70.000 en una buena jornada de trabajo.

Aunque es poco frecuente, durante la cosecha de café, algunos raspachines que no encuentran posibilidades de trabajo permanente en las coccaleras, acceden a cosechar café durante varios días. Al ser migrantes sin tierra estabilizan su economía personal en los cafetales mientras se vinculan nuevamente al trabajo en las coccaleras o en los *chongos* donde la hoja es transformada en pasta base de cocaína.

Sobre el proceso de producción Henman (2018:115-116) menciona:

La pasta cruda de cocaína se produce en pequeñas cocinas rurales por medio de un proceso simple: las hojas verdes o no secas de coca son molidas [con motosierra] y colocadas en un recipiente grande –usualmente en tambores vacíos de gasolina– que contiene algo de ácido sulfúrico diluido en agua, que actúa como agente lixivante. A esto se añade un reactivo alcalino, como carbonato de sodio, ceniza vegetal o cal industrial. A la solución se revuelve gasolina o querosene, alzando la cocaína y otros alcaloides. La gasolina es separada de los otros químicos y de la materia vegetal y tratada con ácido sulfúrico y el reactivo alcalino, a los cuales se añade ácido clorhídrico y permanganato de potasio. Esto precipita el compuesto de alcaloides de la coca, que luego puede recogerse con un filtro.

El uso intensivo de químicos ha provocado la contaminación de las fuentes hídricas que riegan sus aguas en el río Marilópez, a tal punto que a menudo pueden observarse en la corriente del río manchas de gasolina y ripio (sobras del procesamiento de la hoja) que se mezclan con el agua. De igual forma, al instalarse sofisticados sistemas de riego para los cultivos, algunos nacimientos se han secado, generando en épocas de verano el desabastecimiento de los acueductos familiares.

Esos venenos [de la coca] están acabando con todo. No han acabado con nosotros porque somos de una contextura siempre dura. Estamos aquí bregando bregando pa' mantenernos en pie hasta cuando podamos, porque cuando no podamos tenemos que dejar esto abandonado acá.⁶²

⁶² Entrevista 1. Vereda Las Brisas, 15 de octubre de 2018.

La migración de los finqueros ha establecido en muchos escenarios de la vida social fronteras entre los negros caficultores y los finqueros cocaleros, reduciéndose considerablemente los espacios de socialización. Sin embargo, al caer la noche la mesa de billar y la cancha de fútbol, acompañadas por corridos prohibidos,⁶³ se convierten en los lugares de encuentro. Generalmente los más jóvenes, sin distinción, se relacionan entre sí, en espacios de homosocialidad (Andrade 2001) donde las relaciones de amistad creadas entre el grupo pares son útiles para reafirmar una masculinidad heterosexual, al entablar conversaciones sobre el uso de armas, las experiencias de una sexualidad activa y una solvencia económica alcanzada a través del trabajo agrícola.

Si bien durante varios años las relaciones se limitaron a los escenarios de encuentro mencionados, recientemente los más jóvenes se están vinculando a las economías cocaleras, generándose un nuevo proceso de movilidad social en marcha. Ante la expectativa generada por la implementación del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos (PNIS) y su reparación económica,⁶⁴ los varones negros de distintas edades se han desarticulado en gran medida del trabajo cafetero, insertándose en las cadenas del narcotráfico jornaleando como raspachines, comercializando las semillas o participando en la transformación de la hoja de coca en los *chongos*.

La rentabilidad económica dada por su participación en este negocio, transforma considerablemente la relación que han tenido los caficultores negros con la tierra, puesto que los jóvenes no necesitan tener propiedad sobre la misma, en cuanto al jornalear en las fincas cocaleras adquieren estabilidad y solvencia económica aumentando considerablemente su capacidad para adquirir bienes materiales.

Las transacciones económicas generadas por esta relación han derivado en complejas tensiones, principalmente para los mayores, quienes se oponen radicalmente a la vinculación económica de los jóvenes en los enclaves cocaleros argumentando que la migración reciente ha

⁶³ Corridos prohibidos o narcocorridos son los nombres genéricos que recibieron en México las canciones con temas al tráfico y consumo de drogas ilícitas (Valbuena, Carlos 2004: 13).

⁶⁴ Según los informes del PNIS el programa en el municipio de Suárez está en la fase primaria de socialización. Las limitaciones institucionales y la ausencia de acuerdos con los cultivadores no han permitido avanzar en su ejecución.

socavado en gran medida las redes de alianza entre amigos y vecinos, puesto que con la entrada masiva de los finqueros se ha incrementado la presencia de grupos armados y se han reestructurando las formas locales de propiedad sobre las tierras y el manejo del poder local.

Aun cuando “los de abajo” inicialmente se opusieron a la entrada de los finqueros, considerando que su actividad entraba en conflicto directo con sus creencias religiosas, recientemente se han vinculado al cultivo de coca raspando esporádicamente o accediendo a beneficios en la infraestructura vial gestionada con los recursos producidos con el cultivo de coca. Esta relación ha generado fuertes tensiones entre los briceños, pues varios de ellos se han desarticulado del proceso político del consejo comunitario, al no acceder a los beneficios dados por los proyectos productivos o la maquinaria necesaria para la transformación del grano de café.

Las posibilidades económicas dadas por la coca se sitúan con respecto a la economía local, en una posición de privilegio al solventar gran parte de las necesidades de obras e infraestructura como la apertura de vías con maquinaria pesada,⁶⁵ la construcción de puentes y la instalación de redes de energía que han beneficiado a gran parte de los locales, quienes encuentran en los foráneos la oportunidad de acceder a recursos de primera necesidad que deberían ser garantizados por el estado. El capital económico proveniente de la coca se incorpora gradualmente, a tal punto que los conflictos entre la población local se han intensificado en años recientes, a causa de los altos índices de venta de tierras y el aumento considerable de familias migrantes, que pueden observarse con la consolidación del paisaje cocalero en todo el consejo comunitario.

Otra de las transformaciones más significativas auspiciadas por los cocaleros fue la ampliación de la oferta servicios y actividades para el ocio, ya que hasta hace una década contaban parcialmente con energía y precarias vías de acceso. Hoy se han ampliado los caminos de herradura, instalado sofisticadas antenas de televisión e internet, abierto bombas de gasolina,

⁶⁵ Debido a la imposibilidad de movilizar pesadas cargas y automotores, en el año 2015 los foráneos y briceños se unieron para ampliar las estrechas vías que conectaban el consejo comunitario. Esto facilitó el desplazamiento en carro hasta la *ranchería*, permitiendo transportar mercados, enseres para la construcción de casas y combustibles para la transformación de la hoja de coca. Gran parte de los recursos para alquilar la maquinaria fueron puestos por los foráneos, quienes se beneficiaron directamente al obtener mayores facilidades para conectarse a los circuitos del narcotráfico.

varias cantinas y una variedad de prostíbulos sobre la vía que conduce al corregimiento La Betulia. Los carros de alto cilindraje y las costosas motos, también hacen parte de los cambios más visibles.

Los imaginarios de bienestar han cambiado radicalmente, pues las concepciones de progreso entre los más jóvenes se han anclado en la tenencia de sofisticados bienes materiales, que los sitúan con respecto a sus pares y las mujeres jóvenes, en una posición de respeto y reconocimiento legitimada gradualmente con la acumulación rápida de capital económico y la inversión en bienes como motos, armas de fuego, prendas costosas e importantes cantidades de licor que gastan cada fin de semana en fiestas y festivales.

En su interés por acceder a dicho reconocimiento, algunos han optado por dejar de ser jornaleros en las cocaleras, para sembrar en compañía de algunos adultos cafeteros, semilleros de la hoja de coca que son vendidos después de tres meses. Los dividendos generados por esta actividad han desvinculado a algunos jóvenes del proceso político del consejo comunitario y de las formas de control territorial que se expresan en la guardia cimarrona.

Varios líderes del norte del Cauca han retomado la dirección del proceso político, articulando a los varones en escuelas de formación política realizadas por la ACONC, ya que en gran parte de la región las economías de subsistencia están siendo desplazadas por los circuitos económicos asociados a la extracción de oro y coca que son controlados por actores armados que se reestructuraron y emergieron tras la desmovilización de las FARC-EP.

En su intento por controlar dichas economías, los grupos armados han creado nuevas estrategias de control que a menudo son encarnadas en la persecución y las amenazas a líderes sociales. La militarización del Ejército Nacional también ha acompañado el escenario de incertidumbre, pues con la instalación en 2017 de la Zona Veredal Transitoria de Normalización (ZTVN)⁶⁶ Carlos Patiño en la vereda La Esperanza del vecino municipio de Buenos Aires, se incrementó la fuerza militar del estado y, durante algún tiempo, también la presencia de los cascos azules de la ONU.

⁶⁶ Tras la firma del Acuerdo de Paz se establecieron 23 Zonas Veredales Transitorias de Normalización en distintas regiones del país, con el fin de acompañar los procesos de concentración, desmovilización y reincorporación a la vida civil de los excombatientes de las FARC-EP.

Al encontrarse a media hora de ZVTN, Las Brisas desde ese año experimentó un escenario de militarización estatal sin precedentes con la instalación de varios campamentos de las fuerzas militares en los picos de las montañas. Durante ese año lograron intervenir varios de los *chongos* que se encontraban resguardados entre los espesos bosques. Hoy estas problemáticas se han agudizado, pues en el escenario de postconflicto han aparecido nuevos actores del estado con los programas de restitución de tierras, sustitución de cultivos de uso ilícito, fumigación aérea y procesos de esclarecimiento de la verdad que instauran nuevos retos en las dinámicas organizativas y económicas a nivel local.

A pesar de los múltiples escenarios en que se han forjado las relaciones de alianza entre locales y foráneos, la perspectiva generacional permite observar que un número importante de los hombres adultos y mayores vinculados al proceso político siguen oponiéndose a la coca, mientras que los hombres jóvenes que aún sostienen un asentamiento inestable, han visto en dicha relación la posibilidad de satisfacer varias de sus necesidades. Vale la pena observar en otros contextos cómo afecta la entrada de nuevas economías en las dinámicas locales, lo que permitirá entender las complejas asociaciones entre marcaciones raciales y relaciones económicas.

3.5 Racialización de la economía, una propuesta

Pensar en la racialización de la economía no se reduce a establecer la oposición infranqueable entre negro cafetero y finquero cocalero, al contrario, la propuesta tiene por objetivo reflexionar desde una perspectiva situada, cómo las rápidas transformaciones económicas y sociales alteran las relaciones entre los sujetos, dadas por las posibilidades de acceso a nuevos capitales económicos, relaciones sociales y redes de trabajo que permiten pensar los cambios inducidos por la entrada de variados actores, armados y no armados, en contextos racializados.

Las tensas interacciones cotidianas van cambiando a medida que cada una de las partes observa los beneficios económicos, políticos y sociales en las alianzas. Así, por ejemplo, los negros cafeteros han experimentado valoraciones contradictorias sobre los recursos que genera una actividad ligada a economías ilegales, pero a su vez vista como una oportunidad para incrementar y facilitar el acceso al capital económico y bienes de primera necesidad.

Por otro lado, los foráneos han accedido a solventar gran parte de las necesidades de infraestructura en el consejo comunitario, creando un vínculo que está fracturando los lazos de solidaridad y alianza entre los locales. Pese a esto, los más jóvenes, *neitos* sin tierra, se han vinculado a los circuitos productivos de la coca accediendo a nuevas formas de capital económico que los sitúan en diversas valoraciones sobre lo que significa ser hombre, de ahí que ejercen la masculinidad hegemónica (Connell 2003) como parte de la relación entre la disponibilidad de fuerza para el trabajo cocalero, el acceso a bienes materiales y el uso de la violencia para el ejercicio de la autoridad.

En esa perspectiva, la racialización de la economía emerge como un asunto en disputa por la cocalización de la economía local y los beneficios asociados a ella, pues en gran medida la masculinidad se prueba en el escenario público: en la fiesta, en la finca, en la guerra. Sus expresiones en el espacio “privado” son parte de la extensión del primero, ya que la familia es considerada como extensión del reconocimiento social y comunitario del varón. Esto hace que sus expresiones no son siempre las mismas, por eso la relación raza, clase, género y es clave para un acercamiento a los modos en que se configuran las desigualdades en un lugar y una temporalidad concretas.



Imagen 14. “Cogiendo café pepiadito”

Para profundizar este asunto es importante rastrear las diferentes formas de enunciación e identificación. Mientras los locales se refieren y son referidos como niche, manito y negro, los blanco-mestizos son nombrados bajo las categorías de blanquito, pastuso o finquero; vinculando al color de piel un oficio y unas características particulares que apelan a un lugar de origen en común. Por ejemplo, mientras permanecí en campo algunos caficultores negros que no me conocían, al verme pensaban que había llegado a la vereda con el fin de raspar coca, ligando de forma automática mi color de piel con una actividad productiva en particular.

En ese sentido, las marcaciones raciales han jugado un papel fundamental en la creación de alianzas y sentidos de lugar entre los briceños. Así, “la nichamenta” como es llamado un grupo de personas negras en reunión, funciona como el nicho desde el que los varones negros se distinguen de los foráneos. Por medio de sus formas de bailar, vestir y la música que escuchan, resaltan su espontaneidad y fuerza, asociadas con la virilidad; características opuestas a lo que se concibe localmente como finquero o pastuso.

La estructuración de dichas diferencias permite entrever la forma en que se instauran las relaciones sociales racializadas, poniendo sobre la mesa las múltiples desigualdades de clase, las inequidades en el manejo de las tierras y las formas de discriminación racial, que asignan lugares aparentemente fijos y actividades económicas de privilegio-despojo según el color de piel.

Finalmente, el escenario actual deja sentadas varias incertidumbres. Una de ellas y quizá la más significativa para entender la complejidad y participación de los diferentes actores, es la ausente implementación del PNIS, que a pesar de haber tenido avances en el tema de sustitución de cultivos en algunas regiones del país, no ha profundizado en las estrategias de reforma agraria integral en Suárez, suscitando nuevamente conflictos asociados a la tenencia y el manejo de tierras. Esto se conecta con la presencia de la Columna Móvil Jaime Martínez⁶⁷ y su copamiento

⁶⁷ Luego de la firma del Acuerdo de Paz en 2016, el poder local armado ejercido por las FARC-EP, comenzó a ser disputado por distintos grupos armados que retomaron los nombres, reprodujeron las estructuras y vincularon a excombatientes de las antiguas FARC en sus filas. En esa dinámica surgió la Columna Móvil Jaime Martínez con injerencia en la cordillera Occidental, especialmente en los municipios de Cajibío, Morales, Suárez, Buenos Aires y el Pacífico caucano. Junto con las Columnas Móviles Dagoberto Ramos, Franco Benavides, Miller Perdomo y los Frentes Carlos Patiño, Ismael Ruiz y Rafael Aguilera conforman el Comando Coordinador de Occidente (CCO), el cual tiene operaciones en los departamentos de Cauca, Valle del Cauca, Nariño, Huila y Tolima.

de los territorios étnicos y campesinos en el corregimiento La Betulia. Las consideraciones sobre la presencia armada y sus cruces con las economías de uso ilícito son útiles para profundizar en la disponibilidad de dinero como parte del combustible para el sostenimiento de la guerra.

4. La feminización del cuidado

Así como yo trillo el café, lavo el café, también ellos pueden entrar a la cocina y cocinar para todos, pero no es así.

(Lorena Díaz, 2018)

Durante mi primer viaje a Las Brisas no dejaba de sorprenderme con la inmensidad del paisaje y los extensos cultivos de café y coca sobre las montañas. A la par, me inquietaba cómo abordar mi pregunta de investigación, pues seguía siendo ininteligible hablar de masculinidades en un lugar “donde no había mujeres”, tal como habían señalado con insistencia distintas personas. Poco a poco fui comprendiendo cómo se distribuían las labores del cuidado, especialmente en los trabajos de la casa y la finca. Con ello sobrevino una conexión inesperada alrededor de las funciones que asumían los *neitos* y varones de forma diferenciada, según contaran o no con propiedad sobre la tierra. Así pues, reconociendo que las masculinidades son producto de relaciones y acuerdos, en este capítulo propongo analizar el lugar de las jerarquías generacionales y de clase en su construcción.

A través de una reflexión sobre el cuidado, de quienes lo proveen y se benefician de él, acudo a la propuesta realizada por Tronto (2018: 24) al plantear la democracia cuidadora como una actividad que incluye todo lo que hacemos para sostener la vida humana. Con ello, la autora enfatiza en el carácter político del cuidado, la reasignación de las responsabilidades y las exenciones, que, ostentamos los hombres al proveer protección y sostenibilidad económica.

Generalmente estas posibilidades no están disponibles para todos los hombres de forma homogénea, debido al acceso restringido a los diferentes capitales. Durante el trabajo de campo observé que los varones adultos y mayores tienen la posibilidad de relevar las actividades del cuidado al interior del espacio doméstico, debido a que son vistos y tratados como autoridad al poseer la tenencia sobre la tierra y dirigir el curso de la familia. Esto situó mi mirada, por un lado, en una reflexión sobre el cuidado y su relación con las masculinidades, y por el otro, me llevó a profundizar en las nociones locales sobre trabajo y producción, sin desconocer que el cuidado está inserto en cadenas de producción-reproducción que sostienen el capitalismo moderno a través de redes globales de trabajo precarizado y explotado (Esguerra 2019: 94).

En estas relaciones, el trabajo del cuidado no remunerado ha sido desprovisto de valor, aunque sostenga la fuerza de trabajo que requieren la finca, los procesos de beneficio del café y la participación político-organizativa en escenarios comunitarios. Es por esto que me interesa indagar, de acuerdo a las posibilidades, en la división sexual del trabajo y en las valoraciones locales sobre producción, trabajo y cuidado acudiendo a las relaciones entre hombres y mujeres y entre los mismos hombres.

El capítulo está dividido en tres partes. En un primer momento mencionaré las complejas relaciones entre *neitos* y mayores, que al poseer propiedad sobre las tierras relevan, ante la ausencia de mujeres, la realización del trabajo doméstico a los *neitos* o varones sin tierra. Para ello apelaré a la experiencia de un joven que asume el trabajo de la casa, considerada como un espacio de socialización de las mujeres. Luego retomaré la experiencia de “los hombres solos”, sus dinámicas cotidianas y su relación con la cocina, dado que sus compañeras e hijas trabajan por fuera del espacio agrícola local.

En seguida detallaré la participación de las mujeres en las economías cafeteras, pues son ellas quienes asumen la sobrecarga de trabajo expresada en la ampliación de la jornada y el crecimiento de los grupos de trabajo. Durante las semanas de cosecha o travesía realizan el trabajo doméstico que es asumido por *neitos* y jóvenes el resto del año. Esto es clave para desplegar las estrategias colectivas que las mujeres han empezado a liderar en Las Brisas, de modo que, no sin limitaciones, han descentrado su trabajo del espacio doméstico. Después, mencionaré algunos elementos sobre la vinculación de las mujeres en el servicio doméstico de familias blanco-mestizas y negras en la ciudad de Cali. Esta dinámica da cuenta de las violencias que experimentan las mujeres antes de migrar y después de hacerlo. Finalmente, realizaré algunas reflexiones.

4.1 “Esa ha sido la tradición de los viejos”: el cuidado doméstico

Cocinar, lavar ropa o barrer la casa en Las Brisas son actividades que los varones aprenden desde temprana edad, sin embargo, el desplome de las economías de subsistencia en la ruralidad ha provocado desde hace varias décadas el desplazamiento de un número significativo de varones hacia la agroindustria y a empleos formales e informales en las zonas

urbanas. Estas movi­lidades han acelerado el envejecimiento de la población, en cuanto los relevos generacionales en el trabajo agrícola se debilitan cada vez más, lo que ha acelerado la venta y el arriendo de tierras para la siembra de coca, tal como he señalado antes. Al proceso de urbanización masculino se suma la presencia inestable de las mujeres, la cual está mediada por los ciclos de la cosecha de café. Esta dinámica ha reestructurado las concepciones locales de la familia nuclear, y a su vez, de la fuerza de trabajo disponible para las actividades que requiere la finca.

Dado que el cuidado de niños y niñas es concebido como una responsabilidad de las mujeres, generalmente permanecen “afuera”, siendo socializados en circuitos comerciales relacionados con la minería de pequeña escala, el comercio urbano y la educación en los pueblos de Suárez, Honduras y Palo Blanco. Su relación con “la montaña” se reduce a periodos temporales donde apoyan el trabajo de su padre o abuelo, tal “como lo hacían los viejos”, recuerda uno de los mayores. Cuando los *neitos* terminan su ciclo escolar, varios de ellos alternan el trabajo en la finca cafetera con la extracción minera, salvo en algunos casos se trasladan a Santander de Quilichao y Cali para trabajar o estudiar.

Quienes “entran” semanalmente se levantan temprano en la mañana a hacer el café, preparar el desayuno y organizar la casa antes de salir a la finca. Gran parte de estas responsabilidades son realizadas por los *neitos*, que, al no poseer propiedad sobre las tierras, realizan los oficios feminizados asociados al trabajo doméstico. Su posición etárea y condición económica hacen posible que les sean “transferidas” estas actividades como parte de la mano de obra familiar. De esta manera se expresa la “exención por producción”, la cual “[...] presume que, debido a que alguien está trabajando y ganando dinero, no necesita hacer ningún trabajo de cuidado en el hogar” (Tronto 2018: 28), lo que incrementa la posibilidad de participar activamente en la economía cafetera, tanto en los procesos de beneficio y comercialización como en la consolidación de redes de alianza con actores económicos externos. La distribución de las funciones en los espacios doméstico y comunitario en Las Brisas expresan las relaciones desiguales entre los varones y, simultáneamente, evidencian que la cocina también es un espacio de socialización masculina.



Imagen 15. "Las cocinas"

En general, esto es un acuerdo, pues la tierra es situada como una posibilidad de movilidad en las escalas de valoración social, al habilitar la participación en los escenarios político-organizativos locales. En la medida en que los *neitos* se van vinculando a estos espacios, relevan, o por lo menos reducen, el tiempo destinado para el trabajo doméstico. Si bien sus valoraciones sobre el trabajo se transforman a medida que empiezan a incidir comunitariamente, con frecuencia realizan comparaciones entre los trabajos en la finca y en la casa, al requerir herramientas, habilidades y esfuerzos para llevarlos a cabo. Esto pone en evidencia que público y privado no son una oposición en sí misma, sin embargo, a medida que los varones son vistos y tratados como tal, destinan gran parte de sus esfuerzos a la adquisición de las tierras para la comercialización de café y otros productos de pancoger como yuca, maíz, cacao, chontaduros y plátano.

La disposición para el trabajo agrícola acompaña otras pruebas que deben sortear en la cotidianidad. Una de las más significativas es la habilidad para coquetear y conseguir una pareja, donde "el combo", es decir, el grupo de pares, pone a prueba las destrezas para cotejar a varias mujeres. Para ello las fiestas y las primeras experiencias en los prostíbulos, ubicados en el pueblo,⁶⁸ juegan un papel fundamental. El sexo casual es considerado como la fuga habitual del

⁶⁸ La bonanza cocalera ha sido determinante en su expansión. Sobre la vía que conecta Las Brisas con el pueblo de Suárez, pueden encontrarse hasta tres "casas de chicas", en las que trabajan mujeres jóvenes entre 18 y 25 años que llegan desde diferentes ciudades del país.

deseo, donde “las chicas” son valoradas moralmente en términos distintos a los de la esposa, quien deberá ser “una buena mujer, seria y responsable”.

En el momento de constituir una pareja, la madre del varón juega un papel fundamental, pues está habilitada para definir quién es una “buena mujer”, caracterizada por ser trabajadora y fértil. De esta manera se fijan una serie de acuerdos: por un lado, el control de la sexualidad femenina se transfiere de la familia consanguínea a los parientes afines; y por el otro, los acuerdos entre las partes exigen al “futuro marido” que sea responsable y trabajador. Cumplir con estos requisitos los habilita a ejercer una sexualidad activa que no está mediada por la fidelidad, de modo que los encuentros con distintas mujeres favorecen el reconocimiento de una masculinidad plenamente heterosexual (Amador *et al* 2020: 29).

A estos requerimientos se suma la paternidad en su horizonte de posibilidades. “Ver la pinta” o “dejar la semilla”, es decir su descendencia, es considerada como la posibilidad de enseñar los valores más deseados de la masculinidad: autoridad, responsabilidad y trabajo. En Las Brisas la incorporación de estos valores no sucede estrictamente en el espacio público, por lo que no se puede hablar de forma tajante sobre la división sexual del trabajo dado el patrón masculino de poblamiento. Es así que desde pequeños los *neitos* acompañan las labores del cuidado doméstico al tiempo que realizan diversas actividades en la siembra, abono o cosecha del café, especialmente durante las vacaciones escolares cuando “entran a la montaña” junto a su madre y hermanos.

A medida que van creciendo asumen otras responsabilidades al interior de la economía familiar, lo que hace posible la refrendación de las jerarquías económicas y etáreas que se sostienen en la distribución desigual de las labores del cuidado entre *neitos* y adultos y mayores. El trabajo de la casa es alternado con los *neitos* que conforman la parentela, de ahí que los varones cuando consiguen la tierra o conforman una familia relevan a su descendencia estas funciones. Constituir una familia y socializar a los niños en el trabajo doméstico son dos rasgos fundamentales de la masculinidad al permitir el sostenimiento de la economía cafetera y permitir las estrategias de movilidad entre varones. En esa perspectiva, asumir estas labores no es producto de un cuestionamiento a la distribución sexista sobre la que se reparte el trabajo del cuidado, sino que es parte de la configuración generada por el poblamiento y la consolidación

de la economía local. A continuación, a través de 2 relatos etnográficos, profundizaré en varias de las situaciones que he mencionado hasta aquí:

“Desde pequeño le gustaba ayudar en la cocina”

Tras haber sembrado 500 palos de café en un lote que le fue heredado a su esposo, doña María decidió migrar a Cali. Con el anhelo de terminar la construcción de su casa, se vinculó en el servicio doméstico como interna. Varias de sus primas y hermanas vivían en la ciudad, por lo que fácilmente logró “ubicarse” en casa de una familia blanco-mestiza. El último domingo de cada mes volvía a casa.

Sus dos hijos quedaron al cuidado del padre y de su familia. La red de mujeres fue indispensable para acompañarlos en casa después de salir de la escuela. A uno de ellos “desde pequeño le gustaba ayudar en la cocina”, por lo que ante su ausencia permanecía con su abuela gran parte del día. Prender el fogón, pelar las verduras y poner la olla hacían parte de las actividades que realizaba diariamente. Dos años después de la partida de su madre, empezó a participar en el trabajo agrícola. Desde ese momento alternó las actividades de la casa y la finca.



Imagen 16. “Prender el fogón”

Durante las vacaciones salía temprano en la mañana. Mientras su padre ponía la olla del café, él alimentaba las gallinas y alistaba pala, pica y palín. Después preparaba el desayuno y

organizaba la cocina para el almuerzo. Salvo los fines de semana que bajaba al pueblo con sus abuelos, gran parte de la semana trabajaba y cocinaba para su padre y hermano. Aunque su madre recuerda todos sus esfuerzos por apoyar a su padre, reconoce que en la casa “siempre hace falta una hija mujer”.

“Cuando uno sale es para descansar”

Mientras rozábamos el lote para sembrar yuca, don Moisés detallaba la historia de los primeros varones negros que colonizaron las tierras de Marilópez. Su abuelo, recordaba, le heredó a su padre y desde entonces a toda su descendencia, sin embargo, “esos muchachos ya no quieren nada con la agricultura”, precisó. Su hijo mayor vive en Cali donde trabaja en una empresa de seguridad y el segundo es cortero de caña en Puerto Tejada, mientras que su hija y esposa viven en el pueblo con sus 2 nietas. El acceso a la educación siempre ha sido una prioridad, de ahí que los esfuerzos de la familia se han concentrado en que alguna de ellas culmine la educación escolar para continuar con una carrera técnica o universitaria.

Salvo en la cosecha que recibe el apoyo de gran parte de la familia, durante el resto del año contrata al jornal a alguno de sus vecinos para que lo acompañe en la finca por algunos días. Cuando no es necesario, inicia la jornada de trabajo temprano en la mañana. Se levanta a las 04:00 a.m. y mientras prende el fogón acompaña la madrugada con el sonido estruendoso de la radio. Una hora después sale con el machete al cinto y el fiambre listo para desayunar cuando rayan las primeras luces del día. Gran parte del tiempo lo invierte en el cultivo de café, a excepción de los fines de semana cuando dedica todos sus esfuerzos en el lote donde siembra la yuca.

Al terminar el día vuelve a casa. Las noches son siempre las mismas. En la *ranchería* se reúnen a jugar un partido de fútbol o a conversar. El servicio de energía eléctrica fue instalado hace un par de años, por lo que algunos compraron un televisor en el que se entretienen viendo novelas o encuentros de las grandes ligas deportivas. Generalmente, cada 15 días “sale” al pueblo con una carga de plátano, café molido y chontaduros. Una parte la vende y el resto lo lleva a casa. Durante el fin de semana deja a un lado las actividades del cuidado doméstico, pues “nosotros nos vamos a descansar y el lunes volvemos a voltear para acá”. Mientras permanece

“afuera” es relevado por su esposa, quien realiza el trabajo doméstico que, en Las Brisas, debe realizar en soledad. Cada lunes “entra” nuevamente en la chiva que viene desde Honduras.



Imagen 17. “Limpiar el lote”

Los relatos ponen de manifiesto las situaciones en que los varones asumen el trabajo del cuidado doméstico. El poblamiento y la mano de obra familiar constituyen 2 aristas de interpretación, pues se asocian a las formas de organización local donde hombres y *neitos* son situados en posiciones distintas, lo que hace posible la distinción en las labores que realizan diariamente. En el primer relato, la socialización de los varones en la cocina juega un papel fundamental para que, en ausencia de las mujeres, sean los más jóvenes quienes asuman todas las actividades relacionadas con el cuidado doméstico. Por otro lado, el segundo precisa detalles sobre el proceso de poblamiento y las conexiones entre el pueblo y Las Brisas que sostienen *los hombres solos* que viven, especialmente, en la *ranchería*. Así pues, en seguida profundizaré en las transformaciones que tienen lugar en la cosecha con la presencia de las mujeres y su incidencia en los espacios comunitarios de trabajo.

4.2 “La mujer en la casa es la primera que se levanta y es la última que se acuesta”

Los meses de la cosecha se tornan complejos, especialmente para las mujeres. Durante los meses de marzo, abril y mayo es frecuente encontrar mujeres, niños y niñas en los caminos de herradura, en el río o en la caseta. Ellas retornan acompañadas por sus hijos mayores y otros

familiares que, en calidad de jornaleros, acompañan las extensas jornadas de trabajo. Generalmente deben atender las actividades de la casa y la finca en una jornada de trabajo que inicia a las 04:00 a.m. y se prolonga hasta por 12 horas diarias.

Mientras permanecen en Las Brisas relevan a sus esposos, hijos y nietos de las actividades domésticas, organizando la casa y cocinando para los trabajadores, algunos contratados al jornal y otros como parte de los *convites* o grupos de trabajo que se organizan con familias y amigos cercanos. Al asumir estas actividades aseguran la fuerza de trabajo necesaria para los procesos de beneficio del café, que requieren dedicación intensiva al final de la tarde cuando los granos maduros son llevados en bultos hasta el beneficiadero para ser pelados con la ayuda de la despulpadora. Mientras los varones realizan estas tareas, las mujeres vuelven a la casa para poner la olla sobre el fogón de leña y preparar la comida: agua de panela, sopa, arroz y carne hacen parte de la dieta diaria para recuperar las energías invertidas.

En la *ranchería* la mano de obra también se diversifica, especialmente en grupos de trabajo compuestos por varones de todas las edades que con la primera luz del día salen a trabajar por las empinadas montañas donde se encuentran las fincas cafeteras. Tanto en la parte de arriba como en la *ranchería*, las mujeres se quedan en casa lavando ropa, organizando la cocina después del desayuno y derritiendo panela con agua y limón para hidratar a todo el grupo. Cerca de las 08:00 a.m. toman el coco, la tinaja con agua de panela y el machete para salir a la finca. Las botas de caucho, el sombrero de paja, los pantalones y buzos largos son necesarios ante las altas temperaturas.

Si bien las mujeres trabajan a la par con los hombres entre los surcos, antes del medio día vuelven a casa para preparar el almuerzo. Quiebran las astillas de leña, prenden el fogón, pelan papas, plátanos, adoban la carne, cocinan el arroz y hacen algo para beber. Cuando el café está sobre maduro y las cerezas empiezan a desprenderse del arbusto, optan por preparar el almuerzo junto al desayuno para comerlo bajo la sombra de un árbol en medio de los cafetales. Durante estas jornadas invierten el mismo tiempo que los varones, salvo que aumentan su carga de trabajo con las actividades en la cocina que realizan en la madrugada y al final del día.

Generalmente los fines de semana mientras las mujeres ordenan la casa, limpian la cocina, cuidan la huerta y recogen la leña, los hombres arreglan las tuberías, rozan los

alrededores de la casa, cosechan chontaduros y van a “darle una vuelta” a la finca. El trabajo en la huerta es acompañado por los *neitos*, quienes organizan los enmallados y desyerban las plantas aromáticas, tubérculos y algunos condimentos como cilantro, achiote, ají y pipilongo.⁶⁹

Esto se debe a que desde temprana edad niños y niñas sean socializadas en las actividades del cuidado, de ahí que generalmente acompañen a su madre o abuela en la cocción de los alimentos, alimentación de las gallinas o en la asistencia a parientes enfermos. Cuando los niños empiezan a ir a la finca, se desprenden de forma gradual de la casa mientras que las mujeres incorporan una serie de conocimientos sobre el trabajo doméstico, designado como un espacio predominantemente femenino. En la cosecha es habitual que las niñas aprendan sobre el manejo de las herramientas necesarias para el trabajo agrícola, así como otras actividades relacionadas con la siembra, cosecha y secado del grano de café para su comercialización.



Imagen 18. “La triple jornada”

En los últimos años esto se ha transformado, en cuanto hay una valoración significativa alrededor de la posibilidad de estudiar, desplazarse a las ciudades y establecer vínculos con otras redes que enlazan a las mujeres en circuitos productivos y educativos desligados del trabajo agrícola. Sin embargo, como extensión de los oficios aprendidos durante la infancia, un número significativo se desenvuelve en las actividades del cuidado empleándose en restaurantes como

⁶⁹ Es un arbusto mediado empleado como aromatizante y condimento entre las comunidades negras.

cocineras o en el servicio doméstico bajo precarias condiciones laborales. Un porcentaje reducido ha accedido a la educación superior en institutos técnicos y universidades ubicadas en Santander de Quilichao, donde la oferta educativa se ha ampliado en los últimos años, debido a la creciente demanda de estudiantes del norte del Cauca que, entre otras cosas, no cuentan con un recurso económico para desplazarse hacia Cali o Popayán. Quienes acceden a estos espacios son en gran medida las mujeres que han vivido “afuera”, dado el interés colectivo por acceder a una vía de ascenso social a través de la educación.

Además de los imperativos socio-económicos que estimulan el desplazamiento hacia la ciudad, otro de los factores que detona la migración está relacionado con la violencia doméstica (en toda su complejidad) que viven las mujeres, ejercida por su esposo o por algún pariente cercano, ya sea el padre o un hermano. Varias compañeras mencionaron que, al integrar su fuerza de trabajo a la economía familiar, pocas veces tienen la posibilidad de tener un recurso económico propio que les permita satisfacer sus necesidades. Esto refuerza la sujeción económica al varón y la casa profundizando relaciones desiguales frente al acceso y el uso de la tierra, así como en su participación en escenarios comunitarios.

Por ello, al considerar el trabajo femenino como sostén y apoyo en las actividades productivas del varón, con frecuencia es recurrente escuchar el calificativo de “perezosas” para quienes no “entran” a Las Brisas a asumir las tareas de la casa. Con esto se expresa la invisibilización de las actividades que desarrollan las mujeres que permanecen “afuera”, relacionadas con el cuidado de sus hijos y el trabajo en entables mineros familiares o en pequeñas parcelas agrícolas donde cultivan productos de pancoger que son empleados para el autoconsumo, el intercambio y, en menor medida, la comercialización.

Las relaciones de autoridad ejercidas por los varones, trascienden los vínculos entre las parejas. A menudo los hombres adultos y mayores que disponen de un poder adquisitivo importante, son legitimados para fungir como autoridad resolviendo la realización de las actividades domésticas a los *neitos* y mujeres que hacen parte de su familia extensa. Se observan formas de control desplegadas sobre los cuerpos femeninos y feminizados, al tiempo que pueden rastrearse acciones concretas de resistencia expresadas en las negociaciones al interior de la casa, donde se gestionan paradójicas formas de autoridad, especialmente cuando el padre

abandona el hogar o, en la desvinculación económica de las mujeres a través de las asociaciones productivas, como señalaré en seguida.

Profundizar en el trabajo doméstico y el trabajo de la finca durante la cosecha de café es útil para hacer énfasis en la redistribución de las labores del cuidado que tiene lugar cuando las mujeres retornan asumiendo la sobrecarga de trabajo que requiere este momento de la producción cafetera. Al mismo tiempo, es útil para situar la casa no solo como un espacio de reproducción sino también de producción, en cuanto las mujeres, y en otros momentos los *neitos*, aseguran el sostenimiento de la fuerza de trabajo invertida en las fincas cafeteras, en las jornadas de trabajo colectivo y en los desplazamientos que realizan hombres y mujeres para articularse a las dinámicas político-organizativas de la región.



Imagen 19. "A veces se reparte el trabajo"

4.3 "Nosotras vamos a la finca a trabajar igual igual"

Las exclusiones que han vivido las mujeres en el acceso a la tierra se expresan en la invisibilidad histórica alrededor del sostenimiento de las economías campesinas (Merteens 2018: 75) y en su participación política. En Las Brisas, al igual que en otros contextos rurales, las mujeres han enfrentado obstáculos familiares para acceder a la propiedad sobre la tierra, pues usualmente era concedida a los varones de la familia o a su esposo. A esto se suman las restricciones en los espacios político-organizativos para la toma de decisiones, pues

generalmente asumían las labores del cuidado que requerían los mismos. Ante esta situación, a principios de los 2000 empezaron a reunirse en espacios locales para construir sus iniciativas económicas.

De esta manera iniciaron con los grupos de trabajo organizados entre familiares y comadres, siendo parte de una red de alianza que supera el espacio de la finca al insertarse en redes de afectos y apoyo. Esta dinámica propició su participación en los escenarios de interlocución institucional que hasta entonces habían sido liderados por los varones. Más adelante, como parte de sus esfuerzos por incidir políticamente, en el 2009 constituyeron la Asociación de Mujeres Rurales Cafeteras del municipio de Suárez (ADEMURCA), una propuesta impulsada por el comité departamental, en el marco del Programa de Mujeres Cafeteras que se creó en el 2006 a nivel nacional.⁷⁰

Después, en el 2009 como teníamos café y se veía la necesidad de que cada mujer pudiera sembrar su lote propio, empezamos con una profesora llamada Aracely de [la vereda] Altamira. Ella dijo: "ah, es bueno que nos asociemos y empecemos a trabajar con las mujeres cafeteras". Se empezaron a sembrar de a 500 palos de café cada mujer. Las que ya teníamos más conocimiento de una sembramos 6.000 árboles [...] Y ahora en el 2014 pudimos conformar la asociación con papelería jurídica todas legales, pero desde el 2009 luchando cómo nos organizamos, cómo hacemos, cómo lo otro.⁷¹

Los conocimientos sobre el cultivo del café manifiestan la socialización temprana de algunas mujeres en esta actividad productiva, lo que resultó en una ventaja para la organización y estimuló la vinculación de las mujeres en las cadenas productivas del grano, gestionando el acceso a recursos económicos para la autonomía e independencia de las economías familiares y la participación en los escenarios institucionales. La consolidación de las fincas cafeteras como parte de sus iniciativas locales estimularon el acceso a la tierra, transformando gradualmente las exclusiones sobre la propiedad, tal como señala una líder comunitaria de la Asociación:

⁷⁰ "Mujeres cafeteras, cada vez más empoderadas y participativas". LXXXIII Congreso Nacional de Cafeteros, 2016. Revisar en: https://federaciondecafeteros.org/static/files/Periodico_2016Baja2.pdf.

⁷¹ Entrevista 6. Vereda Las Brisas, 22 de septiembre de 2017.

Las mujeres que hacen parte [de la Asociación] empezaron a través de los técnicos que había que sembrar, empezaron a independizarse del marido con su propia plata en el bolsillo sembrando desde quinientos árboles de café, de ahí en adelante lo que quisiera, lo que se pudiera y siempre impulsado por los técnicos. Hoy con las que están trabajando son porque les ha gustado el desarrollo. Hemos estado en las reuniones y necesitamos tener mejores recursos, mejores ganancias a través del café porque tenemos muchas pérdidas con los intermediarios.⁷²

De esta manera, el proyecto económico derivó en la formación política de las mujeres, quienes identificaron las relaciones desiguales que sostenían con los hombres tanto en la casa como en la finca. Los espacios de formación en trabajo y género adelantados por el comité de cafeteros y las reflexiones generadas durante este proceso, transformaron gradualmente los horarios del trabajo en la finca y fueron el soporte para consolidar una agenda de las mujeres negras que actualmente se articula con los espacios de formación e incidencia política liderados por ACONC a nivel regional.

Estas conexiones de orden regional han estimulado la incorporación de una perspectiva étnico-racial en su trabajo, sugiriendo una ampliación en sus apuestas dentro y fuera del consejo comunitario. En este proceso también se han vinculado ONGs y grupos de académicos que acompañan los procesos productivos de las mujeres a través de la inversión en la infraestructura cafeteros y en la realización de censos socio-productivos que han sido útiles para identificar la situación económica de las mujeres, la propiedad sobre la tierra y los obstáculos que enfrentan al interior del espacio doméstico para el sostenimiento de su actividad productiva. Como parte de este proceso han avanzado en la reasignación de las actividades del cuidado al interior de la casa y por fuera de ella.

4.4 A modo de cierre

Los análisis sobre el cuidado requieren ser contextualmente situados para dar cuenta de quiénes lo ejercen y en qué situaciones lo hacen. Las dinámicas de poblamiento en Las Brisas, como señalé al inicio de esta investigación, son útiles para profundizar en esta reflexión, en

⁷² Entrevista 6. Vereda Las Brisas, 22 de septiembre de 2017.

cuanto el trabajo doméstico es realizado especialmente por hombres en gran parte del año. Esta situación ha generado jerarquías sostenidas en las diferencias generacionales y de clase, puesto que son los *neitos* y hombres jóvenes quienes asumen la limpieza de la casa y la preparación de los alimentos. Como parte de la mano de obra familiar y al no poseer propiedad sobre la tierra, los mayores les asignan las actividades que en otros contextos han sido delegadas a las mujeres.

Sin embargo, durante la época de la cosecha, con la participación de las mujeres en las jornadas de trabajo son relevados de las labores del cuidado, lo que evidencia la redistribución del trabajo como parte de una estrategia de organización local que se generó desde los primeros años de colonización entre los grupos de trabajo conformados por varones negros. Poner en el centro esta reflexión es útil para ampliar la discusión académica sobre el cuidado que autoras como Merteens (2008), Tronto (2018) y Molinier (2018) han propuesto a propósito de las actividades que asumen las mujeres y la sobrecarga que representan. Para ello es útil analizar, desde una perspectiva crítica, el lugar de los varones en el trabajo del cuidado, especialmente cuando las asumen ante la ausencia de las mujeres en gran parte del año. Las zonas de colonización agrícola ilustran las complejidades que encierran los pares de oposición público/privado y masculino/femenino, en tanto son constituidos por fronteras porosas, tal como he mostrado hasta aquí.

Por otro lado, los escenarios de participación política disputados por las mujeres han permitido acceder a lugares de representación política y han sido fructíferos para jalonar la transformación de las relaciones de desigualdad y violencia que viven en los espacios domésticos y comunitarios. No por ello deben desconocerse las brechas que existen entre hombres y mujeres y entre los mismos hombres, de acuerdo a las posiciones de sujeto que los sitúan en lugares diferenciados. En este caso, la relación entre género, generación y clase pone de manifiesto los modos en que se distribuye el cuidado, de quienes cuidan y en qué momento lo hacen, pues al ser parte de una actividad constitutiva de la vida humana puede redistribuirse, cederse y transferirse según la capacidad económica y la posición social como sucede en este contexto. Estas reflexiones son útiles para profundizar en la participación y el trabajo político en el que los varones han avanzado, primero desde la JAC y luego en el consejo comunitario, tal como señalaré en seguida.

5. Disputas políticas por el poder local⁷³

La creación del consejo comunitario Las Brisas en el año 2007 transformó las dinámicas políticas locales al incentivar la reivindicación de una serie de derechos territoriales y culturales, que, por un lado, incentivaron la conformación de un sujeto político asociado a las experiencias político-organizativas de la gente negra y, por el otro, generaron un proceso de diferenciación étnico-racial en el que han intervenido actores nacionales, regionales y locales (Restrepo 2013: 22).

En este capítulo abordo los elementos constitutivos del proceso de identificación étnico-racial en Las Brisas y la construcción de un sujeto político heterogéneo dadas las disputas políticas por el poder local; las agendas étnico-territoriales regionales; la injerencia de actores armados estatales, paraestatales e insurgentes; y la conformación de un escenario político de reivindicación cultural y defensa territorial. Considero que, como parte de una disputa por el poder, situarse en un lugar y hablar desde allí establece una oposición directa con el otro, de ahí que los bordes constitutivos de los lugares de enunciación evidencian las fronteras frágiles en que las identidades son asumidas y asignadas en un arduo proceso de aprendizaje, siendo en el contacto y la interacción donde cobran sentido y se transforman (Hall 2003: 17).

Partiendo de esta premisa profundizaré en los niveles en que se ha incorporado el discurso étnico en la agenda local, puesto que para algunos pobladores los posicionamientos y subjetividades de la etnización continúan siendo distantes. Acudiré entonces a los distintos apelativos (afro, afrodescendiente, negro)⁷⁴ con lo que se autorreconocen mis interlocutores, mostrando su variabilidad de acuerdo a los actores y escenarios donde dialogan y participan. Con esto cuestionaré la lectura esencialista de la etnicidad que sitúa a los sujetos en una relación armónica y estable con su entorno, desconociendo las relaciones que establecen los varones a través de la movilidad a centros urbanos, las formas de ascenso social dadas por el acceso a

⁷³ Es necesario profundizar en la intervención de distintos actores frente al manejo y ejercicio del poder local. La vinculación progresiva de los jóvenes negros en la economía cocalera resulta de especial interés para comprender los modos en que se valora el uso y la tenencia de las tierras. Esto a su vez se conecta con la participación en el consejo comunitario y las transformaciones agenciadas por la presencia de distintos actores armados, especialmente con el incremento de su pie de fuerza militar desde el año 2019. Para este capítulo retomo el concepto de multipolaridad del poder local abordado por Campo (2015; 2018).

⁷⁴ Para profundizar en esta discusión revisar Restrepo (2013).

diferentes capitales y las tensiones que se generan al interior del consejo comunitario en las disputas por el poder local y el reconocimiento étnico-territorial.

Para ello acudiré a los planteamientos de Wade (2000), quien sugiere las posibilidades de hacer una lectura entrecruzada entre raza y etnicidad, pues en el contexto del norte del Cauca, puede observarse su producción simultánea, en cuanto algunos rasgos asociados a la “cultura” son leídos desde las marcaciones raciales que se hacen de los cuerpos. De ahí las posibilidades de acudir a estas dos categorías para poner de manifiesto las desigualdades sociales y las distinciones que cotidianamente acentúan las relaciones raciales y de discriminación (Gil 2010: 194).

Considero la noción de raza como un concepto histórico (Restrepo y Arias 2010: 53) que es útil para la comprensión de la discriminación y desigualdad, al tiempo que vislumbra las identidades políticas construidas a partir de una trayectoria compartida entre diferentes sujetos. En ese orden, lo étnico-racial emerge como un concepto contextual e históricamente situado que es útil para analizar los modos en que son marcados los cuerpos racializados, las estrategias que deslegitiman sus formas de concebir lo político y la reducción sobre sus mecanismos de resistencia.

Así pues, inicialmente realizaré un acercamiento a las experiencias organizativas de la gente negra en el norte del Cauca, evidenciando que el consejo comunitario no ha existido siempre. En segundo lugar, reflexionaré sobre el lugar de la figura político-administrativa de consejo comunitario: los acuerdos en los que cobra sentido, las negociaciones dadas por el acceso a recursos del estado y la protección del territorio. Esto dará paso a la reflexión sobre el convulso escenario actual, donde las propuestas regionales de paz se ven enfrentadas con la incursión de nuevos actores armados y económicos. Finalmente, a partir de la caracterización de las diferentes estructuras de poder que inciden en lo local, mostraré los actores que disputan el manejo y control territorial, transformando las estrategias político-organizativas en Las Brisas.

5.1 “El consejo comunitario no ha existido siempre”

Los relatos sobre la etnicidad se producen en coordenadas geopolíticas concretas y en condiciones históricas específicas, de ahí que no se pueden reducir las trayectorias organizativas de la gente negra a la consolidación de los consejos comunitarios, pues diversas estrategias de gestión política y económica precedieron esta figura. Una de las formas asociativas más relevantes para pensar los mecanismos de despojo y resistencia en la zona plana del norte del Cauca son las juntas de negros o grupos de defensa, que se crearon en 1915 como respuesta a los altos costos de arrendamiento impuestos por los terratenientes a los terrazgueros (Mina 1975: 89).

Posteriormente, por dirección de los hombres mayores aparecieron las juntas de padres de familia, que fueron conformadas como mecanismos de organización política a nivel local para la resolución de conflictos, la realización de fiestas y festividades, así como el nombramiento de docentes. En este contexto, el gobierno nacional creó las Juntas de Acción Comunal (JAC) como expresión del estado en lo local. Las JAC fueron creadas bajo la Ley 19 de 1958 durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo. Inicialmente estuvieron adscritas al Ministerio de Educación, pues sus funciones se ligaban a asuntos de infraestructura y al desarrollo educativo en barrios y veredas. En los años sesenta pasaron a ser parte del Ministerio de Gobierno constituyéndose en organizaciones cívicas, lo que indujo un carácter más político y menos educativo (Ararat, *et al*, 2013: 253).

En 1981 emergió el Movimiento Cívico Popular Norte Caucaño (MCPN), como una organización independiente de los partidos políticos tradicionales, donde confluyeron los comités cívicos de Santander de Quilichao, Villarrica y Puerto Tejada, la Asociación de Destechedos, el Comité Interveredal pro Defensa del Medio Ambiente y el Comité Regional pro Electrificación (Guzmán y Rodríguez 2014: 174). Dos de sus principales aciertos están ligados con la incursión en la política electoral y el rechazo a la exclusión sistemática para las personas negras en el acceso a proyectos de infraestructura, servicios públicos y oportunidades laborales.

En la parte alta de la región en 1986 se realizó la manifestación convocada por la Asociación pro Daminificados por la Represa de La Salvajina (ASOPRODASA), que reunía mineros, estudiantes y campesinos que rechazaron la pérdida de tierras productivas para la

subsistencia. Las exigencias al estado fueron recogidas en el Acta del 86 que se firmó en Cali después de realizada la gran marcha (Ararat *et al*, 2013: 153). La inundación de las fincas fragmentó las relaciones entre las familias negras que se comunicaban por caminos de herradura en los dos costados de la cordillera.

En esa misma década surgen fuertes tensiones a causa del interés de líderes y políticos locales que promovieron la creación del municipio de Suárez para acceder a las transferencias del estado, a los beneficios consignados en el Acta de 86 y a las cifras generadas con la comercialización de oro y café, recursos que garantizaban la sostenibilidad de una figura territorial desvinculada del municipio de Buenos Aires. Pedro Ararat recuerda su participación en la junta pro-municipio, conformada por personas de distintas procedencias políticas que se reunieron para darle fuerza a la propuesta socializando en cada una de las veredas dicho proyecto de ordenamiento territorial.

Como presidente de la JAC, don Pedro además gestionó la construcción de la escuela en la vereda Las Brisas en 1994 con el apoyo de la alcaldía municipal y la Federación, la cual había iniciado trabajo en la zona a través del Comité Departamental de Cafeteros. Como he mencionado antes, los problemas internos que precedieron este momento estuvieron vinculados con la construcción de la escuela en la vereda Santa Bárbara, donde los habitantes asentados en las vegas del río Marilópez, en cabeza de Pedro Ararat y Leonardo Díaz, dos líderes históricos locales, decidieron conformar un comité pro-junta para la creación de la vereda Las Brisas.

Primero hicimos un comité pro-junta en el 92, en agosto del 92 y luego comenzamos a constituir la junta de acción comunal. Conformamos la junta, luego en 1993 creamos la personería jurídica, en el 94 ya nos dieron la resolución y pues allí se conformó, ya quedamos legalmente constituidos y en el mismo año con el Comité de Cafeteros tuvimos la posibilidad de crear una escuela, gracias a dios. En ese mismo año logramos también un objetivo con la CVC de unas ayudas para la comunidad, de los servicios sanitarios, entre otros.⁷⁵

⁷⁵ Entrevista 8. Popayán. 19 de julio de 2019.

Otros proyectos de infraestructura jalonados por la JAC fueron la instalación parcial de la batería sanitaria por Asocaña, la construcción de un ramal de carretera en el año 1998, el funcionamiento del servicio de energía en la parte alta desde el año 2005 y la apertura de caminos de herradura y puentes construidos en jornadas de trabajo comunitario para la conexión de los caminos secundarios y las viviendas que se encuentran dispersas en las dos orillas del río Marilópez.

En el proceso de establecer relación directa con instituciones y gremios económicos, Leonardo Díaz fue designado como coordinador liderando la conformación del comité local de cafeteros, al que se vincularon inicialmente las familias de la parte alta, y unos años después, los cafeteros de la *ranchería*.

También en ese lugar hay unas tierras muy productivas. Nos dimos en la tarea de lograr alianzas entre la misma comunidad, el comité de cafeteros y creamos un grupo de caficultores. Iniciamos nueve, después nos unimos catorce, después pasamos a veintiún caficultores y hoy día tenemos construida 78.8 has de cafetera con cincuenta y dos caficultores y nos ha ido gracias a dios bien.⁷⁶

El comité de gestión promovió el enlace de la economía local con los circuitos regionales de comercialización, al tiempo que intensificó los procesos de tecnificación cafetera, la asistencia técnica del servicio de extensión y la incorporación gradual de saberes y prácticas sobre el café aprendidos en procesos de formación realizados en Popayán con caficultores de todo el departamento del Cauca y en ocasiones, con productores de diferentes regiones del país en Bogotá y el Eje cafetero.

Las transformaciones acontecidas muestran que, con la conformación de la vereda, las relaciones familiares y las alianzas entre los varones mediaron el acceso a los recursos económicos y materiales afianzando el manejo del poder local, ya que solo algunos accedieron directamente a los beneficios de dichas conexiones, mientras que un número significativo vio su participación restringida a la asistencia técnica dada por el comité de cafeteros. Las redes más

⁷⁶ Entrevista 8. Popayán. 19 de julio de 2019.

significativas en términos formativos se afianzaron posteriormente a través del consejo comunitario.

Las variadas estrategias de organización y movilización de las poblaciones negras cuestionan el supuesto de una movilización étnica sostenida en el tiempo, hecho que ha profundizado la invisibilización de otras formas de lucha que no corresponden, en estricto sentido, con las reivindicaciones culturales de hoy. Esto ha soterrado las reivindicaciones de lo negro, como identidad y posición política desde la que actualmente buscan consolidarse agendas antirracistas para generar acciones concretas contra las desigualdades que sostienen el racismo estructural, al acentuar los estereotipos e imágenes de lo negro⁷⁷ que invisibilizan/ocultan la capacidad creación y reinención de prácticas culturales en condiciones y contextos disímiles que dan cuenta de las múltiples agendas movilizadas por las personas con identificaciones sexuales y de género diversas, los procesos de reparación colectiva, las estrategias por la defensa de los territorios ante los intereses económicos transnacionales, la construcción de agendas políticas en conexión con la academia y las apuestas sustanciales desde el activismo.

5.2 “El consejo se creó para la comunidad”

La sanción de la Constitución Política de 1991 vaticinó significativas transformaciones en las dinámicas políticas de las poblaciones negras e indígenas. El reconocimiento de la nación como pluriétnica y multicultural fue un determinante en la valoración de la diferencia cultural y el establecimiento de un conglomerado de leyes y decretos. El Artículo Transitorio 55 que en 1993 devino en la Ley 70 o “Ley de comunidades negras”, dio inicio al proceso de titulación de baldíos en zonas ribereñas rurales ubicadas en los ríos de la cuenca del Pacífico.

Los límites geográficos considerados en la Ley son producto del imaginario académico y político construido sobre las poblaciones negras, que a menudo son pensadas en asentamientos rurales ubicados en las orillas de los ríos, lo que Restrepo (2004a: 35) ha denominado como “pacificalización, ruralización y riocentrismo”, haciendo énfasis en las lecturas esencialistas sobre sus prácticas políticas, económicas y culturales. Al respecto, son relevantes las categorías

⁷⁷ A menudo se han construido imágenes de lo negro relacionadas con una aparente habilidad para el baile, una sexualidad exacerbada y una disposición “natural” para trabajar en condiciones adversas que requieren grandes cantidades fuerza y resistencia (Viveros 2001; 2002).

de invisibilidad y estereotipia planteadas por Friedemann (1984) para llamar la atención sobre los aportes de las poblaciones negras en la conformación del proyecto de estado-nación.

A contrapelo de este relato, en el norte del Cauca los consejos comunitarios fueron constituidos como respuesta a los intereses de los capitales transnacionales, los conflictos territoriales entre afrodescendientes e indígenas, las exigencias al estado para el acceso a los derechos consignados en la Constitución y un sinnúmero de variables que dieron un vuelco trascendental a gran parte de las expresiones organizativas que antecedieron esta figura. Gran parte de los consejos comunitarios no se crearon tras la sanción de la Ley, sin embargo, el primer referente político asociado a esta figura es el consejo comunitario Cerro Teta, constituido en 1995 en el municipio de Buenos Aires, como respuesta al interés del resguardo indígena Las Delicias por expandir su jurisdicción territorial sobre el Cerro Teta (Campo 2018).

Durante los años siguientes las dinámicas de consolidación de una propuesta étnica se incorporaron lentamente, por lo que corregimientos y veredas continuaron trabajando en torno a las JAC. No obstante, el inicio del siglo estuvo marcado por la entrada de nuevos actores que amenazaron directamente las dinámicas de poder local, por lo que varios líderes en compañía de Adelmo Marroquín, la fundación América Siglo XXI-Capítulo Colombia y la alcaldía municipal de Suárez, iniciaron con la creación de varios consejos comunitarios desde el año 2002.

Con la creación del consejo comunitario Las Brisas en el año 2007 la figura de la JAC fue desplazada gradualmente, pues quienes habían asumido el curso de esta figura se vincularon al consejo comunitario, visto ahora como parte de un proceso político que buscaba reafirmar la identidad étnica, exigir al estado la implementación de derechos y consolidar el gobierno propio:

El objetivo del consejo es, como hablamos de un gobierno propio es cuidar y salvar nuestro territorio. O sea que nosotros tenemos un dominio propio y decimos: *“si llega alguien aquí tiene que primero, tenemos que darnos cuenta cuál es el objetivo y que se una a las directrices que tenemos nosotros”*. Por eso se llama gobierno propio, nosotros

mandamos, somos los que decimos se quita o se pone, en cambio con la junta de acción comunal no podemos porque eso ya viene encadenado de la parte gubernamental.⁷⁸

De esta forma el consejo comunitario se ha posicionado simultáneamente como dispositivo para la consecución de recursos del estado y como una figura de autoridad local, desde la cual los líderes y las lideresas que hacen parte de la junta directiva han sido habilitados socialmente para direccionar sus búsquedas políticas y decidir en la asamblea la construcción de una agenda local para el control y la protección territorial, apuestas ancladas con el trabajo de ACONC.

En este proceso se han estimulado los liderazgos políticos y las alianzas con instituciones del estado, gremios económicos, ONGs y universidades de diferentes regiones del país, ampliando el acceso a diplomados, programas de formación técnica agropecuaria, estudios de impacto ambiental y elaboración de planes de buen vivir o etno-desarrollo; así como la participación en escenarios nacionales de las organizaciones sociales y productivas que avanzan en la consolidación de planes estratégicos para la titulación colectiva, la realización de programas de investigación y la ampliación de la frontera agrícola a través de la economía cafetera.

Vincularse a los procesos comunitarios ha ampliado su capital social y simultáneamente el cultural, pues en los últimos años los varones han establecido relaciones con actores externos que los articulan a nuevas redes, accediendo a posibilidades laborales por fuera del trabajo agrícola, en los intercambios regionales y nacionales propiciados por encuentros entre organizaciones, así como la formación en jurisprudencia para comunidades afrodescendientes, historia regional del norte del Cauca y seguridad territorial encabezada en la figura de la guardia cimarrona.

La centralidad del consejo comunitario ha generado tensiones internas, en cuanto algunos briceños se han desvinculado paulatinamente de la política-organizativa local al no encontrar un lugar de representación comunitaria. Los resquebrajamientos internos evidencian que el relato de la etnicidad está conformado simultáneamente por la defensa colectiva del

⁷⁸ Entrevista 9. Popayán. 19 de julio de 2019.

territorio y el interés práctico relacionado con el acceso a beneficios vía el estado. A esto se suman los modos en que se autoidentifican los varones, en cuanto gran parte se reconocen como campesinos negros aludiendo a unas prácticas de uso, estancia y manejo de las tierras ancladas en lo rural. Con ello ponen en evidencia el momento histórico en el que emergió la discusión sobre la etnicidad y su incorporación en las agendas de las comunidades negras.

Las identificaciones étnico-raciales se construyen a través de relaciones y negociaciones que conectan la capacidad de agencia de los varones negros con las apuestas políticas en las que han participado históricamente. Sus trayectorias asociadas al trabajo en la finca, la participación política comunitaria y las temporadas migratorias, ponen de manifiesto una relación móvil de los sujetos con su entorno, experiencias que fracturan el relato común sobre la etnicidad al cuestionar la aparente equivalencia entre identidad y territorio. Lo que vemos es la capacidad de creación de los varones negros en su interacción con actores externos y en la apropiación de un discurso que es transformado en las prácticas políticas que desenvuelven en la ruralidad (Quintero 2010: 81).



Imagen 20. "Los grupos de trabajo"

En Las Brisas las concepciones de territorio superan los límites geográfico-administrativos, pues la movilidad entre el consejo comunitario y Palo Blanco, Honduras y San Joaquín muestran una relación mediada por los lazos familiares y las actividades productivas asociadas a la minería de oro y el café. A esto se suman la vinculación laboral de las mujeres en

las ciudades, donde generalmente asumen oficios del cuidado por largas temporadas y, más recientemente, la participación de hombres y mujeres en espacios de formación política por fuera del consejo comunitario. La movilidad espacial es, por un lado, valorada como un marcador de ascenso social y, por el otro, expresión del acceso a escenarios de interlocución con actores económicos, políticos y académicos que han afianzado el ejercicio del consejo comunitario y diversificado la producción agrícola.⁷⁹

Estos escenarios se han transformado con la llegada de los blanco-mestizos que han disputado un lugar en las dinámicas locales generando cambios sobre el uso y la tenencia de las tierras, así como la incursión cada vez más contundente en el proceso político. Gradualmente legitiman su permanencia a través de la inversión en proyectos de infraestructura comunitaria y la participación en escenarios de discusión local donde van incorporando sus intereses por medio de necesidades básicas satisfechas relacionadas con el mejoramiento de las vías y la instalación del servicio de energía en la *ranchería*. La inserción de la economía cocalera y su expansión reciente en las tierras que son parte del consejo comunitario ha generado una nueva dinámica entre los locales y los foráneos, al deslindarse cada vez más de la oposición, tal como lo he planteado en el segundo capítulo de esta investigación.

A causa de la desvinculación progresiva del trabajo agrícola y la venta de tierras a los finqueros, varios briceños aseguraron que desde el 2017 el número de cultivos ha crecido en más del 50%, transformando radicalmente la vocación de los suelos que se encuentran tanto en las laderas de las montañas como en las vegas del río. Esto se ha acelerado con el envejecimiento progresivo de la población local y la ausente mano de obra para el relevo generacional; además, se vincula con la movilidad laboral que experimentan los varones al insertarse en ciudades y pequeños poblados en trabajos informales e inestables.

⁷⁹ El consejo comunitario y la JAC favorecieron el acceso a proyectos productivos, espacios de formación y redes con actores externos dinamizando la participación política en Las Brisas a nivel local y regional. Esto ha garantizado el acceso a beneficios colectivos a través de proyectos con la Cumbre Agraria que dotó a un número importante de familias con la infraestructura cafetera (despulpadora eléctrica, parabólico); con Asofroyage, la Asociación de Productores de Yolombó y Gelima que entregó a algunas familias proyectos productivos de piña oromiel y cacao; y con Vallenpaz, la corporación que recoge a varias organizaciones del suroccidente del país a través de propuestas de desarrollo económico en poblaciones afectadas por el conflicto armado.

Otro elemento asociado al crecimiento exponencial de los cultivos de coca estuvo ligado al proceso de desmovilización que inició la guerrilla de las FARC-EP con la firma del Acuerdo de Paz en noviembre de 2016, momento en que nuevos actores armados emergieron en el escenario local disputándose las rentas generadas por el narcotráfico e incentivando entre las poblaciones campesinas, negras e indígenas del corregimiento La Betulia la masificación de los cultivos, sostenida por la creciente demanda de pasta de cocaína para la comercialización, en mercados nacionales e internacionales.

La apuesta por consolidar el gobierno propio se enfrenta a retos de distinto orden. En primer lugar, la capacidad de convocatoria del consejo comunitario es débil, en cuanto la reflexión política sobre su pertinencia continúa situándose en el orden discursivo, salvo para quienes hacen parte de la junta directiva y se han preparado para iniciar el proceso de titulación colectiva. En general, hay una desconfianza sostenida frente al manejo de los recursos comunitarios, pues la JAC generó una dinámica política con el estado determinada por el acceso a recursos y proyectos. Pese a los esfuerzos por socializar los alcances y posibilidades del consejo comunitario, la reivindicación étnica no ha tomado un lugar preponderante dado que la dinámica política de los varones negros se nutre también con las agendas productivas promovidas por el comité de cafeteros y el acceso a proyectos productivos para la diversificación económica.

La participación de los foráneos blanco-mestizos y su inversión financiera en la infraestructura local les ha dado un lugar en el relato político local, por tanto, en el relato mismo de la etnicidad. La oposición generada inicialmente se fue diluyendo con el debilitamiento progresivo de las economías locales y la creciente demanda internacional que incrementa los precios de cosecha y transformación de la hoja de coca. La presencia de actores armados y su ejercicio en el control social ha disputado el poder local con el consejo comunitario en general y la guardia cimarrona en particular, por lo que no puede entenderse el proyecto político étnico por fuera de estas relaciones. Los obstáculos para la consolidación de la autoridad étnica afrodescendiente son, entonces, parte de las negociaciones que deben considerarse hacia adentro y hacia afuera, pues la producción de la diferencia étnica pasa necesariamente por la interacción (Restrepo 2004b: 230).

Al respecto, puede rastrearse una distinción entre “los de arriba” y los de la *ranchería*, puesto que los primeros al liderar el proceso político han establecido diálogos con distintos actores que promueven la construcción de agendas políticas para la reivindicación de los derechos culturales y territoriales. En oposición, generalmente “los de abajo”, se leen a sí mismos como campesinos negros, asociando una actividad económica concreta y una expresión organizativa que no apela a la diferencia cultural, es decir, a través de la JAC.

Sin embargo, frente a los escenarios de conflicto los mayores y el representante legal del consejo comunitario asumen funciones como mediadores, en tanto se espera que actúen con tenacidad y firmeza para resolverlos, demostrando la capacidad de mitigar cualquier inconveniente. Actualmente el reglamento interno ha servido como la hoja de ruta para la negociación de los conflictos generados por los linderos, el manejo de los recursos, la venta de tierras a foráneos y otros conflictos familiares. En estos escenarios la masculinidad del líder se refuerza en los acuerdos que pactan cotidianamente, por lo que los lugares de reconocimiento comunitario son garantía para el acceso a los capitales locales que son disputados al interior del consejo comunitario y por fuera de él.

La sanción de la Constitución y el escenario político propiciado por el multiculturalismo ha estimulado la sustitución de la JAC por el consejo comunitario, aun cuando gran parte del acceso a los recursos del estado sean garantizados a través la Junta. No obstante, las agendas territoriales para la titulación colectiva son jalonadas desde una apuesta étnica para el blindaje de los predios ante los intereses de los actores armados, las transnacionales y los cocaleros.. Si bien la relación de complementariedad ha equilibrado los disensos a nivel local, “los de arriba” han decidido posicionar el consejo comunitario como organismo de control territorial y autoridad local, de este modo sus esfuerzos están orientados a la titulación colectiva y la interlocución con la administración municipal, las instituciones del estado y las organizaciones indígenas y campesinas de la zona.

5.3 Propuestas para la construcción de paz

El proceso de negociación con las FARC-EP y la firma del Acuerdo de paz en noviembre de 2016 generó en la región un aparente escenario de tranquilidad. Después de varias décadas

de haber sido la retaguardia del conflicto armado en el país, los líderes y las organizaciones sociales apostaron por la construcción de territorios de paz. Bastaron pocos meses para volver a escuchar los ruidos generados por el impacto de las balas, los panfletos amenazantes firmados por variados actores armados y los secretos a voces que advertían el retorno de grupos paramilitares, la aparición de las disidencias de las FARC y de otros actores armados no identificados que comenzaron a resguardar los intereses de narcotraficantes y pequeños agricultores de coca y marihuana que se extienden por los costados de las cordilleras Central y Occidental.

El recrudecimiento de las acciones armadas con el amparo de las fuerzas militares del estado recordó a cientos de personas los momentos de angustia y la incertidumbre generada por el desplazamiento. En Las Brisas, la memoria evocó los enfrentamientos entre la guerrilla de las FARC-EP y el Ejército Nacional durante el 2013; también, situó la mirada en la entrada del Bloque Calima, que a inicios del siglo socavó gran parte de las relaciones sociales entre los locales.



Imagen 21. "Las fugas"

Ante la inminente persistencia de la guerra, la junta directiva del consejo comunitario, en cabeza del representante legal, impulsó una serie de estrategias para la construcción de territorios paz. La consolidación de espacios de encuentro con campesinos e indígenas tomó forma bajo los encuentros interétnicos e interculturales organizados anualmente; también se

fortalecieron las estrategias de seguridad territorial con la creación de la guardia cimarrona; y la vinculación a espacios regionales de formación política iniciados por ACONC. En seguida realizaré algunas descripciones sobre mi participación en estos espacios, enfatizando los escenarios y prácticas que los dotan de sentido.

El Encuentro Interétnico e Intercultural⁸⁰

Según me cuentan, desde el año 2014 durante la temporada de verano se realiza en Las Brisas el Encuentro Interétnico e Intercultural, creado como un espacio de intercambio para afianzar las relaciones con indígenas y campesinos, apostándole a la creación de una agenda de paz conjunta que considere las diversas perspectivas de construcción territorial, así como los aciertos y contradicciones que surgen al interior de cada organización.

Con varios meses de anticipación quienes lideran el consejo comunitario inician la ardua tarea de gestionar recursos, cuadrar detalles logísticos, conformar equipos de trabajo y realizar las invitaciones a los 43 consejos comunitarios que son parte de ACONC, a los cabildos de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN) y a las organizaciones campesinas que hacen presencia en la región.

El comité logístico gestiona recursos durante varios días en Popayán y en Bogotá, recurriendo a las redes de alianza externa que se han constituido en el trabajo político durante los últimos años. Las formas de capital social apuntaladas en los procesos de formación han abierto las puertas para acceder a beneficios económicos que cada año le dan continuidad al Encuentro. A esto se suman las relaciones de solidaridad entre las familias, quienes participan en las jornadas de trabajo para la construcción de sillas, mesas y carpas donde se llevan a cabo las actividades artísticas y musicales.

Las mujeres mayores y jóvenes a menudo se encargan de la comida, fritan las rellenas y los chorizos, adoban las carnes, venden jugos frutales, arroz con leche, pasteles de chontaduro, zapallo y piña y platos de sancocho que preparan en fondos de cobre. Los espacios dispuestos para las ventas son organizados al costado derecho de la caseta en puestos separados por listones

⁸⁰ Los eventos han sido realizados en 2014, 2016, 2017, 2018, 2019 y 2021. El Encuentro del 2020 fue aplazado dada la contingencia generada por el Covid-19.

de madera. Cada uno es especialmente decorado con luces, coloridos carteles y una amplia oferta de alimentos expuestos en vitrinas de vidrio y mesas de madera.

Algunos varones preparan bebidas artesanales a base de viche⁸¹ y un sinnúmero de plantas aromáticas que han dado nombre a la apetecida botella de las *70 plantas*. Otro grupo importante, pocos días antes, seleccionan las guaduas y las transportan por el río hasta la cancha de fútbol. Dos o tres hombres sacan la carga del agua y la secan antes de construir la tarima dispuesta para las presentaciones musicales, las muestras de esgrima⁸² y las intervenciones que son realizadas durante las noches del Encuentro.

Al coincidir con un día festivo, es habitual que las mujeres que viven en Cali y Santander de Quilichao asistan el evento, considerado ya, como un espacio de encuentro. Los hondureños que viven en la *ranchería* generalmente no participan en la organización previa ni en su realización. Algunos de ellos se han ausentado por las tensiones con el consejo comunitario y otros, por sus creencias religiosas se abstienen de hacerlo, salvo algunos de ellos, quienes durante los días previos al evento participan en el transporte de las bancas y sillas que son alquiladas en Playa Rica, limpian la cancha con machetes e instalan las carpas sobre las bases de guadua anudadas con tornillos y cuerdas.

Con los equipos conformados, el primer día del evento cada uno sabe la posición que debe ocupar y las tareas que debe asumir, ya que desde las primeras horas de la mañana arriban chivas, motos y carros con procedencias diversas. Se empiezan a observar las banderas rojo y verde que identifican a los cabildos indígenas del Cauca, los rostros conocidos en los torneos relámpago de fútbol y las sonrisas amables de quienes llegan hasta Las Brisas para disfrutar del ambiente festivo.

Después del medio día el número de asistentes puede ascender a cuatrocientos. El almuerzo es servido por las mujeres que cocinan desde la madrugada. Mientras tanto, los hombres organizan el espacio donde se realiza el encuentro intergeneracional de delegados, en el que participa un representante por cabildo, consejo comunitario y organización campesina

⁸¹ El viche es una bebida artesanal destilada de jugo de caña. Históricamente ha sido elaborada por las poblaciones negras del Pacífico colombiano y los valles interandinos del suroccidente del país.

⁸² Es una técnica de defensa personal practicada desde hace varios siglos por las poblaciones negras del norte del Cauca.

con el fin de compartir las experiencias en la construcción de agendas de paz desde lo local. En la mayor parte de los casos, estos espacios son ocupados por los varones que asumen puestos de representación y adquieren lugares visibles para hablar en los escenarios públicos sobre territorio, seguridad territorial y planes de buen vivir o etno-desarrollo.

Este espacio se cierra con la conformación de grupos de trabajo mixtos para darle continuidad a las agendas de paz en los territorios, teniendo en cuenta los ritmos de trabajo y las dinámicas de cada organización. De este modo, en momentos de crisis o ante la presencia de algún actor armado, los canales de comunicación se activan informando en cada sector los hechos ocurridos. A estas formas de control territorial se han sumado los retenes organizados por la guardia cimarrona e indígena y los espacios de encuentro informal que renuevan los espacios interétnicos.

En los días posteriores se organizan torneos de fútbol masculino y femenino; paseos al río Marilópez; presentaciones de danzas acompañados por agrupaciones de música de fuga como Caña Brava, Remolinos de Ovejas y Puma Blanca; así como demostraciones de esgrima que cuentan con la participación especial de los macheteros de los consejos comunitarios de Pureto y La Meseta. Estos conocimientos se han incorporado en la formación de la guardia, desplegándose como una estrategia para la defensa personal.

Al caer la noche la caseta se convierte en un espacio para la fiesta. Los foráneos llegan en grandes grupos desde la *ranchería* y las veredas cercanas. El ambiente se torna festivo al compás de los ritmos de la salsa, la tecnocumbia, la bachata y el merengue, los cuales acompañan toda la noche el movimiento acelerado de los cuerpos. En la fiesta todos comparten algunos tragos y conversan con tranquilidad.

Cuando se abre el circo para dar inicio al desafío gallístico, los varones y algunas caponeras,⁸³ se disponen en torno al círculo de madera construido al margen izquierdo de la caseta para iniciar con las apuestas o gabelas. Mientras se lleva a cabo la primera pelea, los gallos son empiojados, entrenados y alentados antes de entrar a la gran batalla. Los gritos y silbidos no se hacen esperar a la embestida inicial de alguno de los 2 animales. Los varones

⁸³ Se refiere a las mujeres que se dedica a la crianza y el juego de gallos.

empiezan a subir las apuestas y cada minuto que pasa pone en evidencia que su honor también está puesto en juego.



Imagen 22. “Los gallos no pueden faltar”

El Encuentro y las actividades que se realizan durante los 3 días reafirman la pertenencia étnica y estimulan la visibilidad de los varones en los espacios políticos y culturales en los que participan. En este escenario la diferencia étnica se reafirma en las relaciones con los otros, en un proceso de demostración de la masculinidad y la construcción territorial diferenciada entre negros, indígenas y campesinos. Las alianzas generadas en este espacio han afianzado la articulación en las jornadas de movilización, los espacios de interlocución con el estado y la respuesta conjunta frente a la presencia militar de todos los bandos, es decir, actualiza en lo local el espacio interétnico e intercultural.

La guardia cimarrona

La desmovilización de las FARC-EP y el despeje de las zonas que durante varias décadas estuvieron en disputa política, económica y social, ha generado fuertes reestructuraciones a nivel regional en cuanto diversos actores armados buscan controlar los recursos y los circuitos económicos ligados al narcotráfico. Ante la necesidad de fortalecer las estrategias de seguridad territorial y los mecanismos de protección y autoprotección se consolidó la figura de la guardia

cimarrona. Si bien las guardias en el norte del Cauca fueron creadas antes de esta coyuntura, en gran parte de los consejos comunitarios sus funciones fueron restringidas, pues no existía un grupo de personas que asumiera de forma sostenida sus funciones.⁸⁴

Su antecedente más importante es el Primer Congreso Nacional del Pueblo Negro, Afrocolombiano, Raizal y Palenquero que se llevó a cabo en Quibdó (Chocó), entre el 23 y el 27 de agosto de 2013.⁸⁵ En ese espacio se consolidó la propuesta de crear las guardias como figuras de protección territorial, siguiendo la experiencia pionera de San Basilio de Palenque donde se conformó en el año 2005.

Tras finalizar el encuentro, varios líderes de la región incentivaron la creación de las guardias en los diferentes consejos comunitarios. Inicialmente realizaron talleres de formación política acompañados por los guardias de San Basilio y la guardia indígena del CRIC, que contaba con una amplia trayectoria política y social, tras haberse conformado oficialmente en la vereda El Tierrero, resguardo de Huellas en el año 2001 (Rojas y Useche 2019).

Uno de los primeros retos que enfrentó la guardia cimarrona fue el acompañamiento en noviembre del 2014 a más de sesenta mujeres que se desplazaron desde el norte del Cauca hacia Bogotá en la “Marcha de los Turbantes” o “Movilización de Mujeres Afrodescendientes por el Cuidado de la Vida y los Territorios Ancestrales”, la cual tenía por objetivo exigir al gobierno central la detención de las concesiones mineras dadas a multinacionales, pues no se había garantizado el derecho a la consulta previa, libre e informada como grupo étnico. Este hecho ratificó la fuerza del movimiento negro del norte del Cauca, pues desde ese momento se reanimaron las propuestas de seguridad territorial a través de escuelas de formación política gestionadas por ACONC en conjunto con organizaciones no gubernamentales y universidades que diseñaron planes estratégicos y programas de investigación para el fortalecimiento de la justicia y el gobierno propio.

Si bien en muchos escenarios la guardia ha sido concebida como un espacio masculino, desde sus inicios las mujeres negras tuvieron un lugar importante en su conformación. Esto se

⁸⁴ Como estrategia de protección territorial de las comunidades negras en el norte del Cauca, pueden rastrearse los comités de derechos humanos que siguieron de cerca las asonadas de paramilitares y guerrilleros desde inicios del siglo.

⁸⁵ Los desafíos de la guardia cimarrona. Verdad Abierta. 14 de julio de 2015.

debe a las luchas libradas por las mujeres negras en defensa de la vida y los territorios, como es el caso emblemático de la activista y lideresa Francia Márquez Mina. Las apuestas políticas de las mujeres y su trabajo en conjunto con los varones, ha permitido que este espacio se haya orientado por la interlocución entre varones y mujeres y entre mayores y jóvenes.

En el Plan de Etnodesarrollo del Norte del Cauca 2015-2035 la guardia cimarrona del norte del Cauca Kekelo Ri Tielo Prieto aparece vinculada al plan estratégico de “Gobierno, gobernanza y control social”, a través del objetivo “implementar las acciones necesarias para ejercer vigilancia y control social dentro del territorio” (ACONC 2015: 59), a partir de formación en esgrima y jurisprudencia, lo que abre la posibilidad de concertar a nivel nacional una ley que respalde y reconozca el ejercicio autónomo de las guardias como estructuras de control social en los territorios de las poblaciones negras.⁸⁶



Imagen 23. “Kekelo Ri Tielo Prieto”

En este proceso se han realizado espacios autónomos de formación deslindados de la disciplina castrense al incorporar las técnicas y los conocimientos de la esgrima. De este modo, la guardia cimarrona ha avanzado con el control territorial favoreciendo la consolidación del

⁸⁶ Vinculado a esto las guardias cimarronas han fortalecido procesos de identidad visual a través del uso de distintivos como chalecos, pañoletas y bastones de mando que son acompañados por cintillas de colores amarillo, verde y rojo.

consejo comunitario como autoridad local y, al mismo, desplegándose como un escenario en que los varones reafirman los mecanismos de cuidado colectivo y familiar.

5.4. A modo de cierre

Al pensar en el funcionamiento de las estrategias de poder en lo local, varios son los actores internos y externos que inciden en la construcción de las masculinidades locales, especialmente en lo vinculado con la participación y la organización política. En primer lugar, aparece la presencia del estado a través de la junta de acción comunal y, recientemente, el consejo comunitario, dos figuras por medio de las que se llevan a cabo programas del gobierno central, proyectos de la administración municipal e intervenciones sobre la infraestructura y la instalación de servicios públicos, como por ejemplo, la obra que está llevando a cabo CELSIA-EPISA bajo la modalidad de obras por impuestos, con el objetivo pavimentar la vía que conecta la cabecera municipal con el corregimiento La Betulia.⁸⁷

La presencia estatal se expresa en la formulación e implementación de proyectos económicos y de infraestructura por medio de programas nacionales que llevan a cabo los diferentes ministerios, secretarías municipales y recientemente, el aparato institucional que emergió tras la firma del Acuerdo de paz. A esto se suma la presencia del Ejército Nacional que en los últimos meses se ha enfrentado con los actores armados y los grupos cocaleros que se han organizado contra la destrucción de los *chongos* o cocinas donde es transformada la hoja de coca.

En este contexto se ha intensificado la presencia de la Defensoría del Pueblo, especialmente en casos relacionados con desplazamiento interno, atención de alertas tempranas y el seguimiento a los asesinatos de líderes sociales, tal como sucedió el 17 de julio de 2018 cuando fue encontrado sin vida Ibes Trujillo, líder social afro de Marcha Patriótica, PUPSOC y el Consejo Comunitario Río Timba, tras ser arrojado en las aguas del río Marilópez.⁸⁸

⁸⁷ El proceso es coordinado Proyectos de Inversión ZOMAC (Zonas Más Afectadas por el Conflicto), bajo la dirección de la Agencia de Renovación del Territorio (ART) en las zonas afectadas por el conflicto armado.

⁸⁸ Se confirma la muerte de Ibes Trujillo, líder social en Cauca. El Espectador-Colombia 2020. 17 de julio de 2018.

En segundo lugar, aparecen los organismos multilaterales, ONGs, organizaciones étnicas y universidades nacionales y regionales que avanza en la conformación de proyectos e iniciativas locales para la defensa de los territorios, la construcción del Plan del Buen Vivir (Caicedo 2018) y proyectos de investigación, así como espacios de formación en historia regional, derechos étnicos y organizaciones étnico-territoriales, los cuales han formado un número importante de varones y mujeres para la construcción de escenarios interétnicos.

En tercer lugar, la Federación Nacional de Cafeteros (con su expresión departamental a través del Comité), ha propiciado los procesos de tecnificación de la maquinaria cafetera, cambios en las variedades del grano, servicio de extensión agropecuario, formación de liderazgos y la constitución de la Asociación de Mujeres Rurales Cafeteras. La asistencia técnica agrícola y la transformación del paisaje cafetero ha incorporado conocimientos locales para la producción de café, dándole un espacio importante en la economía local.



Imagen 24. "La tecnificación"

En cuarto lugar está la intervención de los grupos armados al margen de la ley, principalmente con la presencia y el control social que durante varias décadas ejerció la guerrilla de las FARC-EP y, posteriormente, con los reacomodos dados por la dejación de armas de este grupo guerrillero, se fortalecieron otras expresiones armadas, especialmente la Columna Móvil

Jaime Martínez del Comando Coordinador de Occidente.⁸⁹ De acuerdo a sus operaciones militares su radio de acción se ha concentrado en la cordillera Occidental, en los municipios de Cajibío, Morales, Suárez, Buenos Aires, Santander de Quilichao y la costa Pacífica caucana donde participan de las rentas asociadas a la minería de oro y la economía cocalera. Durante el año 2021 se registró su expansión hacia los municipios de Timbío, Sotará y Rosas.

El crecimiento exponencial de los cultivos de coca desde hace por lo menos una década está relacionado con la llegada desde el sur del país de familias blanco-mestizas, quienes accedieron a las tierras a través del arriendo y la compra para trabajarlas. La economía de la coca no solo ha sido el combustible para la continuidad de la guerra, sino que ha generado tensiones en las formas de organización local, pues los cocaleros gradualmente han legitimado su capital económico transformando las concepciones sobre la mano de obra local y familiar al incrementar los precios de jornal e incentivar la vinculación de familias negras en esta economía. En su mayoría los varones jóvenes han ingresado a este circuito accediendo a un capital económico que les brinda mayores posibilidades para el desplazamiento hacia centros urbanos, facilidades para diversificar los espacios de socialización y vías para la compra de armas de fuego que les brindan seguridad tanto individual como colectiva.

En ese sentido, las relaciones entre los diferentes actores evidencian las redes de poder que se expresan más allá del alcance del estado, de ahí que la categoría de multipolaridad del poder local planteada por Campo (2015; 2018) me permite entender las renovadas estrategias de control estatal que se generaron con la sanción de la Constitución de 1991, sin embargo, es limitada en cuanto pone en un lugar secundario la participación actores no estatales que inciden en la transformación de las relaciones de poder, al gestionar recursos económicos y culturales que permiten acceder a nuevos escenarios e interlocutores.

Las redes entre los actores son fragmentadas, al estar conformadas por actores que se oponen y, simultáneamente, se complementan en tensas negociaciones que dejan al descubierto la inserción de los capitales legales e ilegales, las redes con actores nacionales, la incorporación progresiva de nuevos actores armados y las diferencias entre los varones por el acceso a los

⁸⁹ Suárez, Cauca: la punta del iceberg. Fundación Ideas para la Paz. 12 de enero de 2018; Reacomodo de grupos armados ilegales impacta con fuerza a Cauca. Verdad Abierta. 10 de abril de 2018; Zozobra en Naya y Suárez por 'narcos' y otros hombres armados ilegales. El Tiempo. 14 de octubre de 2018.

escenarios de representación que históricamente han sido liderados por varones adultos, ya que poseen considerables porciones de tierra, manejan las economías familiares cafeteras y cuentan con el reconocimiento comunitario como figuras de autoridad lo que les brinda la posibilidad de ocupar posiciones de privilegio en la estructura de poder local.

Pese a que estos espacios generalmente han sido asumidos por hombres, la puesta en marcha del programa de Mujeres Cafeteras de la Federación Nacional de Cafeteros y su apuesta municipal cristalizada bajo la Asociación de Mujeres Rurales Cafeteras del municipio de Suárez (ADEMURCA), ha transformando los discursos en torno a la participación política de las mujeres, aun cuando en otros espacios como la finca y la casa, continúen asumiendo oficios en evidentes condiciones de desigualdad. Vale la pena problematizar el lugar que ocupa la emergencia del enfoque de género en las agendas de organizaciones políticas, porque en algunas ocasiones se ha banalizado la participación activa de las mujeres al restringirla a un porcentaje cuantitativo, canalizando sus liderazgos y propuestas.

Por otro lado, la construcción del sujeto político “afro”, como he mostrado a lo largo de este capítulo, responde a las exigencias de las organizaciones étnicas, que han abierto la posibilidad de la reivindicación histórica, la implementación de estrategias para la titulación colectiva, el reconocimiento de un legado cultural y el acceso a recursos del estado a través de los programas para comunidades negras. No obstante, las estructuras de poder local no se reemplazan, sino que se superponen en un conjunto de intereses, así:

[...] el vicepresidente de la junta de acción comunal, hace parte de la directiva del consejo comunitario, o sea que eso es una sola... casi como... son dos nombres diferentes pero tienen la misma función. Junta y consejo tienen la misma función. [...] De pronto por lo que se creó el consejo [fue] porque había mucha vinculación de la gente negra y lo otro es que el consejo tiene como un dominio propio y la junta de acción comunal es como un vínculo que hay entre la parte gubernamental del municipio. La rama más alta es el vínculo del presidente, la baja es la gobernación, tercera alcalde municipal y la última parte es la gobernabilidad, sería la junta de acción comunal, por eso existen las

dos. Pa' poder tener alianza con todo, con todos los aspectos, con la gobernabilidad y el gobierno propio.⁹⁰

Evidentemente el alcance institucional de la JAC entra en diálogo directo con las posibilidades jurídicas del consejo comunitario, de ahí que más allá de una aparente oposición, las dos estructuras se complementan como fuerzas importantes para el diálogo directo con los actores mencionados antes, generándose mecanismos y estrategias puntuales con cada una de ellas.⁹¹

Aunque el consejo comunitario es nombrado como el lugar desde el que se cimenta una identidad étnica apelando a la ancestralidad, la identidad y la tradición, la evidencia etnográfica muestra que los discursos sobre la etnicidad actúan en diversas escalas y con distinta intensidad, de ahí que sea un proceso que ha calado con distintas profundidades en Las Brisas, puesto que responde en gran parte a las posibilidades de acceso a mejores condiciones de bienestar, despojándolo de sus posibilidades políticas para la reivindicación. En ese sentido, el reto está en reconocer las formas de organización local que se refrendan con el trabajo colectivo en las fincas y sobre la vía, así como los grupos comunitarios que agilizan la consecución de recursos y la protección territorial, por medio de los gremios económicos, actores institucionales, ONG y plataformas organizativas que dinamizan los sentidos políticos alrededor de la permanencia y las reivindicaciones del pueblo negro del norte del Cauca.

⁹⁰ Entrevista 8. Popayán. 19 de julio de 2019.

⁹¹ Tras la toma de las instalaciones del INCODER en el año 2013 el Consejo Comunitario Las Brisas recibió la titulación de una finca ubicada en la vereda Come Dulce, Consejo Comunitario Bella Vista.

Consideraciones finales

Profundizar en el carácter performativo de las masculinidades requiere un ejercicio de indagación que examine sus formas en contextos situados e históricamente producidos. En esta investigación profundicé en los sentidos que los varones negros asocian a sus experiencias vitales para ser vistos y tratados como hombres, en tanto desde temprana edad debe sortear distintos retos asociados con el trabajo en las fincas cafeteras, “responder” con la economía familiar y asumir con responsabilidad los oficios de los espacios doméstico y comunitario, dado que la colonización de tierras ha sido considerada como una actividad masculina.

Las fronteras porosas que constituyen el par público/privado en este contexto requieren especial atención, pues no pueden definirse en un sentido de oposición sino de complementariedad, en cuanto a medida que los varones van “haciéndose la finca o consiguiendo el plante pa’l lote” se desprenden progresivamente de las actividades que requiere el cuidado doméstico. Analizar las trayectorias vitales de los hombres desde la perspectiva generacional permitió indagar sobre los modos en que se genera la división entre el trabajo doméstico y el trabajo agrícola, entre *neitos* y mayores, dado que generalmente los primeros son quienes asumen los oficios feminizados al no poseer propiedad sobre la tierra ni decidir activamente en la vida comunitaria. El análisis etnográfico de esta distinción contribuye en el campo de las investigaciones sobre cuidado, pues a menudo la perspectiva sobre el cuidado de sí y el cuidado de otro, está enfocada en las personas que habitan una posición de desigualdad por su sexo, raza o clase, siendo poco exploradas las experiencias de los varones en su complejidad. Esta es una línea de profundización pendiente, por ello necesaria, en cuanto nutrirá las reflexiones adelantadas por los estudios feministas y de género sobre la relación masculinidad-poder-cuidado.

Por otro lado, las trayectorias del poblamiento en la cuenca del río Marilópez presentan diversos retos para abordar los estudios de las masculinidades, por un lado; y los estudios afrocolombianos, por el otro. En los estudios pioneros sobre masculinidades en Colombia, autores como Urrea y Quintin (2000); Viveros, Olavarría y Füller (2001); y Viveros (2002) señalaron que los imaginarios asociados a las masculinidades negras están marcados por la

exaltación de la sexualidad, lectura que evidencia la huella racista que constituyó la consolidación del estado-nación.

Es útil indagar por los procesos de poblamiento y ampliación de frontera agrícola desde una perspectiva situada que dé cuenta de las relaciones de género, raza-etnia y clase, pues son claves para la comprensión de la guerra asociada a la tenencia de tierras y el asesinato de varones en las disputas por las rentas del narcotráfico, así como los procesos de despojo que se han agudizado durante los últimos 5 años en los territorios de las comunidades negras e indígenas de todo el país. En ese sentido, el poblamiento de las comunidades negras en la región andina requiere una genealogía propia⁹² que dé cuenta de las trayectorias de poblamiento en la zona plana y en la cordillera, pues tal como he mostrado hasta aquí, la colonización de baldíos y la apertura de la frontera agrícola en el municipio de Suárez, han sido indispensables para el fortalecimiento de las organizaciones locales, apuntaladas inicialmente en las juntas de acción comunal y después en los consejos comunitarios.

La ampliación analítica alrededor de las masculinidades negras, sin duda, contribuye a profundizar en variadas temáticas relacionadas con los grupos de trabajo, las dinámicas político-organizativas y las relaciones interétnicas, constitutivas en los significados asociados a ser hombre. Es pertinente que los estudios afrocolombianos profundicen en este campo, nutriendo la prolífica producción académica del Pensamiento Feminista Negro, que ofrece herramientas teórico-metodológicas para cuestionar la supuesta universalidad de la violencia masculina y el patriarcado, a través de la comprensión de variadas realidades en contextos y temporalidades situadas.

A partir de esto es posible profundizar en las diferencias de clase y en el análisis de los diferentes capitales en juego, pues la formación política y la vinculación a procesos organizativos se ha constituido como una fuente de prestigio y reconocimiento local, además de ser una posibilidad para el acceso a un capital económico que no necesariamente está ligado a

⁹² Es necesario profundizar en las trayectorias de poblamiento en regiones del país que fragmentan el imaginario extendido tanto en la política como en la academia sobre el poblamiento de las comunidades negras. Para ampliar, revisar: Agudelo, Carlos. 2004. "No todos vienen del río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia". En: Eduardo Restrepo y Axel Rojas (eds.). 2004. *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp. 173-194. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

la propiedad sobre las tierras, sino que se vincula con las alianzas que posicionan liderazgos comunitarios hacia afuera tensionando las disputas por el poder local. Estas consideraciones suceden a contrapelo con el avance de la colonización cocalera agenciada por la población blanco-mestiza y la consolidación de un circuito del narcotráfico que ha calado en la vida social y comunitaria en el Consejo Comunitario Las Brisas. Las conexiones generadas ente los finqueros cocaleros y los negros cafeteros, resultan en una relación analítica para profundizar alrededor de la racialización de la economía, pues los contornos que permiten la distinción entre los finqueros y los hombresolos se han transformado, especialmente después de la firma del Acuerdo de Paz y las promesas incumplidas en el marco del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Ilícitos (PNIS).

Dadas las posibilidades de satisfacer necesidades que deberían ser garantizadas por el estado, señalé que los varones de la ranchería han transformado su relación con los finqueros, mientras que las familias de la parte de arriba han generado estrategias colectivas para obstaculizar la compra de tierras, sin embargo, desde el 2017 la avanzada cocalera ha desplazado las extensiones de café, provocando la vinculación progresiva de la población local en sus diferentes fases de producción. Las fracturas generadas en el entramado social han transformado los significados sobre la masculinidad, pues el contexto de militarización en la región ha estado acompañado por la presencia de grupos armados (estatales, paraestatales y guerrilleros) que definen unos valores asociados a la violencia, la tenencia de armas y el acceso a dinero como marcadores de prestigio.

En estas condiciones la hipermasculinización de la vida cotidiana y la incorporación de la violencia política y armada, han transformado los significados de la masculinidad rural profundizando en sus matices. Para este análisis recurrí al corpus teórico y metodológico propuesto por los feminismos negros y latinoamericanos, que descentraron al varón de las relaciones de poder, situándolo en el lugar de la alteridad. Este hecho indica las posibilidades de construir conocimiento crítico cuestionando los lugares signados por la “neutralidad” y la legitimidad (Viveros 2002), lo que me permitió elaborar un análisis detallado sobre la producción de las masculinidades y la capacidad de agencia de los varones negros en el Consejo Comunitario Las Brisas.

En suma, situar las masculinidades como objeto de estudio es útil porque desentraña el lugar que ocupa la violencia en la socialización de los varones desde temprana edad; cuestiona las lecturas universalizantes sobre el ejercicio del poder en distintas coordenadas geográficas; y evidencia que la noción de masculinidades no solo se construye a través del par de oposición hombre/mujer, sino también en relación con otras masculinidades, marcadas de formas particulares según las diferencias de raza, clase, etnicidad, sexualidad o generación. Todos estos elementos nutren la comprensión de los efectos del machismo y el cisheteropatriarcado, aportando significativamente a los esfuerzos de los feminismos por plantear la eliminación de las violencias como horizonte constitutivo en la disputa por el poder.

Bibliografía

Abu-Lughod, Lila. 2019. “¿Puede haber una etnografía feminista?”. En: Alhena Caicedo (ed.), *Antropología y feminismo*, pp. 15-48. Popayán: Asociación Colombiana de Antropología (ACANT).

Amador, Marcela; Sebastián Anzola; William López y Círculos de mujeres investigadoras del norte del Cauca. 2020. “A mí me interesa saber por qué los hombres violan”. Una investigación en colaboración sobre la violencia sexual hacia mujeres y niñas en el norte del Cauca desde la perspectiva de los hombres. *Patacrítica*. (4): 15-40.

Andrade, Xavier. 2001. “Homosocialidad, disciplina y venganza”. En: Xavier Andrade y Gioconda Herrera (eds.), *Masculinidades en Ecuador*, pp. 115-138. Quito: FLACSO.

Ararat, Lisifrey, et al. 2013. *La Toma: historias de territorio, en la cuenca del Alto Cauca resistencia y autonomía*. Popayán: Universidad del Cauca.

Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca (ACONC). 2015. *Plan de Etnodesarrollo del Norte del Cauca 2015-2035*. Santander de Quilichao: ACONC.

Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. 2005. “El propósito de la sociología reflexiva (Seminario de Chicago)”. En: *Una invitación a la sociología reflexiva*, pp. 101-300. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Bourdieu, Pierre. 1990. “Espacio social y génesis de las ‘clases’”. En: Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, pp. 281-309. México: Editorial Grijalbo.

Bourdieu, Pierre. 2001. “Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social”: En: Pierre Bourdieu (coord.). *Poder, derecho y clases sociales*, pp. 131-164. España: Desclée de Brouwer.

Bourdieu, Pierre. 2002. *El baile de los solteros*. España: Anagrama.

Caicedo, Alhena. 2018. *Plan de Buen Vivir de Las Brisas*. Bogotá: Colección Ágora.

Campo, Daniel. 2015. Acerca de la multipolaridad del poder local en el sur del municipio de Buenos Aires, Cauca. *Revista Controversia*. (205): 21-37.

Campo, Daniel. 2018. *Territorios, control y diferencia étnica: comunidades negras e indígenas frente al despojo en el norte del Cauca*. Popayán: Universidad del Cauca.

Carneiro, Sueli. 2005. Ennegrecer el feminismo. *Feminismos disidentes en América Latina y el Caribe- Nouvelles Questions Féministes*. 24 (2): 21-26.

Castaño, Jairo. 2011. Masculinidades y sexualidades de corteros de caña en el municipio de Candelaria-Valle. Informe de investigación. Universidad del Valle y Colciencias. Cali.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2018. *Bloque Calima de las AUC. Depredación paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano. Informe no. 2*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

Colmenares, Germán. 1969. *Las haciendas jesuitas en el nuevo reino de Granada, siglo XVIII*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Combahee River Collective. 1988. “Una declaración feminista negra”. En: Cherríe Morraga y Ana Castillo (eds.), *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, pp. 172-186. San Francisco: Ism Press.

Connell, R. W. 2003. *Masculinidades*. México: UNAM-PUEG.

Curiel, Ochy. 2007. Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas*. (26): 92-101.

Curiel, Ochy. 2008. “Superando la interseccionalidad de categorías por la construcción de un proyecto político feminista radical: reflexiones en torno a las estrategias políticas de las mujeres afrodescendientes”. En: Peter Wade, Mara Viveros y Fernando Urrea (eds.), *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*, pp. 461-484. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES.

Davis, Angela. 2004. *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal.

De Keijzer, Benno y Gabriela Rodríguez. 2003. “Jóvenes rurales género y generación en un mundo cambiante”. En: José Olivarría (ed.) *Varones Adolescentes: género, identidades: sexualidades en América Latina*. Chile: UNFPA, FLACSO, Red Masculinidades.

Dent, Gina. 2019. “Dilemas conceptuales en el Black feminism”. En: Mara Viveros (ed.), *Black Feminism: teoría crítica, violencias y racismo. Conversaciones entre Angela Davis y Gina Dent*, pp. 99-120. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Esguerra, Camila. 2019. Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*. (35): 91-111.

Espinosa, Nicolás. 2010. *Política de vida y muerte: etnografía de la violencia diaria en la Sierra de la Macarena*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Fajardo, Darío y Jean-Michel Blanquer. 1991. “El Plan Nacional de Rehabilitación”. En: Darío Fajardo y Jean-Michel Blanquer, *La descentralización en Colombia: estudios y propuestas*, pp. 104-110. Lima: Institut Français d'Études Andines y Universidad Nacional de Colombia.

Foucault, Michael. 2007. *Historia de la Sexualidad I: 'La voluntad del saber'*. México: Siglo XXI Editores.

Friedemann, Nina S de. 1984. “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”. En: Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*, pp 507-572. Bogotá: Etno.

Gil, Franklin. 2010. “Vivir en un mundo de ‘blancos’. Experiencias, reflexiones y representaciones de ‘raza’ y clase de personas negras de sectores medios en Bogotá D.C”. Tesis. Departamento de Antropología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Gil, Franklin. 2018. “Lecturas entrecruzadas del poder: feminismos negros, diáspora epistemológica y experiencias políticas y académicas en Colombia”. En: Franklin Gil y Tania Pérez-Bustos (comps.), *Feminismos y estudios de género en Colombia. Un campo académico y político en movimiento*, pp. 217-253. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Gregorio Gil, Carmen. 2006. Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*. 1 (1): 22-39.

Gutmann, Matthew C. 2000. "Traficando con hombres. La antropología de la masculinidad. En: Ángela Inés Robledo, Yolanda Puyana (comps.), *Ética: masculinidades y feminidades*, pp. 177-227. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Guzmán, Álvaro y Alba Rodríguez. 2014. Reconfiguración de los órdenes locales y conflicto armado: el caso de tres municipios del Norte del Cauca (1990-2010). *Sociedad y Economía*. (26): 155-184.

Hall, Stuart. 2003. "Introducción: ¿quién necesita identidad?". En: Stuart Hall y Paul Du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, pp. 13-39. Buenos Aires: Amorrortu.

Henman, Anthony. 2008. *Mama coca*. Cali: Biblioteca del Gran Cauca.

Hill-Collins, Patricia. 2012. "Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro." En: Mercedes Jabardo (ed.), *Feminismos negros. Una Antología*, pp. 99-134. Madrid: Traficante de sueños.

hooks, bells. 2017. *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Traficante de sueños.

Jabardo, Mercedes. 2012. "Introducción. Construyendo puentes: en diálogo desde/con el feminismo negro." En: Mercedes Jabardo (ed.), *Feminismos negros. Una Antología*, pp. 27-56. Madrid: Traficante de sueños.

Jiménez, Orian y Edgardo Pérez. 2013. *Voces de la esclavitud y libertad. Documentos y testimonios. Colombia 1701-1833*. Popayán: Universidad del Cauca.

La Furcia, Ange. 2016. Los colores de las fantasías. Estudios sobre masculinidades en Colombia: crítica feminista y geopolítica del conocimiento en la matriz colonial. *Revista Colombiana de Sociología*. 39 (1): 47-78.

Leal, Claudia. 1995. *A la buena de Dios: colonización en La Macarena, ríos Duda y Guayabero*. Bogotá: FESCOL.

Londoño, Jaime. 2013. "Vapores y ferrocarril en la configuración de una región económica, 1874-1974". En: Diego Cagüañas, *et. al. Formas de modernización regional en el suroccidente colombiano*, pp. 141-204. Cali: Universidad Icesi.

López de Moya, Martín. 2010. *Hacerse hombres cabales. Masculinidad entre tojolabales*. México: CIESAS, UNICACH.

Machado, Absalón. 2001. "El café en Colombia a principios del siglo XX". En: Gabriel Misas (ed.), *Desarrollo económico y social en Colombia, siglo XX*, pp. 77-97. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Mejía, Javier. 1992. "Incidencia de agentes foráneos en los procesos de cambio de la comunidad de Asnazú". Trabajo de grado. Departamento de Antropología. Universidad del Cauca, Popayán.

Merteens, Donny. 2018. "Re-tejiendo la sociedad campesina: género, cuidado y justicia en el posconflicto". En: Luz Gabriela Arango *et al.* (eds.), *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas*, pp 70-87. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana y Universidad de Los Andes.

Mina, Mateo. 1975. *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Bogotá: Publicaciones de La Rosca.

Molinier, Pascale. 2018. "El 'trabajo sucio' y la ética del cuidado. Una historia de un malentendido". En: Luz Gabriela Arango *et al.* (eds.), *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas*, pp 90-103. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana y Universidad de Los Andes.

Muñoz, Hernando. 2017. *Hacerse hombres. La construcción de masculinidades desde las subjetividades*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Neira, Andrea. 2015. “Ni ‘héroes’ ni ‘delincuentes’”. Una cartografía de frontera de las masculinidades hiphoppers de la comuna 13 de Medellín”. Tesis. Maestría en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Olavarría, José. 2017. *Sobre hombres y masculinidades: “ponerse los pantalones”*. Santiago de Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Posso, Jeanny. 2008. *La inserción laboral de las mujeres inmigrantes negras en el servicio doméstico de la ciudad de Cali*. Cali: Universidad del Valle.

Quintero, Óscar. 2010. Los afro aquí. Dinámicas e identidades de la población afrocolombiana en Bogotá. *Boletín de Antropología*, 24 (41): 65-83.

Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). 2004. *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca.

Restrepo, Eduardo y Julio Arias. 2010. Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas. *Revista CyE*, (3): 45-64.

Restrepo, Eduardo. 2004a. “Hacia los estudios de las colombias negras”. En: Axel Rojas (comp.), *Estudios afrocolombianos. Aportes para un estado del arte*, pp. 19-58. Popayán: Universidad del Cauca.

Restrepo, Eduardo. 2004b. “Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder”. En: Oliver Barbary y Fernando Urrea (eds.), *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*, pp. 227-244. Cali: CIDSE-Universidad del Valle; L’Institut de Recherche pour le Développement de Francia y COLCIENCIAS.

Restrepo, Eduardo. 2013. *Intervenciones en teoría cultural*. Popayán: Universidad del Cauca.

Rojas, Axel y Vanessa Useche. 2019. *Guardias indígenas, afrodescendientes y campesinas en el departamento del Cauca. Historia política y estrategias de defensa territorial*. Popayán: Instituto CAPAZ y Grupo de Investigación GELPS.

Rojas, Clara. 1998. Factores físicos y socioeconómicos que explican la no adopción de tecnología moderna por el caficultor en Antioquia y Cundinamarca. *Ensayos sobre economía cafetera*. (14): 73-100.

Stolcke, Verena. (2004). La mujer es puro cuento: la cultura del género. *Revista Estudios Feministas*. (12): 77-105.

Tronto, Joan. 2018. “Economía, ética y democracia: tres lenguajes en torno al cuidado”. En: Luz Gabriela Arango *et al.* (eds.), *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas*, pp 22-37. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana y Universidad de Los Andes.

Urrea, Fernando y Pedro Quintín. 2000. Ser hombre negro y joven: construcción de identidades masculinas entre sectores populares excluidos en Cali (Colombia). *Caderno CRH*. (32): 171-212.

Urrea, Fernando y Mary Congolino. 2007. Sociabilidades, racialidad y sexualidad entre jóvenes de sectores populares de Cali. *La Manzana de la Discordia*. (4): 49-71.

Urrea, Fernando. 2011. La conformación paulatina de clases medias negras en Cali y Bogotá a lo largo del siglo XX y la primera década del XXI. *Revista de Estudios Sociales*, (39): 24-41.

Valbuena, Carlos. 2004. Narcocorridos y Plan Colombia. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. 10 (3): 13-37.

Vergara-Figueroa, Aurora y Cosme Carmen Luz (eds). 2018. *Demando mi libertad: Mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela y Cuba, 1700-1800*. Cali: Universidad ICESI y CEAF.

Villamil, María Helena. 2013. “En búsqueda de un ‘trabajo a la sombra’: masculinidades rurales en el contexto neoliberal. El caso de la vereda El Cerro, municipio de Sardinata, Norte de Santander”: Tesis, Maestría en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Viveros, Mara. 2002. *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia.

Viveros, Mara. 2016. La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*. (52): 1-17.

Viveros, Mara (ed.). 2019. *Black Feminism: teoría crítica, violencias y racismo. Conversaciones entre Angela Davis y Gina Dent*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Viveros, Mara; José Olavarría y Norma Füller. 2001. *Hombres e Identidades de Género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Wade, Peter. 2000. *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

Entrevistas

Entrevista 1. Vereda Las Brisas, 15 de octubre de 2018.

Entrevista 2. Vereda Las Brisas, 22 de septiembre de 2017.

Entrevista 3. Vereda Las Badeiras. 10 de mayo de 2019.

Entrevista 4. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

Entrevista 5. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

Entrevista 6. Vereda Las Brisas. 21 de septiembre de 2017.

Entrevista 7. Vereda Las Brisas. 20 de octubre de 2018.

Entrevista 8. Popayán. 19 de julio de 2019.